

Fidel Aizpurúa Donazar**EN BLANCO Y NEGRO**

Lectura de algunas fotografías de Zacarías Ecay

ZURI-BELTZEAN

Zacarias Ecayren argazki batzuk irakurtzen

Fidel Aizpurúa Donazar

En blanco y negro

Lectura de algunas fotografías
de Zacarías Ecay

Zuri-beltzean

Zacarias Ecayren argazki batzuk irakurtzen

Título	En blanco y negro Lectura de algunas fotografías de Zacarías Ecay <i>Zuri-beltzean</i> <i>Zacarias Ecayren argazki batzuk irakurtzen</i>
Autor	Fidel Aizpurúa Donazar
Fotografías	Zacarías Ecay
Edición	Ayuntamiento de Villava (Servicio de Cultura)
Coordinador de la Colección	José Vicente Urabayen Azpilikueta
Fotocomposición	Marian Delgado Pérez
Impresión	Idazluma, S.A.

© 2022 Ayuntamiento de Villava
I.S.B.N.: 978-84-09-38133-3
D.L.: NA 292-2022

*“Te prestaré mis ojos
para que mires más lejos”*

L. Rosales



Índice

AURKEZPENA	11
PRESENTACIÓN	13
INTRODUCCIÓN	15
1. Zacarías Ecay, fotógrafo	15
a) Biografía	15
b) Su actividad fotográfica	16
c) Técnicas empleadas	16
d) Legado	17
2. Leer fotos, género y memoria	17
a) Ver o leer	18
b) Itinerario	18
c) Aplicación a las fotos de Zacarías Ecay	19
I LUGARES	21
1. Transición	22
2. Viejas glorias	24
3. A todavelocidad	26
4. Corazón de papel	28
5. Basílica	30
6. Cruce de caminos	32
7. En medio de la nada	34
8. Temores que atraen	36
9. Tráfico Circulatorio	38
10. Realismo	40
11. Balconeras	42
12. Potro desbocado	44
13. Cara y cruz	46
14. Pacífico	48
15. Colonia	50
16. Usía	52
17. Puente sobre aguas turbulentas	54
18. Con el agua al cuello	56

II GRUPOS-RETRATOS	59
1. Amigos para siempre	60
2. Divino tesoro	62
3. De excursión	64
4. Élites	66
5. Moteras	68
6. Sobre ruedas	70
7. Romántica	72
8. Autoridad	74
9. De compras	76
10. Escolanos	78
11. Reparto de amistad	80
12. Austeridad	82
13. De colores	84
14. Reparaciones y más	86
15. Incertidumbre	88
16. Del pueblo	90
17. Poesía muda	92
18. Pan amable	94
19. Blanco y azul	96
20. Madonna	98
21. Como las olas del mar	100
22. Este sol de la infancia	102
23. Primavera	104
24. La ebriedad de la adolescencia	106
25. Ciclista	108
26. Iniciación	110
27. Tres gracias	112
28. Llegó el pop	114
29. Diversidad	116
30. Qué maravilla	118
31. Incógnitas	120
32. Al vuelo	122
33. Más que dos	124
34. De paseo	126
35. Caballitos	128
36. Tertulia	130
37. Hermandad	132
38. Escalera de vida	134

III FAMILIAS	137
1. Valentía	138
2. Lo más valioso	140
3. Difícil gobierno	142
4. Futuro	144
5. Fuerza escondida	146
6. Colectivo	148
7. Simetría	150
8. Blancura	152
9. Rosal	154
10. Cofre	156
11. Miradas	158
12. Apoyo	160
IV EVENTOS	163
1. Inauguración	164
2. Singular comitiva	166
3. Peregrinación	168
4. Osamenta	170
5. Desnudez	172
6. Visita episcopal	174
7. Descarrilamiento	176
8. Transporte especial	178
9. En el ribazo	180
10. Coronación	182
V FIESTAS	185
1. Géneros	186
2. Bailables	188
3. Campeonato	190
4. Más que el sol	192
5. Disfrute sencillo	194
6. Dantzariak	196
7. Río de vida	198
8. Sombreros	200
9. Felicidad	202
10. Juegos	204
11. Bajo el toldo	206
12. Gigantes	208

13. La locura	210
14. Neskak	212
15. Como quien toca	214
16. ¿Vosotros con agua?	216
17. Efusión	218
18. Desparrame	220
19. Procesionando	222
20. Lado femenino	224
21. Ellas	226
22. Elegancia	228
23. Chascarrillo	230
24. Patrona	232
25. Primitivo	234
26. Trampantojo	236
VI DEPORTES	239
1. Hay futuro	240
2. A la remanguillé	242
3. Profesionales	244
4. A por el triunfo	246
5. Pelotazaleak	248
6. Élite	250
7. Equipazo	252
8. Cantera	254
9. A cara de perro	256

Aurkezpena

Garai garaikideen memoriaren zati handi bat argazkigintzaren bidez jasotzen da. Horren sorrera Darwinen espezieen jatorriari buruzko teoriaren, Comteren positibismo zientifikoaren eta errealismo eta naturalismo literarioaren garaikidea da; argazkigintzak “munduaren errealitatea” objektiboki erreproduzitzea lortzen zuen, eta laster burgesiaren artea bihurtu zen klase pribilegiatuekin identifikatutako pinturaren aurrean, klase herrikoiek bere gain hartzean demokratizatzen amaitzeko.

Gure herriko argazkigintzaren demokratizazio horren lekuko izan zen Zacarias Ecayren (1906-1967) ekoizpen emankorra.

Irudi batek mila hitzek baino gehiago balio dutela entzutea ohikoa den arren, irudiek ez dute hitz egiten galdera egiten ez bazaie. “Irakurtzen” ikasi behar da, ulertzen saiatu eta erakusten digutena interpretatu. Horretarako, Fidel Aizpuruak irakurketa atsegineko testu oroigarri bat eskaini digu, Ecayren artxiboko ehun eta hamahiru argazki hautatuak urrunago begiratzen irakasteko, sei ataletan banatuta: lekuak, taldeak/erretatuak, familiak, ekitaldiak, jaiak eta kirolak.

Aizpuruak “zuri beltzeko” garai bateko ikusizko lekukotasun bihurtu diren argazkiekin hitz egitera gonbidatzen gaitu, gabezia materialak eta askatasunik eza izan arren bizitza sinplearen pozak ezagutu baitzituen.

Atarrabiako Udalaren esker ona egileari eta Tomas Donazarri “Atarrabiako argazkilaria” utzitako 13.000 negatibo baino gehiago arduraz zaintzeagatik.

Presentación

Una gran parte de la memoria de los tiempos contemporáneos, se recoge a través de la fotografía. El surgimiento de la misma es coetáneo de la teoría sobre el origen de las especies de Darwin, del positivismo científico de Comte y del realismo y naturalismo literario; la fotografía conseguía reproducir objetivamente la realidad “espejo del mundo” y muy pronto se convirtió en el arte de la burguesía frente a la pintura identificada con las clases privilegiadas, para terminar democratizándose al ser asumida por las clases populares.

Testimonio de esa democratización de la fotografía en nuestra villa fue la fecunda producción de Zacarías Ecay Munárriz (1906-1967).

Aunque es frecuente escuchar que una imagen vale más que mil palabras, las imágenes no suelen hablar si no se les sabe interrogar. Hay que aprender a “leerlas”, tratar de comprenderlas e interpretar lo que nos muestran. A este propósito se ha consagrado Fidel Aizpurúa, ofreciéndonos un evocador texto de amena lectura que nos enseña a “mirar más lejos” las ciento trece fotografías seleccionadas del archivo de Ecay y presentadas en seis apartados: lugares, grupos/retratos, familias, eventos, fiestas y deportes.

Aizpurúa nos invita a dialogar con las fotografías que se han convertido en testimonios visuales de una época “en blanco y negro”, que a pesar de las carencias materiales y la falta de libertades conoció las alegrías de la vida sencilla.

El agradecimiento del Ayuntamiento de Villava al autor y a Tomás Donazar por custodiar con celo los más de 13.000 negativos que dejó el “fotógrafo de Villava”.

MIKEL OTEIZA IZA
Alcalde

Introducción¹

Un período de la vida de un pueblo puede describirse a partir de sus fotografías. Eso es lo que ha ocurrido en el caso de Zacarías Ecay: durante muchos años ha sido el fotógrafo de Villava. Ha dejado un rico archivo a través del cual se puede conocer la vida de la vecindad en casi todos sus aspectos. La tenacidad y la versatilidad del fotógrafo que la ha retratado todo constituyen una puerta abierta a la identidad del pueblo.

Efectivamente, Villava siempre se ha gloriado de mantener su identidad sin dejarse absorber por el imán de la capital, consiguiendo que sus tradiciones sigan vivas, valorando los logros de su ciudadanía. Esto no se tiene sin más. Muchos son los ladrillos necesarios para construir este edificio. Creemos que uno de ellos lleva el nombre de Zacarías Ecay, el amante de la fotografía que nos legó una hermosa visión del pueblo y sus gentes. Este libro que se publica bajo los auspicios del Ayuntamiento quiere ser un sencillo homenaje al fotógrafo de Villava.

1. Zacarías Ecay, fotógrafo

a) Biografía

Zacarías Ecay Munárriz, nace en Gazólaz (1906-1967) y se instala en Villava casándose con Leocadia Donazar y teniendo dos hijos: José Luis y Ascensión. Carpintero de profe-

1 Este libro no habría sido posible sin la colaboración de las siguientes personas: Tomás Donazar por su blog “Villava-Atarrabia.Blog de Fotos. Zacarías Ecay. 1945/1967”, inspirador de este trabajo. Blanca Donazar, Tere Donazar, José Benigno Donazar y Blanca Torres Ecay por sus atinados consejos. M^a Rosario Aizpurúa y Belén Arias por sus correcciones. José Luis Ecay, hijo de Zacarías, por sus orientaciones y aprobación.

sión, fue autodidacta en la fotografía. Él mismo revela sus fotos en la cocina de su casa elaborando personalmente los líquidos necesarios. Dirige la obra en la construcción de las casas que algunos empleados de la empresa ONENA llevaron a cabo dando lugar a la actual Colonia San Francisco Javier. Durante muchos años ha sido el único fotógrafo de la localidad. Colaborador de los conocidos fotógrafos pamploneses Zubieta y Retegui, asiste junto con otros aficionados y profesionales a retratar los encierros de San Fermín, tal y como aparece reflejado en las crónicas de aquellas fechas. Al morir deja un extenso archivo de negativos que reflejan claramente su trabajo durante sus años de fotógrafo.

b) Su actividad fotográfica

Se desarrolla desde la mitad de la década de los 40 hasta bien entrados los 60. Más de veinte años de incansable labor fotográfica. A él acuden los habitantes de la Villa para ser fotografiados en sus celebraciones familiares o para obtener las distintas instantáneas que luego utilizarían en los documentos oficiales (Documento de identidad, Libro de familia numerosa etc.). Inmortaliza los diferentes acontecimientos, de Villava y pueblos de alrededor (Huarte, Burlada, Sorauren etc.), acudiendo puntualmente a sus actos. Pero lo que es más importante: a través de muchas instantáneas refleja la evolución social del pueblo en los años difíciles de la posguerra. Con una gran competencia y tacto deja estampas dignas de figurar en los catálogos de las costumbres del momento. Su actividad fotográfica fue siempre muy bien aceptada por la población.

c) Técnicas empleadas

Zacarías Ecay toca todos los campos de la fotografía: la deportiva, la arquitectónica, la paisajística, la de sucesos. Pero si en algo destaca es en el retrato colectivo y no solamente por las demandas de los usuarios para la consecución de documentos, sino también porque tenía un agudo sentido de la simetría. Hay fotos que, más allá de su aspecto fotográfico, son una verdadera construcción de espacios donde la simetría tie-

ne un puesto preponderante. Las fotos de Ecay son instantáneas pensadas antes que nadie por el mismo autor. Quizá ahí radique uno de sus grandes valores.

De un modo intuitivo emplea técnicas como el contrapicado que resaltan los volúmenes fotografiados dándoles una cercanía que llevaba a la conexión de la foto con el espectador. Usa también el picado panorámico para grandes instantáneas, antes de que se conociera el cinemascopio. A veces logra unos difuminados, voluntarios o no, que dan a la imagen principal una viveza desconocida.

La lucha con el encuadre ha sido una constante en su obra. Unas veces triunfa y otras, quizá por la premura del momento, contiene alguna deficiencia. Pero, globalmente hablando, los resultados son muy buenos. Lo atestigua la difusión de sus fotos en la prensa de la época y en los folletos etnográficos donde aparecen sus instantáneas.

d) Legado

De su fecunda producción da razón su legado fotográfico. Su archivo recoge más de 13.000 negativos. Pero lo que importa no es el número, sino su indudable calidad. Las que ofrecemos en este libro son solamente un puñado de ellas. Han sido varias las exposiciones realizadas en Villava con los fondos del archivo de Zacarías Ecay. El aplauso del público ha sido explícito.

2. Leer fotos, género y memoria

La época de Zacarías Ecay es un tiempo de escasez de imágenes. De ahí que sus fotos tengan un valor especial. Pero en esta época nuestra de derroche de imágenes, la fotografía sigue viva y ha encontrado su nicho expresivo. Sigue siendo válido el aserto de que una imagen vale más que mil palabras, aunque no hay por qué contraponerlas: imágenes y palabras sirven ambas para navegar por el subsuelo del alma.

Por la virtualidad misteriosa de la imagen, resulta que fotos antiguas como las de Zacarías Eca, cuando tienen ese punto vital y poético que contiene una buena foto, siguen hablando a quien lea hoy con vivacidad. Liberado de la presión de los nombres y de los detalles del suceso, la belleza del retrato se abre paso para conectar con el hoy sobrepasando los estrechos límites en los que nació la imagen. Lo puede comprobar quien se anime a leer con nosotros, o por su cuenta, las fotos de este libro.

a) Ver o leer

Normalmente se suelen *ver* las fotos: uno se fija en los personajes a los que pone nombre, en las circunstancias que acompañaron el nacimiento de la imagen y en las pequeñas peculiaridades que muestra el retrato.

Leer fotos es otra cosa. No importa tanto la fecha, el nombre del personaje, los detalles históricos del escenario. La lectura que conecta con la memoria se despega de esas servidumbres y se ve libre para iniciar otra andadura. Se trata de interpretar, ahondar en los porqués del fotógrafo aun a riesgo de equivocarse, se intenta hacer la lectura de algo de ayer con los ojos de una persona de hoy. Entonces los personajes se transforman; las circunstancias cobran una dimensión explicativa para entender la época. Incluso, al final, se descubre una semejanza entre el ojo del fotógrafo que realizó la instantánea y el de la persona de hoy que lee libre de condicionamientos circunstanciales. La foto se ha transformado en un espacio común de vida.

b) Itinerario

¿Cómo se lee una foto? Es necesario comenzar por meditar ante ella. No puede uno sumergirse en el retrato sin alargar la mirada durante mucho rato. Todo depende de esa mirada. Si es superficial, el duende de la foto huye y se esconde. Como todo ejercicio de memoria, se requiere tiempo meditativo, mirada detenida, visión prolongada.

Luego es preciso un análisis minucioso de los detalles. Un pequeño detalle puede ser revelador y dar pie a una lectura novedosa, aunque la lectura nunca sea la suma de los detalles. Estos se escapan, a veces, al mismo fotógrafo. Pero al captarlos el ojo lector, les da nueva vida y abre las posibilidades de lectura.

Lo más arriesgado es hacer una propuesta de interpretación sabiendo que, quizá, ni el mismo fotógrafo la tuvo. Él se limitó muchas veces a captar lo que veía. Pero en eso también se encerraba una propuesta interpretativa. Ahora, el ojo que lee hace su propia propuesta. El riesgo de equivocación pende sobre ella pero, superándolo, surge un horizonte nuevo.

Pueden, finalmente, hacerse derivaciones ideológicas. Aunque estén más alejadas de la foto que la interpretación, llegan a ser útiles para la escucha interior y la oferta de un diálogo en el que se comparta impresiones con otros.

En todo este itinerario no es necesario buscar la objetividad del significado ni lo que quiso hacer y decir el fotógrafo. El patrón de lectura es el ojo que lee y su lectura. Aun a riesgo de estar equivocada, es la apuesta que se hace.

c) Aplicación a las fotos de Zacarías Ecay

La calidad de las fotos de Ecay y su magia indudable hacen que, leídas hoy, puedan abrirse a un horizonte más amplio que el del momento del inicio. Sería interesante preguntar a los protagonistas cómo lo ven ellos y ellas tras tantos años y percibir si lo que anida en las imágenes sigue latiendo.

Así mismo sería verificable si, como creemos, este tipo de actividad creativa contribuye a generar la identidad de un colectivo, de un pueblo o no. Quizá sea una aspiración de tal envergadura que no estaba explícitamente en los afanes del fotógrafo. Pero hay que ver si, con el tiempo, este tipo de construcciones culturales ayudan a generar y preservar la certeza de que se vive en un pueblo con alma.

Además, si no hay memoria se entra en un alzheimer social que despersonaliza a todo un pueblo. El cultivo de la memoria no es la mera guarda de los recuerdos, sino también la vivencia de los mismos desde una perspectiva de hoy. Las viejas fotos de Ecay, en su limitación y también en su hermosura, son cofre para la memoria. Al quien lee le toca abrir ese cofre.



I Lugares

1. Transición

A primera vista es un simple conglomerado urbano, un barrio de cualquier ciudad. Pero una observación más detenida es la que puede marcar las diferencias hasta llegar al alma de quienes habitan este pueblo, hasta la identidad.

A la derecha y abajo se presentan los tejados de un barrio de casas unifamiliares, una colonia, una “chantrea” en el lenguaje local. En una de esas casas vive el fotógrafo Zacarías Ecay. Se tardará tiempo hasta que tales viviendas se



conviertan en coquetos chalés que serán muy apetecidos por propios y extraños.

Más a la izquierda se ve una serie de edificios alineados de dos alturas. Son edificios de transición no solamente por la época en que se han levantado, sino porque detrás están ya las construcciones de cinco y seis alturas de componente totalmente urbano. Así, en poco espacio, se muestra el decurso de la vivienda que es el mismo que el del caminar humano.

Podría parecer que este fenómeno urbano se lleva todo por delante. Pero no es así. Detrás del bloque alto de viviendas hay un pequeño descampado que se convertirá en un sencillito parque para albergar ciertos eventos festivos. Serán encuentros populares en las fiestas patronales o similares. El ladrillo y el esparcimiento han aprendido a convivir.

Más aún, no han desaparecido del horizonte las pequeñas montañas que se ven a la izquierda. Y se oculta un paseo junto al río, que existe. Damos fe de ello. Incluso se adivina entre la niebla el perfil de una sierra ya catalogada como tal, aunque ésta no pertenezca al pue-

blo, sino a la comarca entera. Es decir: naturaleza y vecindario han aprendido a convivir, como buenos hermanos que se necesitan. El río, que ya hemos dicho que no se ve pero que está ahí, es el tercero de la familia.

Incluso más. Quien conozca este pueblo sabe que a la derecha de la foto, bien cerca, hay un monte de una cierta relevancia. El fotógrafo ha enfocado hacia donde vive la gente. Pero la montaña está siempre ahí, vigilante y ofrecida para todos sus habitantes.

Todo esto para llegar a una conclusión: este pueblo tiene alma, identidad, conciencia de pueblo. No es una amalgama de edificios. Es, más bien, una relación de convivencia entre las viviendas, la naturaleza y el alma del vecindario. No ha de extrañar por ello que estando este pueblo tan cerca de la capital, pegado a ella, no haya sido absorbido por el fenómeno del urbanismo. Conserva su identidad, late con corazón propio, vive con un alma única. En continua transición, pero guardando un tesoro. Camino al andar, como diría el poeta.

2. Viejas glorias

Aunque se ve a varias personas deambulando por la calle, el perfecto encuadre de esta foto de postal indica que el fotógrafo Zacarías Ecay ha querido dejar un verdadero retrato de esta calle mayor. Sobra decir que ha merecido tal honor

por ser la calle principal, por prosapia y por denominación.

No es difícil verificar que los edificios de la izquierda, más allá de las reformas, conservan sus sillares antiguos. Estos basamentos han aguantado siglos y han



visto desfilan a toda suerte de tropas, desde las mesnadas del rey Sancho VI el Sabio hasta las bullangueras columnas de los soldados italianos durante la última contienda civil.

Más aún: la muralla protectora ya no existe. Pero la tapia de la finca de la derecha puede ayudarnos a imaginar esta calle en el interior del recinto amurallado, con puertas de entrada y de salida que de día se abren a los comerciantes y a los peregrinos del Camino y de noche se cierran dando amparo al vecindario.

La calle apunta hacia su salida norte. Las viviendas de más abolengo están en el centro. A medida que se sale hacia la montaña, la calidad decrece pero conservando siempre la vieja alcurnia.

Puede preguntarse uno por qué las viviendas se alinean solamente en la parte izquierda de la foto. No solamente porque a la derecha hay una finca particular, sino también porque en ese lado está el río que hace de frontera natural

pero no permite la construcción de casas tan bien guardadas por la espalda como lo están las de la izquierda. El monte las protege.

Debe ser la hora de la canícula porque la calle aparece casi desierta. Un obrero con su ropa de trabajo sale de la Papelera que se oculta en la foto pero que está a la vera del río. Se adivina un grupo de hombres alineados al fondo; quizá vienen también de la misma Papelera. Un chico y una niña cabecean remolones por la acera castigada por el sol. Un remolque con bici está abandonado en mitad de la calle. No hay un solo vehículo en circulación.

El fotógrafo ha escogido el momento en que la calle está desierta. O casi. Quería fotografiar la línea perfecta de casas solariegas que apunta a la lejanía. Quería dejar constancia de un pasado glorioso que aún se mantiene erguido a pesar del paso del tiempo. Señorío y soledad.

3. A todavelocidad

Toda la carretera es para él. Como el tráfico es nulo, puede acelerar con toda la fuerza de su motor, máxime si, como parece, va cuesta abajo. Nadie se interpondrá en su camino. La carretera carece de bandas blancas, aun no se han inventado. Por eso las ovejas circulan también por ella en amigable convivencia. Lo atestigua el reguero de cagarrutas que han dejado. Además, los horarios son flexibles. Es decir: cuando llegue, llegado.

Posiblemente el fotógrafo Zacarías Ecay aguardó pacientemente el paso del vehículo para poder fotografiarlo por detrás, aumentando así su porte aerodinámico. Y lo ha logrado porque no se le ha interpuesto nadie. Lo más probable es que pasen vehículos de vez en cuando, sin atisbos de atascos.

El autobús tiene cinco ventanillas y la del conductor. Lo que quiere decir que tendrá como unas veinte plazas, sin contar las del trasportín del pasillo. No sabemos si está pertrechado de ese



Z. Ecay

complemento. Además, la época permite que se viaje de pie. Lo cual aumenta el número de plazas notablemente.

Lleva una baca. Pero va vacía porque los trayectos son cortos y no se necesita equipaje. La empresa debe tener una flota respetable de autobuses porque este es el nº 7, como queda a la vista. No es poco para la época, ya que en la matrícula se adivina una cifra de cuatro números, lo que indica que los vehículos que andan por estas carreteras son contados.

La empresa hizo época. Y tardará muchos años en cambiar su nombre popular (La Villavesa) por otro más moderno. Posiblemente su principal cometido era acercar obreros de otras localidades a la gran Papelera que absorbía mucha mano de obra, por encima de las posibilidades laborales del pueblo.

Lo cierto es que el autobús discurre a toda la velocidad que puede. No debe de ser mucha y su marcha debe ser pausada porque el rebaño que pasta en la ladera ni se inmuta. Las ovejas ramonean en la misma cuneta y no se asustan al paso del bus. Ni siquiera el perro, si lo hay, les advierte del peligro. Mientras no salgan a la calzada, no hay que temer. También es posible que el pastor vigile a la grey, pero tampoco lo adivinamos en la foto. Y por la tranquilidad del ganado, parece que no ha alzado la voz, ni ha silbado a los perros para que aparten el hato de la carretera.

Son tiempos de sosiego. Vendrá una época donde en esa cuesta haya que poner un vigilante mecánico, un dispensador de multas, para que los vehículos aminoren la marcha. Ahora no es necesario. Por eso, el autobús discurre a toda velocidad, a toda la que puede.

4. Corazón de papel

A primera vista, la foto puede producir una sensación de disgusto por la mezcla de las fábricas y la población en una amalgama gris envuelta en humos. Es la Papelera. Pero el fotógrafo Zacarías Ecay, trabajador en esta fábrica, ha que-

rado dejar constancia de ella porque es, lo adelantamos, el corazón económico del pueblo. Corazón de papel.

Si se hace una lectura por sectores, la grisura de la instantánea se vuelve un poco más amable. Para comenzar, la fá-



brica está a la vera del río. Lo necesita para su producción de papel y cartón y coge de sus aguas la vida. Por eso, río y fábrica van hermanados tal vez no con la finura ecológica de hoy, pero en respeto colaborativo.

Que el río es la fuente de vida para la Papelera lo muestra el hermoso acueducto que aparece en la foto en todo su esplendor y extensión. Toma las aguas de la badina de la Trinidad y las lleva al interior de la fábrica. Aun hoy, desaparecida ya la empresa, los vecinos han querido mantener en pie una pequeña parte del acueducto como el signo más elocuente de lo que fue aquello.

La chimenea es, así mismo, otro de sus rasgos distintivos. Visible desde todas las esquinas del pueblo es el vigía acompañante de vidas y horarios. Quizá en ella está instalada la sirena con la que se dan por finalizados los turnos de trabajo y que resuena en todo el pueblo. El “tuto” (así lo llama la gente) regula no

solo los turnos, sino la vida misma de la población.

Las naves de la fábrica conocen la vida de generaciones de trabajadores y trabajadoras. Con las crisis industriales e incluso con los incendios, acabará lo que ha sido el pan de cada día de mucha gente y se llevará el olvido las muchas luchas sindicales lidiadas en esa parcela vital para la economía y la vida de trabajadores y trabajadoras.

Un abigarrado grupo de viviendas viejas se agolpan junto a las naves. Quizá la única de cierta prestancia sea la llamada “casa grande” de un cierto aire solariego. El resto fue pasto de ulteriores reestructuraciones.

El pueblo, ya con aire de ciudad, se ve arropado por la fábrica. Pero algo se intuye en la foto: la voz que se apaga, los ojos que se cierran, los capítulos de un libro que ha dejado de escribirse. El corazón de papel de este pueblo dejará de latir, pero el recuerdo de lo vivido, lo bueno y lo no tanto, sigue vivo.

5. Basílica

Más que ermita es una basílica. Así reza el frontispicio del templo. Su porte esbelto junto al espejo del río en que se refleja ha hecho que innumerables pintores, algunos de renombre, la hayan plasmado en sus lienzos. Así es. El pintor se sitúa en la orilla opuesta y desde ahí tiene una pano-

rámica magnífica del conjunto. Los niños meten la nariz en el cuadro a ver si el parecido es acertado. Revolotean como moscas cansinas y no es difícil que el pintor les mande a hacer gárgaras. A su manera, el fotógrafo Zacarías Ecay ha “pintado” muchas veces esta ermita, como lo vere-



mos después, él también cautivado por la belleza del paisaje y el porte del edificio.

No es una ermita que pertenezca al pueblo, sino al contiguo. Pero es considerada parte del vecindario. A su vera corretean todos los chiquillos del final de la calle mayor que es donde está situado el lugar.

No es solo una ermita solitaria sino una especie de conjunto arquitectónico. Efectivamente, lo componen el puente, el templo románico del que se ve el austero ábside y la casa del ermitaño hoy transformada en un hermoso edificio de tres plantas. Detrás, oculto, se halla lo que queda del monasterio antiguo, hoy convertido en refugio de peregrinos y peregrinas después de haber sido granero del Servicio Nacional del Trigo. Todo un conjunto, como decimos.

Esta casa es la vivienda del capellán de la cofradía de la Trinidad y también se aloja en ella el sacristán y su familia. Son los cuidadores del monumento porque, estando a ras del río, las crecidas se desbordan muchas veces hasta cubrir el pavimento del templo. De eso sabe mucho el sacristán. Por eso, planta su huer-

ta en la parte más alejada de detrás de la Iglesia, allí donde las zarpas húmedas del río no tienen acceso.

El rincón es acogedor y, con frecuencia, algunas personas mayores toman al sol en el banco de piedra que hay en la delantera recordando los buenos tiempos. El lugar solamente conoce días de algarabía cuando llega, allá por mayo, la novena de la Trinidad o cuando visita el templo el ángel de Aralar y en la rampa de acceso ponen sus tenderetes los vendedores de chucherías, para delicia de la infancia.

La ermita está entre dos montículos, uno de los cuales se ve en la foto. Se forma una especie de paso angosto. Los vecinos lo llaman “portillo de la Trinidad”. En él casi siempre sopla el viento y cuando es cierzo frío resulta más ventajoso quedarse en casa. Pero se agradece mucho en las noches de verano porque sentarse en el pretil es lo más parecido a hacerlo en el cielo.

El río, con su reflejo, se lleva aguas abajo el perfil de la ermita. Es el mejor cuadro nunca jamás pintado. La basílica, sin saberlo, busca el camino del ancho mar.

6. Cruce de caminos

Una nueva instantánea de la ermita de la Trinidad desde el monte de la derecha. Ahí se muestra en todo su esplendor el conjunto arquitectónico: la ermita, el

ábside románico, lo que queda del monasterio y hasta la huerta. Pero lo que llama la atención del lector de la foto es, en primer lugar, el puente.



Sus orígenes parecen remotos. Hay quien lo sitúa, nada menos, que en los tiempos de los romanos. Pero es en la Edad Media, con el Camino de Santiago, cuando cobró toda su importancia. Los romeros que venían de Roncesvalles y avistaban Pamplona pasaban necesariamente por ese puente. Es, en su literalidad, un cruce de caminos.

La foto muestra el puente tal como quedó después de su última reforma en 1960. Pero aún guarda antiguos vestigios, como los tajamares que se conservan en los arcos centrales aguas arriba. Serían infinitos los pasos registrados en este puente: sandalias romanas de esparto, abarcas medievales, zapatos de goma de los huertanos que van y vienen a regar cada día los huertos que hay al otro lado del río.

Todavía no se ha despertado el fervor jacobeo y solamente transitan por el puente los vecinos de la calle mayor. Se los observa en la foto: un adulto y varios niños. Porque la atracción del río es segura desde el fuerte pretil con que se le dotó en la reconstrucción.

Hay un pequeño contraste entre la quietud de la ermita, el lento caminar del río y la prisa de los vehículos que se adivina en la parte izquierda de la foto. Varios autos se cruzan en la carretera que bordea la ermita. Sosiego y prisa aprenderán a convivir. El puente será de acceso peatonal, lo que preservará su alma.

El río transcurre sereno formando una badina magnífica. Habrá momentos en que será un potro desbocado. Es época en la que aún se pescan en sus aguas barbos y madrillas que luego se venden en el pueblo. La contaminación y los pesticidas no han llegado todavía a sus aguas. Lento río que me cantas tu nombre, dirá Machado.

Y aunque, como decimos, todavía no ha florecido la espiritualidad jacobea moderna, volverán a pisar ese puente infinidad de pasos de gentes de todo el mundo. Sus modernas botas y sus deportivas cómodas encerrarán los mismos anhelos del caminante de siempre. Cruce de caminos, caminos que se entrecruzan. La vida.

7. En medio de la nada

Así lo han pensado muchos del pueblo cuando han empezado a construir la “colonia”, que aquello estaba en medio de la nada. Zacarías Ecay, fotógrafo y morador de primera hora de aquella “chantrea”, ha querido dejar constancia de los inicios porque, probablemente,

están cargados de ilusión. Muchos han sido los trámites que ha habido que superar y, finalmente, se han comenzado las obras. A los meses presenta este aspecto de poblado del oeste, aunque la imagen puede resultar un tanto engañosa.



Parecería que el nuevo barrio está muy lejos del pueblo, pero no es así. El camino que comunica la colonia con el pueblo, bien visible en medio de la foto, no tendrá más de 700 metros entre ella y el casco urbano. Más que real, la distancia es sociológica y psicológica. Hay quien califica a los nuevos habitantes como exiliados en medio de la nada. Ellos mismo tienen una cierta conciencia de ese sentimiento. Por eso, cuando se terminan las viviendas, en todas ellas hay unas botas de goma para “bajar al pueblo” por el embarrado camino. El asfalto vendrá más tarde.

Quizá es verano y el paisaje parece un áspero secarral. Pero, como lo veremos

en otras instantáneas, el rincón tiene su amenidad. Recostadas en las faldas de la pequeña montaña, rodeadas de verde en primavera y con una viña a sus espaldas, las casas no dejan de parecer una tierra de promisión. Así quizá la ven los obreros que los fines de semana se convierten en albañiles. Trabajan con ilusión en su propio proyecto.

El pequeño barrio se ha construido en dos momentos. La foto recoge, evidentemente, el primero de ellos. Ya se esbozan los grupos de viviendas que conformarán las calles de la colonia. El sol fuerte del verano ilumina la escena. Pero quizá sea más vívida la luz que surge de la ilusión. Esa no falta.

8. Temores que atraen

Se pregunta uno por qué Zacarías Ecay ha querido fotografiar esa calle concreta del pueblo. Es verdad que la vista y los edificios tienen un cierto aire señorial, pero no se percibe un atractivo mayor. Obsérvese que está hecha desde una terraza que pertenece a la parte trasera de una vivienda del “ensanche” del pueblo. La terraza es un primer piso, no está a ras de suelo aunque en la foto lo parezca. La barandilla no es meramente delimitativa, sino que impide la caída a la calle. Es decir, el fotógrafo ha pedido subir a esa terraza porque quería fotografiar la calle desde ahí. Y en verdad ha logrado un bonito encuadre tanto de la terraza como de la calle.

Notemos, además, que la tal calle no es la principal del pueblo, sino una que está en las traseras de la calle mayor. ¿Qué interés le ha movido al fotógrafo? Aventuremos una teoría.

Se observa en mitad de la calle una vivienda especial: piso bajo y dos alturas. Cabecero a dos aguas, dos óculos en



la buhardilla, balcón enrejado en el piso principal con columnas salomónicas, portada con columnas de igual estilo y zócalo de dibujo en piedra. Un edificio con personalidad entre viviendas de cierto porte, pero sin estilo alguno.

A esa casa le llama la voz popular la casa del “Pelugino” y los niños atraviesan por su acera con temor. Parece que la habita un señor que es un artista, aunque no sabemos que haya dejado obra conocida. La puerta, cerrada siempre a cal y canto, inspira temor. Nadie sabe nada de lo que hay dentro. Y el desconocimiento aumenta el miedo.

¿Por qué se le llama “el Pelugino”? Puede que alguien, un día, ante el oscurantismo de su personaje, le plantó el apodo y ahí se quedó. Tal vez alguien tenga otra explicación. Estaría bien conocerla.

Podría ser que el fotógrafo, defendido por la distancia y la altura de la terraza, ha querido fotografiar la casa del Pelugino y, como él participa del temor popular, la ha retratado de lejos. Quizá es el miedo el que ha engendrado tal fantasía y resulta que en la casa ha vivido un artista que simplemente quería que lo dejaran en paz. Así se escribe la historia.

9. Tráfico Circulatorio

Posiblemente esta moderna gasolinera sea la segunda en el mismo emplazamiento. Pero de la primera no tenemos constancia gráfica. Queda fuera de duda que la gasolinera es símbolo de progreso y de modernidad. Así se ha visto siem-

pre y así la quiere ver el fotógrafo Zacarías Ecay que ha plasmado esta instantánea que repetirán todos los folletos que publiquen fotos antiguas de la comarca.

La imagen no lo deja ver, pero la gasolinera está emplazada en un antiguo



cruce de caminos que sigue siendo cruce de carreteras. Un lugar muy adecuado para este negocio. Poner una gasolinera fuera de una ruta urbana y principal sería un suicidio empresarial.

Su visera es aerodinámica y futurista dentro de su sencillez. Y lo mismo que la oficina del empleado habla de una época que se abre al desarrollo. Como el tiempo del GPS no ha llegado, un mapa de Navarra luce en la pared, a la izquierda, indicando al conductor, por si no lo supiere, las principales rutas de la Provincia.

Tres son los surtidores para las diferentes clases de combustible, lo que da idea de la categoría del establecimiento. Todavía no se halla dotada de unos baños, lo cual sería un lujo además de un alivio evidente para los conductores.

Un 600 reposta, aunque nos entra la duda porque ese vehículo histórico, hoy pieza de museo, tiene el motor atrás y el depósito también. El empleado mira en

la parte delantera, donde va el maletero. Todo esto son cábalas de las que el lector tendrá su propia y precisa opinión. El hecho es que el 600 está ahí como representante automovilístico de toda una época.

Pacientemente aguarda su turno un Renault Dauphine, coche de gran prestancia considerado como un deportivo. No lo tiene cualquiera. Su dueño es, sin duda, un adelantado de la automoción. Popularmente se le conoce como “coche de las viudas”. Fácilmente de adivina por qué.

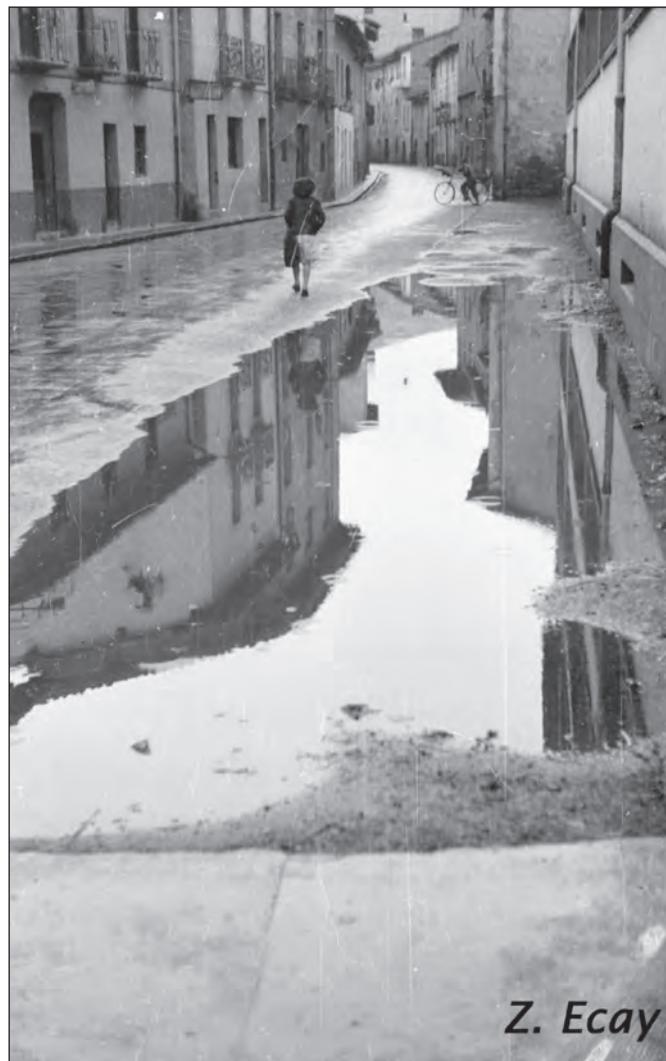
Aunque realmente el tráfico no es abrumador, la foto muestra que la gasolinera tiene una actividad evidente. Quizá es domingo y son los llamados domingueros quienes están repostando. Los demás irán viniendo. De todos modos, la escena maravilla a unos viejos que desde la acera de enfrente comentan: “¡hay que j***, cómo está el tráfico circulatorio!”. Pleonasma admirativo.

10. Realismo

Posiblemente Zacarías Ecay nunca oyó hablar del realismo mágico. Esta foto tiene poco de mágica, pero mucho de realista. Hay un aura gris que lo envuelve todo, como gris es la época a la que pertenece. No solamente es una foto de invierno, sino también de soledad social.

La escena pertenece al tramo alto de la calle mayor: a la izquierda, las viviendas, a la derecha el muro de la Papelera. Y en primer plano un gran charco que ocupa más de la mitad de la foto. Estamos seguros de que es ese charco el que ha llamado la atención del fotógrafo.

No queremos hacer lírica barata, pero ese reflejo de las viviendas en el agua remansada puede querer indicar la esperanza de quienes viven en la oscuridad social: por mucha que sea la pobreza, por difícil que sea mantenerse a flote, más allá del esfuerzo titánico por sobrenadar a la impotencia, hay esperanza, hay un cielo que se refleja en el charco,



Z. Ecay

brilla el sol al otro lado de la niebla. ¿Qué otro sentido puede tener fotografiar un charco como ese?

La mujer camina indolente por la orilla del charco. Ni siquiera tiene ánimos para ir por la otra acera de la calle. No hay tráfico. Y, además, quizá ya lleva mojados sus pies dentro de los zapatos. Es la soledad que va de camino. El fotógrafo podía haber esperado a que desapareciera del plano. Pero la ha querido incorporar a él: gris soledad sobre la grisura de la calle.

Un muchacho cruza la calle con su bici. Es la vida que no para. No puede haber fracaso social que impida a la vida brotar cada día. Quizá esa sea la pizca de magia de una foto tan desoladora: una vida que surge de una calleja y se aleja montada en una bicicleta.

Puede, ya lo decimos, que leamos la foto con un exceso de significado y una carga inventada de lírica. Pero nos parece que la foto deja constancia de toda una época, una forma de vivir, donde el color está casi ausente. Realismo con muy poca magia.

11. Balconeras

No sabemos muy bien qué ha querido fotografiar Zacarías Ecay. Es, sin duda, una escena de día de fiesta por la tranquilidad de los asiduos del bar y por las balconeras. Que no nos despiste el transporte público porque los días de fiesta también hay ese servicio. Pero el encuadre perfecto de los inmuebles nos sugiere que es ahí a donde apunta el objetivo del fotógrafo.

Efectivamente, los cinco edificios de la imagen son la parte nueva del pueblo, el “ensanche” del pueblo. Hay que reconocer que, aunque sean pocos, el conjunto habla de una cierta prestancia arquitectónica, por más que los bloques carezcan de estilo preciso y de pretensiones de brillo. Sus, en algunos casos, cinco alturas indican que estamos hablando de casas de referencia.

En la parte baja se ven dos toldos que corresponden a sendos bares muy frecuentados por los parroquianos. Las amplias aceras permiten reunirse y entablar tertulias que se prolongan sin pri-



sa. Es fiesta y si se seca la garganta, se entra a pie llano en el bar.

Pero, si como decimos, la foto apunta a los edificios, quizá se quiera dejar constancia de las balconeras engalanadas. Ha pasado la procesión o está aún por pasar y las colgaduras visten los balcones indicando con ello el más alto grado de festividad. Así es, porque tales colgaduras se guardan cuidadosamente durante el año o, si son más sencillas, se despliegan los cubrecamas mejores que tiene el ama de casa en su dormitorio. Es el lenguaje de la fiesta grande que el pueblo entiende sin disquisiciones.

Es cierto que muchas ventanas y balcones están desnudos de tales galas. Quizá no viva gente, o no quiera saber

de adornos o no los tenga. Pero no cabe duda de que el lenguaje mayoritario es el de la balconera festiva.

Ahora los balcones están vacíos, pero horas antes estaban ocupados por personas que miraban con regocijo la procesión y comentaban por lo bajo las incidencias de la misma. Los más piadosos miraban en silencio musitando sus oraciones.

La furgoneta se le ha echado encima al fotógrafo trastocando la intención de la instantánea. Pero así es la vida, un tiempo de belleza mezclada con sobresaltos. La escena brilla por más que la lámpara que cuelga en el cielo esté apagada. La fiesta es la luz reflejada en la luminosidad de las balconeras.

12. Potro desbocado

Generalmente es pacífico. El río que discurre plácidamente junto a la ermita es lento y manso. Hay veces que va medio seco. Si no fuera por el remanso de la badina sus piedras asomarían como las encías de un desdentado. Pero ocurre, en primavera y en el otoño sobre todo, que a veces el río se desboca. Una locu-

ra de aguas turbulentas se abalanza río abajo estrellándose contra las rocas y formando unos remolinos que asemejan la boca del infierno. Los vecinos suelen ir a ver el río fuera de sus casillas porque es todo un espectáculo. Alguien, a la izquierda y a la altura de la carretera parece contemplar la torrentera. El



fotógrafo Zacarías Ecay se ha sumado a quienes hoy asisten al espectáculo para dejar constancia de él en una imagen.

Las aguas rugen como una manada de toros enloquecidos. Su bramido se escucha por el pueblo y los niños, por la noche, lo escuchan en su cama arrebujándose para ocultar su miedo. Por suerte, y dado que el cauce del río produce una fuerte hondonada, no hay peligro de desbordamiento. Las casas del pueblo, en su mayoría, están más arriba. Ejemplo de ello es la venta que aparece a la izquierda, segura al estar lejos de la corriente. Imposible que se vea alcanzada por el torrente.

El ambiente es otoñal. La montaña del fondo se entrevé bajo la lluvia como un sudario. Hasta la ermita parece envuelta en grisura con sus balcones cerrados. No está el tiempo como para andar pensando en paseos. Por eso, no se ve un alma rondando por ahí. Detrás de la ermita, unos chopos con sus ramas desnudas, percha de la urraca, confirman que estamos en épocas otoñales esperando la primavera.

El viejo puente trata de resistir el embate del torrente. Viejo de verdad porque aún no ha llegado la hora de su reforma. De hecho, en el arco central se observa claramente que aún está el piso de tablonnes entre los que se ve el río y que tanto miedo causa a los niños cuando tienen que atravesarlo. Ahora, ni pensarlo. Porque, además, y según dicen las consejas, el agua tan alocada atrae a quien la mira, con lo que el peligro aumenta. Mejor no mirar, mejor no acercarse.

Una pequeña caseta parece estar al borde de la orilla en la derecha de la foto. Quizá esté deshabitada o, tal vez, pernocten algunos gitanos o alguno de los viejos mendigos que hacen la ronda por los pueblos del entorno. Seguramente que dormirán con un ojo cerrado y el otro abierto puesto en el movimiento de las aguas.

El potro se calma un poco cuando llega a las aguas bajas. Aunque aún espumeen, enfilan ya el cauce llano del río y su bramido se va apagando poco a poco dejando paso a un lento discurrir. El grávido río va buscando otro más grande donde desaguar. La furia se va calmando.

13. Cara y cruz

La evolución de la construcción de la colonia de san Francisco Javier tiene un interés personal para el fotógrafo Zacarías Ecay. Por eso la ha retratado en todas

las fases de su evolución. Si antes nos pareció que era un lugar en medio de la nada, ahora, vista desde otro ángulo, la cosa cambia.



La perspectiva es desde las laderas en que está asentada la colonia. Una hermosa viña ocupa la mitad de la foto. Debe ser primavera o verano porque el viñedo está en su esplendor. Es una metáfora: lo que está rodeado de viñas es una realidad viva y fructífera. Y así será.

El problema de la lejanía del pueblo con el que nació este proyecto queda aquí muy mitigado. Efectivamente, desde el punto de vista en que se ha situado el fotógrafo, el casco urbano del pueblo queda a un tiro de piedra. Aunque aún rodean al pueblo campos de cultivo, basta atravesarlos en pocos metros para estar ya en él. A la colonia le va a ser fácil y natural hacer parte integrante del pueblo.

Por eso mismo se distinguen las edificaciones de la población: la iglesia parroquial con su lucernario y su torre; el frontón nuevo y radiante en su blancura de edificio recién pintado; las casonas

principales de la calle mayor. El pueblo está ahí, al alcance de la mano.

Como hemos dicho, el lugar tiene todavía un indudable componente agrícola. Se cultivan viñas en las laderas del monte aunque suponemos que la calidad del vino no hace la competencia ni al Rioja ni al Ribera. Hay campos de cultivo que aún mantienen la actividad de unas pocas familias de agricultores. Y se divisa en el horizonte la línea de los chopos del río más allá de los cuales se hallan los huertos y las tierras de labrantío. Agricultura e industria conviven todavía.

Y ahí están los ocho grupos de casas nuevas como una promesa para la vida del pueblo. Las tejas que se ven amontonadas en alguno de los tejados han cubierto ya casi el total de las techumbres. Las puertas y ventanas se adivinan en los vanos de las paredes. La luz y el asfaltado irán viniendo. Ya solo quedan los detalles.

14. Pacífico

Si el pueblo contara, como Madrid, con el metro, también tendría una estación como la que hay en la capital: Pacífico. Así es este barrio del pueblo que Zacarías Ecay ha fotografiado para que quede constancia.

Lo ha construido la Obra Sindical del Hogar, lo que quiere decir que es para usuarios de recursos limitados. Pero aún así, la construcción incorpora elementos de actualidad y un cierto buen gusto dentro de su estilo. Así es, los bal-



cones son modernos y el ribete blanco con que se adornan las ventanas le quita el aspecto carcelario que algunos le señalan.

El asfalto está aún por llegar. Por eso cuando llueve pertinazmente, como en invierno, el barrizal está asegurado. Es la hora de sacar del armario las katuskas. Las aceras son mínimas en su anchura. Alivian lo esencial y no más.

Pero, como decimos, la imagen refleja la vida de un barrio pacífico. Un grupito de niños juega en medio de la calzada sin temor a los automóviles. No los hay y ellos han establecido allí su campo de juegos. Tres de ellos están literalmente sentados en la tierra, otro de pie y un

quinto corre no sabemos hacia dónde. Un tranquilo paseante adulto confirma la evidencia de que aquel es un lugar de paz. Son otros tiempos.

El edificio bajo de la derecha es, digámoslo así, un pequeño centro comercial de la época ya que alberga una carnicería, una pescadería y una tienda de comestibles. Los vecinos que no tengan tiempo para desplazarse a las tiendas de la calle mayor encontrarán aquí lo más imprescindible.

El sol de la tarde dora e ilumina la calle por la parte sur. Es la evidencia de que también a los vecinos de estas viviendas les ha iluminado el sol de una vida más confortable. Que sea por muchos años.

15. Colonia

Es lo que representa: una colonia de pequeñas viviendas, adosados diríamos hoy, una “chantrea”, casas para trabajadores de la época. Sus moradores, entre ellos Zacarías Ecay, los han construido, mantenido, remozado y cuidado de modo que hoy es un espacio coqueto en la parte norte del pueblo.

No es que tengan un estilo definido, pero su tejadillo a dos aguas, la mezcla de piedra simulada y mampostería, y el color rojo que adorna los falsos durmientes da al conjunto un indudable aire de la tierra. Si unimos a eso la pulcritud de las calles y el sosiego del tráfico, tenemos como resultado un pequeño



oasis de paz y disfrute. Que se lo digan a las dos paseantes que caminan lentas bajo el sol de la tarde.

La foto no recoge el dato de que todas las viviendas tienen un patio que no solamente es un desahogo para la vivienda, sino que sirve de esparcimiento particular para los vecinos. Quizá alguien lo aproveche para criar algún animal doméstico.

Oficialmente lleva la denominación de “Colonia de san Francisco Javier”. Y así continuará con tal denominación. Los moradores han mantenido esa calificación de “colonia” a la que han dado un sentido familiar y festivo. En su plazuela se celebran fiestas y encuentros que montan los vecinos como parte de su convivencia.

En primer plano hay un descampado que asoma en su natural desbarajuste. Luego será un parquecillo bien cuidado por el ayuntamiento. Y aunque parece que el barrio está en las faldas de la montaña, no es así. El monte del

fondo vigila de lejos porque por medio está la calle mayor y el río con su profunda hondonada. A la derecha se ve otro tipo de edificaciones de pequeños bloques de viviendas. Es harina de otro costal. El depósito de agua que parece estar encima del tejado de las viviendas está en realidad lejos porque pertenece a la papelera que está junto al río. No hay que dejarse engañar por el efecto óptico.

Los árboles que jalonan las aceras están todavía con pocas hojas. Será que es el inicio de la primavera. Porque en el verano, amparan con su sombra fresca a todo el vecindario. Hoy hace calor, ya lo decimos, y hasta los pocos coches que hay buscan la sombra para estar aparcados.

Está aún lejos el tiempo en que, por evolución social, estos chalets sean demandados como viviendas muy apreciadas. Hoy la colonia vive su peculiar identidad frente al pueblo con el buen gusto de lo bien hecho.

16. Usía

Este edificio tiene usía, como dicen los castizos. Es, con su hermano el Casino Besta Jira, la construcción más emblemática del pueblo, por encima de la misma parroquia, más bien pobre, arquitect-

tónicamente hablando, o de la fachada renacentista de casa Motza. Fue un encargo de las autoridades provinciales para dedicarlo a museo de Viticultura y hasta lo inauguró el rey de cuya presen-



cia quedan fotos en los archivos. Pero su finalidad durante años fue la de Escuela Peritos Agrícolas.

Quedaba al final del pueblo, en el término de un paseo que no era muy frecuentado por la gente corriente. Siendo una referencia en el pueblo, la Escuela no estaba destinada específicamente a alumnos del pueblo que pudieran tener acceso a esos niveles de formación con mucha dificultad. Pero muchos de los alumnos vivirán “de patrona” en el pueblo y hasta surgirán matrimonios con alguna lugareña. El cochazo que pasa junto a la verja, posiblemente un Mercedes, va a tono con la prosapia del edificio. Los árboles del jardincillo están desnudos. Quizá sea invierno. Si hubieran estado florecidos el efecto decorativo realzaría la fachada.

Pero nadie puede negar la belleza de la construcción. Sus tejadillos simétricos a diversos niveles, su mezcla de piedra y cemento, sus ventanas de madera, pintadas en rojo, perfectamente integradas en la arquitectura vasca tradicional, su proporción de volúmenes, etc., hacen de este edificio una pequeña joya de la arquitectura.

Cuando el centro docente lo absorbe la Universidad Pública cambia sus funciones. De tal manera que lo único que queda del verdadero edificio es justamente lo que recoge la foto. Por eso Zacarías Ecay supo fotografiar lo valioso de la construcción y nos legó esta foto que merece ocupar un puesto de relevancia en cualquier exposición. Ciertamente, es un edificio con usía.

17. Puente sobre aguas turbulentas

Cuando Simón y Garfunkel compusieron su famosa balada no estaban pensando en estas aguas realmente turbulentas. Su canción, un tanto dulzarrona, no casa bien con la rugiente avalancha de este torrente alocado. Se ve que ha llovido

a base de bien y el cauce casi no sabe cómo contener la fuerza desatada, el empuje arrollador de las aguas grises.

Tal es así que la apacible badina que es durante casi todo el año se ve desdibujada, enterrada, enaguada, por el ca-



balgar espumante del río. No lo escuchamos pero es fácil imaginar el bramar de la corriente que atemoriza a todos y que hace huir a los niños. Bien se encargan sus madres de que en tales circunstancias no se acerquen al río.

Pues bien, sobre esas aguas turbulentas se mantiene en pie el viejo puente. Y decimos viejo porque todavía no ha sido restaurado. La foto es, pues, anterior a 1960. Puente mermado, desdentado, cortado, pero en pie. El arco central, que es el que más sufre, ha sido destruido, nos dicen, cuando las guerras carlistas del XIX. Lo cierto es que sus inestables maderos requieren un cierto valor para atravesarlo. Y más todavía cuando, como ahora, lo que se tiene debajo es un abismo rugiente.

Quizá ayuden a que el puente se mantenga en pie los viejos basamentos romanos que las aguas esconden y también los macizos de hiedras que se dis-

tinguen en la foto. Su abrazo verde, sus raíces taladradoras contribuyen a mantener cohesionada la piedra.

Pero hay valientes que lo cruzan sin temor. Se ve con claridad en la parte izquierda del puente a un paseante que ha atravesado el puente con tranquilidad. Se adivina que mira al fotógrafo como indicando que no es para tanto. Quizá sea un huertano que ha ido al otro lado a ver si queda algo del plantío de invierno, que será poco sin duda. El caso es que va y vuelve sin temor sobre el puente de aguas turbulentas. Aún no se han puesto a la tarea lírica Simón y Garfunkel.

No hay un solo caminante que aparezca en el Camino de Santiago que se esboza a la derecha. No es tiempo de caminar, sino de refugiarse, donde sea, al amor de la lumbre. Mientras tanto, el líquido rugido sigue taladrando la tarde gris y la noche negra. Quedémonos en casa.

18. Con el agua al cuello

Aunque cada año ocurre lo mismo cuando llega la primavera, el cauce desbordante del río no deja de llamar la atención. Por eso Zacarías Ecay está con su cámara allí para captar el desborde del

río principal en el que va a desaguar el del pueblo.

Como decimos, es primavera. Se ve la cresta coronada aún de nieve en la montaña del fondo. Todavía no se ha



derretido totalmente. La lluvia que cae contribuye a la avalancha de agua. Los sembrados se libran de la inundación porque están lejos del cauce; son los huertos los que pagan el pato. Las berzas, las achicorias, las escarolas y algún cardo que quedó de la Navidad están echados a perder.

La inundación viene del río mayor que está a la derecha y, saltándose el muro de la carretera, desagua en el río del pueblo. La chopera de la derecha es la que corresponde al río desbocado. Los chopos, como vigilantes serios, montan guardia noche y día avisando de las avalanchas de agua.

Sin ser muy grande, el camión que pasa por la carretera inundada va con cuidado. El indicador de 60 es para cuando el piso está seco. Ahora el conductor ha levantado el pie del acelerador. Aun

así, los chorros de agua que despiden las ruedas indican que va a una cierta velocidad. Aunque sea con el agua al cuello hay que seguir con la tarea.

De todos modos, la inundación no hace temer a un grupo de caminantes que se perciben al fondo de la foto. ¿Quién les habrá mandado salir de casa con un tiempo tal? Quizá tienen campos o huertos anegados y, calzándose las botas de agua, se han ido a ver la devastación de las aguas.

Parece que entre los caminantes hay otro vehículo. Eso querría decir que el gremio del transporte, o la pura necesidad de llevar a casa un jornal, no amilana a los transportistas. Si se está con el agua al cuello, ellos siguen nadando. Vendrá el verano y la lozanía de las mieses hará olvidar estos días de agua excesiva.





II Grupos-Retratos

NA-304582

1. Amigos para siempre

Le va bien a la foto el título de “Amigos para siempre”, aunque aún están muy lejos las Olimpiadas de Barcelona de 1992. El fotógrafo Zacarías Ecay se adelantó y, con buen ojo, supo plasmar en esta magnífica foto el gozo de la amistad. Ha debido surgir de pronto la idea de fotografiarles. Y ahí está el resultado. Todo lo ocupan ellos.

Son dos muchachos, dos adolescentes. Uno, todavía con pantalón corto, el otro lo tiene ya largo, de hombre. Sus rostros aún tienen rasgos infantiles, por más que el flequillo anuncie un cierto desparpajo.

Lo más hermoso es ese abrazo amigable, el brazo de uno en los hombros del otro. Es el yugo dulce de la amistad que quizá dure para siempre. ¿Qué habrá sido de esta amistad a lo largo de los años? Sean cuales sean sus derroteros, el momento de la foto es hermoso.

Cabalgan los dos en sus flamantes bicicletas, nuevas, de hombre, con “barra”. Eso



les hace entrar en la cofradía de los considerados, de quienes pueden presumir de bici propia, si es que no se las ha prestado algún hermano mayor u otro amigo. Pero en el momento de la foto son suyas y dan brillo a la declaración de amistad.

Obsérvese que, según parece, los muchachos no están sentados sobre el sillín de las bicis, sino sobre la parrilla trasera. Quizá eso les permita echar el pie a tierra porque si se sentaran en el sillín sus piernas aún serían cortas para mantenerse sobre la bici. Servidumbres de la edad.

Quizá se las han prestado con todas las advertencias o ellos mismos son

conscientes de su tesoro con ruedas. Lo decimos porque ambas muestran la cadena con llave para dejarlas amarradas a un árbol o a una puerta sin que nadie intente llevárselas. Hombre precavido...

Debe ser un día festivo por la ropa de domingo que llevan los chicos, incluida la corbata que no es atuendo de diario. Un buen marco para celebrar la fiesta de la amistad. La mirada fija en la cámara está hablando de la decisión de que esta amistad temprana perviva todo lo posible. Es un deseo quizá ya cumplido.

2. Divino tesoro

Como muchas de las fotos de Zacarías Eca y ésta también se hecho en las casas de la “colonia”. Quizá fue algo impensado: pasaban por allí y se dejaron fotografiar. O, más bien, fueron a buscar ellas al fotógrafo porque querían tener una foto

de la cuadrilla de amigas. En cualquier caso, la foto es hermosa, el divino tesoro de la juventud.

Debe ser verano porque los vestidos son sin mangas y las piernas lucen juveniles. Su manera cuidadosa de sentarse



indica que cumplen las normas de la buena educación femenina.

El gesto de amistad es el entramado de brazos sobre los hombros, unas de otras, y las manos que se entrelazan. Sí, son una piña de amigas que se aprecian con el desparpajo de la juventud. Posan haciendo ver, de forma natural, su amistad.

Pero lo más interesante es el lenguaje de la mirada que la cámara ha captado tal cual. Los ojos desvelan un cierto asombro, un brillo innegable y un poquito de suspicacia en algunas. El denominador de todas es la alegría que se ve en las tímidas sonrisas de las chicas.

Se las ve contentas. Su día está hecho de luz.

Aunque son muchachas jóvenes, apuntan ya a maneras de adultas. Los zapatos con un poquito de tacón, los relojes de pulsera y los peinados, hablan de su entrada en el mundo de los adultos. Que tengan suerte.

Es una foto de un presente gozoso que disfruta del momento. No saben que el futuro es suyo. A ellas les basta con estar contentas este domingo en que han querido hacerse juntas una foto. Quizá la conserven en una caja como uno de sus mejores recuerdos.

3. De excursión

El coche que hace de telón de fondo nos dice que la foto corresponde a un día de excursión. Ese coche, con su rueda en el guardabarros, puede ser una berlina tipo Invicta. Un vehículo potente y de relumbrón. Lo que hace pensar que se

trata de una excursión de un cierto nivel. Dado que las ha fotografiado Zacarías Ecay, hay que pensar que estamos al inicio de la excursión o quizá al final, pero ya en el pueblo. La berlina tiene capacidad para ocho o más personas. Pero



ellas cuatro han querido una foto. No cabe duda de que son amigas.

A juzgar por la ropa, es primavera. Lo dicen la rebeca y las mangas largas. Solo la joven de la derecha va de manga corta, aunque lleva al brazo la chaqueta siempre preparada por si se siente el fresco. Los vestidos y faldas son elegantes. Quizá demandarían unos zapatos con tacón. Pero, al ser una excursión, las chicas han querido ponerse un calzado cómodo.

Sin ser muy risueño, el rostro de las mujeres es simpático. Miran al fotógrafo con una media sonrisa o un poquito menos. Pero, enmarcados en sus brillantes peinados, resultan luminosos. Los brazos entrelazados de tres de las mujeres son una firma del vínculo que las une.

De manera un tanto borrosa se adivina en su puesto al chofer de la berli-

na. Posiblemente él también está contento de llevar de excursión a tan buena compañía. Ventajas del oficio. Podría haber tenido algo más reluciente su flamante vehículo. Pero eso va fuera de programa.

No sabemos bien si se disponen a subir al coche o quizá bajan de él. Lo decimos porque dos de las chicas están con un pie en el estribo lo que produce el curioso efecto de que parecen no tener más que una pierna. Pero no, seguramente que tienen las dos como corresponde.

La foto es luminosa y no es de extrañar porque las excursionistas tienen un día de luz por delante. Cuando al tiempo vean la foto, recordarán con gusto esta jornada de disfrute. *Carpe diem.*

4. Élites

Con toda probabilidad el fotógrafo Zarcías Ecay ha sido requerido para dejar constancia del final de este encuentro de hombres. La foto tiene un indudable carácter oficial por su correcta disposición. Es algo que ha sido bien preparado

antes de que el fotógrafo se decidiese a abrir el obturador.

El marco es muy adecuado. Es invierno porque el fondo de árboles pelados habla de él. También podría ser comienzo de la primavera, a lo que se añadiría



el atuendo que habla de protegerse de la lluvia más que librarse del frío. De cualquier manera, en el momento de la foto no llueve porque no hay atisbos de paraguas en las manos de los muchachos. Hasta las vías del Irati que cruzan el puente y que aparecen en la foto y su adoquinado dan un toque de actividad industrial.

Como decimos, es una reunión de hombres jóvenes, posiblemente de contenido religioso porque la época no es muy permisiva con ninguna clase de reuniones. Aunque quizá sea de otro tenor, empresarial o de negocios, porque en las fotos de reuniones religiosas suele posar algún clérigo y aquí no lo vemos.

El caso es que ahí están esos catorce hombres en formación compacta. Su atuendo es casi un uniforme porque la mayoría lleva una “trinchera” como se llama a esas gabardinas que se llevan

y que con tanta galanura exhibe Humphrey Bogart en las películas. Alguno de ellos lleva un abrigo de indudable porte militar.

Bien aleccionados por el fotógrafo, miran todos a la cámara. No habrá costado mucho lograrlo, pues son hombres disciplinados. Aunque siempre hay alguna nota discordante como el muchacho de la izquierda que está en pie: baja pacientemente la cabeza y mete displicentemente la mano en el bolsillo del pantalón como diciendo ¡pero qué hacemos aquí!

Pensando más a fondo, tal vez se pueda deducir que se trata de las “élites” del pueblo. Ciertamente no reflejan a las clases populares. No conocemos la trayectoria de cada uno de ellos. Pero el conjunto remite a muchachos con futuro social. O tal vez sea otra cosa.

5. Moteras

Parece claro que Zacarías Ecay quiso hacer una foto simpática y amable de estas dos jóvenes “moteras”. La foto está hecha en “la colonia” ante la casa del propio fotógrafo y tiene como fondo un rosaledal del que no se aprecian las flores al

ser la foto en blanco y negro. Pero el detalle añade más poesía a la instantánea.

Las dos muchachas están montadas sobre una Vespa, moto emblemática del momento. No tiene cualquiera una moto tan deseada. Es posible que tampoco sea



propiedad de las chicas, pero da pres-tancia al retrato.

Claro que la moto está más bien está-tica, con su caballete echado en el suelo y apuntando con rueda delantera a la pared. Si arrancara, se darían contra el muro. Quizá habría de estar orientada al otro lado y así se vería la rueda entera que ha quedado degollada.

Las moteras no llevan ropa ni calza-do adecuado para ir en moto. Tampoco casco que desluciría mucho su bonito peinado. Pero ellas están contentas re-tratándose así, una llevando el manillar, la otra montada a lo amazona. Como la

moto está parada y bien parada, el peli-gro no existe. Por eso mismo, su cara no es de velocidad, sino de una indudable felicidad por poder hacerse tal fotogra-fía.

Es posible que la foto haya servido para inocularles el venenillo de las mo-tos y que, tiempo después, vayan por las carreteras vestidas de negro y cabalgan-do sobre una Harley-Davidson. Pero eso no lo sabemos y es producto de la mera imaginación. Lo cierto es que la foto de ahora ha quedado muy bien y que, posi-blemente, al verla, las moteras han son-reído con satisfacción.

6. Sobre ruedas

Nunca mejor dicho. El fotógrafo Zacarías Ecay deambula por el lugar, ve venir a dos ciclistas en pausado caminar, se apuesta en mitad de la calzada y dispara su máquina. Está en el sitio y en el momento justo. Sí, es una foto sobre ruedas.

No han necesitado bajarse de las bicicletas y, ni siquiera, ha habido que tocar el freno.

El escenario puede dar alguna pista. Están en las afueras del pueblo, pero entrando a él desde la vecina población.



Construyamos una suposición: es domingo, van trajeados, el bajo de sus pantalones cogidos con una pinza para que no se manche con la grasa de la cadena, tranquilos en una mañana soleada (la sombra se dibuja nítida en la calzada).

Quizá vengan de misa del convento de capuchinos de extramuros de la ciudad. Muchos hombres del pueblo suelen ir en bici y así, además de darse un paseo, quitan una obligación. Ya decimos que es una suposición porque en estas cosas de la religión la procesión va por dentro.

Los dos ciclistas miran a la cámara sin descomponer la figura, lo que quiere decir que, como nos lo parece, vuelven sin ninguna prisa al pueblo. Tal vez han

quedado para tomar algo antes de entrar en casa.

Los campos de la derecha vigilados por el monte hablan de un tiempo anterior a la época del cemento y del ladrillo. A pesar de los chalés de la derecha, de moderna construcción, el pueblo vive aún en un ambiente básicamente rural, aunque la transformación industrial está avanzada.

Van sobre ruedas de bici, pero ellos saben que los días de paz para estos vehículos están contados. Se escucha a lo lejos el trepidar de los motores. Solamente cuando se esté de vuelta de muchas cosas, las bicis modernas irrumpirán con fuerza. Será un ir de nuevo sobre ruedas, aunque de otra manera.

7. Romántica

A los fotógrafos les toca enfrentarse a accidentes y desastres que encogen el corazón. Pero, a veces, ayudan con sus fotos a guardar los buenos recuerdos de la vida. Por eso, con frecuencia, hacen fotos románticas, evocadoras, que se con-

servan en lo recóndito del alma y en el fondo de una caja de recuerdos. Esta es, no se puede dudar, una foto romántica.

La pareja está de fiesta. Lo indican sus trajes de calidad, encorbatado él, con blusa blanca ella, los dos con su pa-



ñuelito blanco asomando del bolsillo de la chaqueta. Si aún se quiere tener más argumentos, fijémonos en el calzado de blanco impoluto, sandalias ella y zapatos él a lo Fred Astaire.

La apacible actitud de ambos y su media sonrisa indican que la pareja se lleva bien. Podrían haberse fotografiado más acaramelados, pero esas efusiones quedan para tiempos ulteriores o para la intimidad. Si se observa bien, hay una cierta inclinación mutua de los cuerpos que, sentados, buscan la confluencia. Las manos reposan sobre las rodillas o sobre el regazo en signo inequívoco de serenidad.

Lo que da un toque más romántico a la foto es el riachuelo que forma un re-

manso en la presa que la foto muestra en toda su amplitud. Ese río ocupa el centro de la imagen y casi se siente el murmullo de las aguas. Al romperse cuando caen, forman una cortina blanca que contribuye a iluminar la escena. Debe de ser primavera porque el río lleva agua, sin la escasez del verano y sin el desmadre del invierno.

Y más datos: la maleza del fondo que bebe en el río está espolvoreada de florecillas que, si la foto fuera en color, formarían un verdadero tapiz multicolor. Quizá restaría algo de la seriedad de retrato. De cualquier manera, queda claro que estamos ante una foto romántica. Y, digan lo que digan, es del mismo lenguaje que el amor.

8. Autoridad

Este retrato es casi una foto oficial. Zacarias Ecay ha querido dejar constancia de que esta es la autoridad municipal puesto que la guardia civil, que tiene su cuartel en el pueblo, es, más bien, la autoridad política. A cada uno lo suyo.

Si algo se desprende de la imagen es la sensación de una autoridad comprensible, a ras del vecindario. No se quiere estar por encima de nadie, sino al servicio de todos. Quizá no sea bien entendido esto. Por eso la foto destila una indudable melancolía.

El telón de fondo de la foto es la calle, tal cual, porque la calle es el lugar primordial de trabajo del alguacil. Él no es hombre de despachos, sino de cercanía al vecindario. Por eso camina junto a los vecinos y mira por ellos con el amparo de la alcaldía.

La figura está tomada un día cualquiera pero refleja bien el cuidado del alguacil para presentarse impecable



en su atuendo: casaca con el correaje lustroso y los botones brillantes, hombreras en su sitio, hebillas centradas, pantalón impecable, zapatos lustrosos y boina entre vasca y carlista. Nadie podrá reprocharle un gramo de desidia.

Se apoya ligeramente sobre el bastón de mando sujeto a la muñeca con una correíta. Se quiere decir que en este pueblo hay orden y que quien esté tramando fechorías es mejor que vaya a otro lado.

No lleva arma alguna porque sus trabajos son tareas de paz y de siembra de buena vecindad. Para eso no se necesita intimidar a nadie, sino ser paciente con los impertinentes y servicial con todos los demás.

Es alguien al servicio de la comunidad en tareas que van desde el socorro a un vecino hasta el ordenamiento del tráfico que cada vez se hace más intenso y que el alguacil no sabe de dónde sale tanto auto. Autoridad benigna.

9. De compras

He aquí otra foto en la que el fotógrafo Zacarías Ecay ha rozado la perfección. Las obras de arte son así, salen o no salen. Esta ha resultado redonda. El encuadre, la luz, la postura, el paisaje, todo encaja.

El motivo de la foto es muy sencillo: a una muchacha de la colonia le han mandado de compras al pueblo. Viene de allí porque las casas de la "chantrea" quedan en el horizonte. Ha tomado su bici y ha enfilado el camino que separa el pequeño



barrio de la colonia del casco urbano. Es muy posible que el fotógrafo le haya pedido que pare para hacerse la foto. Todavía tiene la mano en el freno. No hay peligro de que se tope con ningún vehículo; suben y bajan pocos por el camino. Todo lo más, algún carro; a la derecha hay uno “aparcado”. No hay que temer.

La bici es de chica, porque tal es ella, aún con calcetines blancos. Tiene su barra baja y hasta su malla en la rueda trasera para que no haya percances con la falda. Lleva un jersey sin mangas por lo que debe ser primavera o verano.

Su mirada a la cámara, entre sorprendida y sonriente, indica que no le cuesta dar gusto al fotógrafo. Tiene tiempo y no le van a reñir en casa porque tarde un poquito más de lo normal.

La bici lleva una barquilla delantera para poner la compra que hará en el pueblo. Es un tanto rústica, pero fuerte y segura. Puede que sea de procedencia británica, pues en la delantera se lee “Oxford”. No sabemos si la afamada universidad es concedora de este uso tan utilitario de su prestigioso nombre.

El ambiente es todavía rural y pacífico: el carro aparcado, la caballería que ramonea arriba a la izquierda, los dos paseantes que bajan despreocupados por el centro del camino. Aún no ha llegado el frenesí de la modernidad. Pero no anda lejos. Mientras tanto la simpática compradora hace su tarea con normalidad. Las tiendas del pueblo ya están abiertas.

10. Escolanos

No cabe duda de que esta ha sido una foto preparada. Les habrá costado al director de la escolanía y al fotógrafo Zacarías Ecay lograr que los 18 escolanos se mantengan atentos a la cámara, en silencio y guardando la compostura.

Hacer un retrato así es un acontecimiento que se sale de la rutina diaria y el alborozo está asegurado. Pero, al fin, se ha hecho la paz y se ha logrado una foto de exposición: claridad, visibilidad de todos los rostros, encuadre perfecto, simetría. Lo dicho, de exposición.



Visten los escolanos el uniforme de gala: túnica blanca, cordoncillo rojo al cuello y cingulo en la cintura, capucha monástica, mangas anchas. Las túnicas miden lo justo para que no aparezcan los zapatos por debajo, excepto en uno o dos casos. No se puede pedir más.

El director del coro, que es además sacerdote en la parroquia, se mantiene serio y algo rígido. Cabello de cepillo, gafas oscuras y flanqueado por dos escolanos mayores rebosa satisfacción por el grupo de niños cantores. Él siembra en ellos los rudimentos del solfeo y del canto con éxito desigual. Pero las tareas musicales van saliendo adelante. Eso es lo que importa.

El fotógrafo ha puesto al grupo enfrente del sol porque así tiene una buena iluminación. Pero eso hace fruncir el ceño a los niños a los que molesta la luz. De ahí que sus miradas tengan una pizca de desafío y no descubramos ninguna sonrisa entre ellos.

Son obedientes. No hay ninguna discordancia. Y, por supuesto, no hay nadie

que haga monerías o signos raros sobre la cabeza de quien tiene adelante. Los chicos sentados ponen todos sus manos sobre las rodillas, tal como seguramente les han indicado. El grupo se mantiene compacto sin apretujarse. Quizá a los sentados les viene un poco corto el banco y se pegan un poco más para que nadie quede fuera. Pero la foto es armónica.

Tiene como telón de fondo un viejo muro de sillares, posiblemente la traseira de la parroquia. El contraste es claro: el futuro en las manos de los escolanos ante el pasado secular del pueblo. Todo se une. Y así pasado y futuro se entrelazan en la vida de la vecindad.

No se sabe cuáles serán los derroteros musicales de estos muchachos. Posiblemente algunos dejarán la música cuando les cambie la voz. Otros alimentarán el coro parroquial de reconocido prestigio. Quizá surja algún compositor o director de orquesta. No se sabe. Hoy por hoy siembran la belleza cuando cantan. Alegría para la ciudadanía, con frecuencia atribulada.

11. Reparto de amistad

Con un poquito más de luz, esta instantánea de Zacarías Ecay habría sido perfecta. Está situada en mitad de la calle mayor en la entrada del pueblo. Se puede hacer con calma ya que no hay mucho tráfico en este día. Ningún conductor se

molestará ni tocará la bocina pidiendo paso. Es un día soleado porque, aunque la foto pueda parecer un tanto gris, se ven las sombras del carro y de los muchachos en el suelo. Es, sin duda, medio día.



Es una foto de amistad. Lo muestran a las claras los dos chicos del centro. El conductor del carro de reparto echa su brazo sobre el hombro de su amigo. Lenguaje claro. Su mirada es penetrante, con lo que se está diciendo que se desea que la cámara recoja los sentimientos del corazón. No son lenguajes para ser hablados, sino para ser vividos. Quizá incluso, dichos así, resulten inaceptables. Pero ¿cómo se explican los vericuetos del corazón?

Los otros dos muchachos hacen un poco de acólitos. Están bien trajeados. Quizá vayan a la parroquia porque tal vez sea día de comuniones. Queremos ver en el grupo de la izquierda a dos hombres que acompañan a una niña vestida de blanco. O eso imaginamos. De

cualquier manera el chico que está en pie a la izquierda se suma al grupo del centro con ligera inclinación. El de la derecha se mantiene más distante.

El centro de la foto lo ocupa el carrito de reparto. Es posible que sea el medio de vida del muchacho que lo monta. Quizá distribuya el pan por las casas. Y aquí viene nuestra lectura: es verdad que reparte pan u otros encargos, pero también amistad. A la vista está. Un reparto de amistad es algo raro, pero no solamente se reparten cosas, también sentimientos y bondad. Tal vez el chico, sin saberlo, esté diciendo: yo no solamente hago llegar pan y encargos, también voy por la vida repartiendo amistad. ¿No es algo importante y necesario?

12. Austeridad

Acostumbrados al derroche de una carnicería moderna, nos parece que esta de la foto es de una austeridad rayana en la escasez. Es una de las tres carnicerías que hay en el pueblo y Zacarías Ecay ha querido dejar constancia de ella por-

que es una tienda por la que pasa medio pueblo. Si tal es así, es de recibo que haga parte del archivo fotográfico.

La austeridad es la que muestra la exposición del producto: dos corderos en canal, dos piernas de ternera y un par



de vísceras que no sabemos identificar. Posiblemente otros productos de más pequeño tamaño se hallen debajo del mostrador, en la mesa de trabajo que ahí tiene la carnicera.

Hay que desechar la idea de una cámara frigorífica porque tan esencial artilugio posiblemente no se conozca aún en el pueblo. La comida ha de ir acompañada al gasto diario. Lo que sobra, que será poco, se deja en las “fresqueras” que refrescan al socaire del tiempo que haga.

En su esencialidad, el establecimiento refleja una gran pulcritud tanto en la exposición de las viandas, como en la higiene del mostrador y en la bata blanca de la carnicera. Ésta mira de frente, quizá un tanto sorprendida de que su tienda sea objeto de una foto y de que se le pida que pose detrás del mostrador. Ella regenta la carnicería y así debe constar para la posteridad.

En primer plano se coloca la báscula oficial, la que pesa y ordena los precios, temida por las amas de casa que tienen que compaginar el sueldo corto con la semana larga. En el plato de nuestra izquierda, el grande, se pone la mercancía; en el pequeño de la derecha, las pesas que equilibran y marcan la cantidad de lo comprado. Para el precio se multiplica por el valor de cada kilo. Las tenderas son especialistas en esas multiplicaciones rápidas. Lo llevan años haciendo. Hecha la operación, quizá la carnicera añada un poquito más como signo de generosidad y de atención al cliente.

La pared desnuda es propia, como decimos, de tiempos de más escasez. Pero son los que son y cada uno, carnicera y clientes, han de ingeniárselas para llegar al fin de semana, porque se cobra por semanas, vivos y coleando. No es fácil. Ya vendrán épocas mejores y la carnicería cobrará otro tono. Pero hoy es hoy.

13. De colores

Es muy posible que en esta ocasión se le llamara al fotógrafo Zacarías Ecay para que dejara constancia del final del cursillo. Es una foto preparada. Como decimos, creemos que puede ser la conclusión de

un Cursillo de Cristiandad, actividad religiosa muy en boga en esta época. Los cursillistas, fervorosos, habrán cantado su himno “De colores” y posteriormente han querido hacerse la foto de grupo.



El escenario es más bien precario, pero la pericia del fotógrafo ha logrado un buen encuadre. Por un lado, el grupo se sitúa delante del Centro parroquial, lugar del Cursillo. Por otro, el muro de la izquierda hace de pantalla de fondo del grupo. Y para que no falte una pizca de lírica, unas plantas, cardos más bien, ponen el toque vegetal a un escenario de cemento. Un buen encuadre, sí señor, para ser un lugar tan angosto.

El grupo parece satisfecho del cursillo, aunque de los 32 participantes son pocos los que muestran un rostro sonriente. La mayoría exhibe una actitud de circunstancias mirando, como es preceptivo, a la cámara. Alguno, más díscolo, como el apoyado en la pared a la izquierda o el último sentado también a la izquierda, muestran un cierto pasotismo. Unos cuantos, como el citado que se apoya en la pared o el de la izquierda segunda fila al final, parecen esconder en-

tre los dedos un cigarrillo. Quizá lleven mucho tiempo sin fumar y ya se sabe.

Por el atuendo en el que vemos muchas corbatas, quizá sea un grupo de hombres jóvenes de un determinado segmento social. Varios llevan una insignia similar en la solapa. Será la del Cursillo, la del pueblo o, tal vez, la de algún equipo de fútbol. Las insignias de contenido político están vetadas, salvo las oficiales.

Los dos curas jóvenes, con sotana, se sientan en medio del grupo. Se observa en ellos, con su pose similar, una indudable satisfacción por la tarea realizada. El señor párroco les felicitará.

Vuelven los cursillistas a sus casas, a la brega laboral, a los caminos cotidianos. Les habrán dicho muchas veces en el cursillo que ese escenario de la vida es el que hay que pintar de colores, como canta la vieja habanera de la que ellos han hecho su himno. Tienen, pues, mucho que pintar.

14. Reparaciones y más

Esta fotografía de Zacarías Ecay es significativa por varios conceptos. A primera vista es, simplemente, la plantilla de un taller de reparaciones de autobuses y automóviles. Pero una lectura atenta de la instantánea nos proporciona mucha más información.

El taller está situado en una calle secundaria del pueblo con amplio espacio delante para aparcar vehículos que necesitan reparaciones. Nadie les molestará. Y tampoco será un incordio para la convivencia con los vecinos. Las flores en los balcones lo confirman.



Por de pronto llama la atención la amplitud de la plantilla. La empresa tiene que ser de envergadura porque son muchos los oficiales y muchos los aprendices. Es algo más que un simple taller de reparaciones. Los oficiales están arracimados a la izquierda, los aprendices a la derecha. Hay un oficial tumbado sobre el capó del motor y por la ventanilla del autobús asoman las cabezas de algunos de los aprendices. Incluso un niño está junto a quien con toda probabilidad es su padre. Un par de personas, a la izquierda, están con camisa blanca. Quizá sean los jefes.

Como son buenos especialistas, no temen por la estabilidad del autobús, aunque nos parece que carece de rueda trasera, quizá en reparaciones. Da la impresión óptica de que un niño hace de "gato" de la rueda trasera, como si sostu-

viera al autobús a sus espaldas. Pero no tiene nada que ver con el asunto.

Sorprende, así mismo, que estén todos ahí, de no ser que celebren el patrón o cosa así, aunque no están en traje de fiesta precisamente. Se ha querido mostrar la envergadura de una empresa que se dedica a algo más que meras reparaciones. Son demasiada gente para un taller normal. Posiblemente trabajen en carrocerías además de en cuestiones de motor. Es decir, estamos ante una verdadera empresa.

No sabemos qué senda industrial llevó esta empresa. Pero muchas de la época tenían menos empaque que esta. La industria del pueblo ha derivado por derroteros en torno al papel y al cartón, sobre todo. Pero aquí había, ciertamente, un filón empresarial.

15. Incertidumbre

El carrito de los helados es signo de día de fiestas. No hay heladería en el pueblo; eso es para la ciudad. Por ello, cuando asoma el baldaquino del carrito, uno se prepara para lo mejor, si es que la paga alcanza para esa delicia.

Pero Zacarías Ecay nos ha dejado en esta instantánea, tal vez sin pretenderlo, una escena de gran incertidumbre. Por un lado está la señora que mira a la cámara y que esconde su bolso en el lado oculto de la cámara del que solamente asoma su mano. Pero no se ve con actitud decidida de pagar, de no ser que su mano derecha oculte la moneda, cosa que no parece.

Por otra parte está el chico que, aunque mira al heladero, su cuerpo está vuelto a alguien que no está en la escena. ¿El padre? Quizá esté cavilando cómo se accede al rostro del heladero. O sea, quién es el que realmente va a pagar.

Y en tercer lugar está el mismo heladero que mira a la señora como dicen-



do: ¿pero bueno, paga o no paga? Es un rostro cetrino no solamente porque está a la sombra, sino porque parece la cara de un agricultor metido este domingo a heladero. La boina calada es la firma de su condición rural. Su chaquetilla blanca, sin embargo, y su camisa igualmente impoluta hablan de su profesionalidad.

Toda una serie de interrogantes. El carrito parece no tener más que un depósito de helado tapado con la reluciente tapa. Si es así solamente hay helado mantecado, no de chocolate y de limón.

Eso queda para otro día. Pero con el mantecado nos contentamos de pleno.

Es un carrito de tracción humana, como lo demuestra el desgaste de la pintura de las empuñaduras. Eso indica que el heladero recorre a pie las muchas fiestas y días de feria donde hay posibilidad de vender su dulce mercancía. Los niños agradecen no tanto su empeño comercial, sino también la posibilidad de engolosinar el día. Eso sí, hay que salir de la incertidumbre. Y eso se logra sabiendo si hay pagador o no.

16. Del pueblo

No es la primera vez que Zacarías Ecay hace una foto al terminar un Cursillo de Cristiandad. Es cosa remarcable que solamente haya fotos de cursillos de hombres, siendo así que las mujeres también

hacían esa actividad de espiritualidad religiosa. Son fotos encargadas que quedan en el archivo de la organización. No es que el fotógrafo pasara casualmente por allá.



Esta imagen muestra un grupo de hombres del pueblo, de la ciudadanía básica, de los vecinos corrientes. No se observa el elitismo que asoma en otras fotos de esta serie. Se ve ese elemento popular en el atuendo: pocas corbatas, camisas de cuello desabotonado, jerséis de cremallera, alguna gabardina. No hay boinas, si exceptuamos la de uno de los cuatro curas que mira a la cámara, no sabemos por qué, como desafiándola.

Como suele hacer este fotógrafo, sitúa al grupo frente al sol porque eso le hace estar bien iluminado. Pero eso implica que las sonrisas sean escasas. Bastante hay con aguantar a pie firme el resplandor que hace fruncir el entrecejo.

Esta vez el clero está muy bien representado. Son cuatro curas: el de la boina, el director de la escolanía, un tercero que suponemos será el párroco y un cuarto, buen mozo, en la fila trasera. Cuidan a su grey como es debido y se puede pensar que se encuentran bien mezclados con la gente del pueblo.

Los zapatos del grupo están lustrosos, lo que quiere decir que el pavimen-

to de la plaza está seco. La aspereza del suelo es el escenario de la foto. Y el telón de fondo lo componen los edificios que están frente a la parroquia. Sin ser Versalles, su trazado es hermoso. En el muro de uno de ellos luce una imagen del corazón de Jesús. Son tiempos de religiosidad.

Como en toda fotografía, hay cosas que nos descolocan: no solamente que uno de los presentes, a la izquierda, muestre claramente el cigarrillo que se está fumando (posiblemente otros también lo estén haciendo, pero lo esconden). Lo que nos preguntamos es a qué viene el muchacho de la fila de agachados en el extremo derecho que posa con balón de fútbol como si en lugar de ser una foto de Cursillos fuera un partido de la selección. ¿Ha habido partido? ¿Lo va a haber? No lo sabemos, pero el grupo no tiene pinta de terminar su encuentro con un desafío futbolístico.

De cualquier manera, lo básico y fundamental es que el grupo tiene un aire de pertenencia popular que lo honra y lo ennoblece.

17. Poesía muda

El fotógrafo Zacarías Ecay ha hecho con esta foto lo que hacen los niños: cuando ven a un artista pintando la ermita de la Trinidad se colocan detrás de él para valorar el parecido con la realidad. Con ello se calibra la pericia del artista. No se manejan otros parámetros. Por eso los pintores despachan a los críos como si fuera moscas pesadas. Hoy el fotógrafo se ha subido al monte para ponerse detrás del pintor. Creía este que se iba a librar de los mirones, pero no se ha visto libre del fotógrafo. Queremos creer que lo ha retratado con su anuencia y con discreción porque el artista no pierde la compostura.

El pintor, de reconocido prestigio, está pintando, quizá por encargo, el conjunto de ermita, basílica y puente medieval tantas veces fotografiado. En muchas casas de la vecindad y alrededores hay algún cuadro o foto de ese rincón poético. Ciertamente que quien pueda pagarse un óleo de este autor lo tendrá en su casa bien guardado.



Calada su boina de artista en este caso, el pintor se halla concentrado en su lienzo. La foto no le ha sacado de su ensimismamiento. Se ha encaramado a un alto para encuadrar mejor el paisaje, metidos los pantalones en los calcetines de lana, ha desplegado su silleta, ha montado su caballete y tiene ante sus ojos la belleza del lugar. No le distorsiona el poste de la luz que, aunque parezca cercano, de hecho, se halla a unos cuantos metros a la derecha. La foto sería perfecta sin él.

Con seguridad es un profesional. Solo le falta una pipa en los labios para parecerse a los pintores típicos. El haberse apartado del camino y estar casi escondido tras los matorrales habla del silencio que necesita el artista para su concentración. No pinta para que lo vean, sino para expresar la emoción que lleva dentro.

Ya dijo el gran Leonardo da Vinci que la pintura era poesía muda. Así es en este caso, el silencio y la calma son el envoltorio del paisaje poético que recoge el lienzo. Poesía muda para gozo de los sentidos.

18. Pan amable

Esta simpática escena ha sido tomada de manera improvisada. Zacarías Ecay ha visto que llegaba el panadero a la colonia y le ha invitado, junto con los niños que estaban en la calle, a posar para

una foto. Por cierto, ha salido estupenda. Aún hubiera quedado mejor si a la niña de la derecha no le hubiera cortado las puntas de los pies. Pero ya se sabe, no hay obra de arte perfecta.



Debe ser un día de fiesta de primavera o verano. Lo primero porque la ropa de los niños y su calzado es festivo. Y lo segundo porque no llevan ninguna clase de abrigo, sino vestidos veraniegos.

Lo cierto es que ha llegado el panadero con su vespacarro y han salido a comprar el pan. La niña mayor tiene en sus manos dos barras enteras. El motocarro luce su rótulo de “panadería” del que se adivinan las últimas letras y la cesta de los panes asoma en la cama del vehículo. Todo ello es más que suficiente para atestiguar que estamos hablando del panadero.

Este es un joven amable, con pinta de intelectual, que parece entenderse bien

con los niños pues todo el grupo esboza ante la cámara una sonrisa más o menos explícita. Los pequeños más cohibidos, los mayores más confiados.

El lenguaje de las manos es el del corazón. El panadero coloca delicadamente las manos sobre los hombros de los dos niños y estos, los de la parte derecha, entrelazan también las suyas en un gesto de indudable cariño. Solo la niña de la izquierda queda como pájaro suelto, pero está bien unida al grupo.

Un pan repartido con amabilidad es doblemente rico porque cuando se come el pan amable también se mete dentro la bondad con que se ha vendido. No son exageraciones poéticas. Es la vida misma.

19. Blanco y azul

No hace falta adivinar el sentido de esta foto: han llamado a Zacarías Ecay para que deje constancia de este día hermoso de primera comunión. La fotografía es perfecta, luminosa, bien encuadrada, propor-

cionada. Es muy probable que todavía la conserven los aquí retratados en el álbum familiar que se guarda con cariño (está lejos todavía la era digital en que las fotos duermen en el limbo del ordenador).



Es una combinación perfecta la que resulta de los cinco niños comulgantes y los tres pequeños que se sientan a sus pies. Es un día de blanco y azul, de inocencia y de cielo luminoso. Predomina el blanco, acentuado por la luz de una mañana espléndida de sol. Pero también el azul entra en el juego como reflejo del día despejado del que se goza en esta jornada.

Siendo un pueblo grande, es de suponer que se celebran más comuniones que las que recoge la foto. Tal vez los de este grupito sean parientes o vecinos y sus padres han querido hacer una foto para el recuerdo. Los niños pequeños puede que sean hermanitos o primos que acuden al festejo.

A los niños comulgantes se les ve contentos. Sonríen a pesar de que el sol hiere sus ojos. Una niña parece más seria. Lucen ellas sus vestidos blancos de fiesta total. Sus peinados infantiles se enredan

con los rizos de quienes les han peinado con mimo. Los dos niños posan vestidos de almirante o similar, uno en traje azul y otro blanco. El de azul con su cordón dorado o forrajera, propio de los oficiales. El de blanco con, al parecer, un librito de oraciones en una mano y un rosario blanco en la otra. Cosas de la época.

Los niños sentados hacen coro a los mayores. También se les ve contentos, aunque la de la derecha está metida en sus cosas, ajena al asunto. No le habrá sido fácil al fotógrafo lograr que el grupo pose así. Quizá detrás de él esté el pequeño ejército de las madres vigilando, dando órdenes y, en definitiva, haciendo posible el milagro de esta foto.

La foto está enmarcada en la plaza del pueblo. Con la luminosidad de los comulgantes la luz del entorno se hace más vibrante y el azul del cielo más nítido con el azul de sus ojos luminosos. Blanco y azul para un día de alegría.

20. Madonna

Si el rostro de la mujer hubiera tenido un poquito más de luz, Zacarías Ecay habría hecho una obra maestra. Aun así, la foto es hermosa y atractiva por-

que refleja el arrobamiento de los humanos ante la vida, el cuidado de lo frágil y la certeza de la capacidad humana para salir adelante.



Más aún, podría compararse la foto con esos cuadros de las Madonnas del renacimiento italiano que los pintores retrataban en toda la belleza de la mujer que es madre y nutricia de los humanos. Una imagen que por sí sola es un canto a la vida.

Es posible que sea un día de fiesta o, incluso, el día del bautismo de la niña. El faldón, la capellina y los lazos de adorno hablan el lenguaje de la fiesta. La niña tiene pocos días y en su rostro se percibe el rictus de los recién nacidos. Es el gesto de quien, sin saberlo, está luchando por sobrevivir, por implantarse en el mundo, a veces tan hostil. No importa que se diga que todos los niños recién nacidos son feos. A quien la lleva en brazos le parece la niña más hermosa del mundo.

La señora puede ser la madre de la niña, la madrina o una de las invitadas que ha querido cogerla y sentir su peso

leve y cálido en sus brazos. La mira con alegría y amor, cosa que se refleja en su sonrisa arrobada. No piensa en qué será esta niña, sino en qué hermosa es en este mismo instante. El amor transforma la mirada convirtiendo en hermosura lo que ve.

El traje de chaqueta, la blusa floreada, el pendiente coqueto y el peinado cuidado indican que la señora ha querido estar a la altura de las circunstancias y lo ha logrado. De esa manera, la niña y la mujer forman un conjunto armónico que se transforma en un auténtico canto a la vida.

Como un verdadero experto, el fotógrafo ha hecho un difuminado con el fondo de las casas de la calle, lo que da más prestancia a la imagen. Ha querido decirnos que en esa vida minúscula hay tanto o más valor que en todas las casas de un pueblo. Verdad verdadera.

21. Como las olas del mar

La foto es más que la de un simple grupo de amigas. Deliberadamente o no, el fotógrafo Zacarías Ecay ha logrado hacer lo que llamaríamos una foto en movimiento, con ritmo interior, como las olas del mar.

Efectivamente, en el grupo de chicas de la parte de abajo las dos de la izquierda se inclinan hacia el centro y las tres de la derecha lo hacen así mismo en una especie de confluencia deliberada. En el grupo de arriba, ocurre algo parecido:



las tres de la izquierda derivan hacia la derecha y las dos de la derecha hacia la izquierda. Solo la muchacha que está entre ambas filas se mantiene ajena al movimiento creando una cierta asimetría.

¿Ha pretendido el fotógrafo algo de esto? Probablemente no. Pero es que las obras de arte surgen, a veces, por ellas mismas. Y creemos que en este caso ha brotado la metáfora de las olas del mar como lenguaje de la amistad. Esta es, en efecto, un ir y venir, un mezclarse y un separarse, una convulsión y un mar en calma. Todo a la vez. El entrelazamiento de manos y brazos habla en lenguaje de esa amistad.

Debe ser verano a juzgar por los vestidos de manga corta que llevan todas las chicas. Quizá han salido a hacer una merienda al campo y han aprovechado para hacerse la foto. Decimos lo de la

merienda porque ninguna de las chicas lleva el más mínimo bolso. Quizá los han dejado aparte. O tal vez no los necesiten y estén ahí simplemente disfrutando de un paseo.

Nada hemos dicho del marco de la foto. El retratista ha sabido dónde colocar al grupo. El pretil de un puente le sirve para elevar a la mitad del conjunto y así facilitar el que todas se vean bien. Además, el telón de fondo de la choquera pone frescura y verdor que se suman al del grupo juvenil. Si la foto fuera en color se vería esto con mayor evidencia. Pero aun en blanco y negro se puede admirar la pericia del fotógrafo.

La vida se mueve al ritmo de este grupo de muchachas como en las olas del mar. La vida les sonríe y ellas sonríen a la vida. Suerte.

22. Este sol de la infancia

Esta foto está preparada desde su inicio. La señora maestra ha decidido hacer un retrato de la clase y ha subido a la colonia donde vive Zacarías Ecay, el fotógrafo. Y en la pequeña escalinata de su

vivienda es donde se ha organizado el grupo.

Es un día nublado de un invierno ya adelantado. Lo primero lo indica el hecho de que la luz no molesta en los ojos



y nadie frunce el entrecejo. Y lo segundo se deduce al ver que todas las niñas llevan sus abrigos de invierno. Una incluso lleva un gorro de lana blanco que se suma a los anteriores argumentos. En las manos no se ven guantes. Por eso decimos que tal vez el invierno vaya pasando.

Las chicas están contentas, lo dicen sus rostros y sus ojos. Han abandonado el aula y subir a casa del fotógrafo es como un recreo suplementario. Casi todas ellas esbozan una sonrisa. No sabemos si el fotógrafo se lo pide. Algunas se muestran serias. No les sale la sonrisa. Pero no se las ve contrariadas.

Unas cuantas recogen su pelo con una diadema de tela. Así pueden llevarlo más largo sin comérselo. De cualquier manera, las caras quedan despejadas y vivas, sin cansancio. Solamente dos llevan gafas. Se ve que hay buena luz en el

aula y las niñas conservan intacta la visión. Buena cosa.

Hay que fijarse que suele ser normal que, cuando se fotografía una clase, la señora Maestra esté en la foto como parte de la comunidad educativa y vigilando, por si acaso, el desarrollo del asunto. Pero no ha sido en esta foto en donde la maestra no está presente, aunque es muy probable que esté cumpliendo esas funciones detrás del fotógrafo. Pero no se la ve. Tal vez ha querido decir que sus alumnas gozan de una autonomía suficiente como para que se retraten sin ella.

Es posible que las interesadas busquen su presencia en la foto cuando la revele el fotógrafo. Pero la hermosura está en el conjunto, en la fuerza vital que acumulan sus vidas hace pocos años estrenadas. Ya lo dijo Machado en sus versos finales: “Estos días azules y este sol de la infancia”. Un sol que brilla con luz propia.

23. Primavera

Podría tomarse esta foto como una más de final de curso o similar. Sin embargo, en estas fotos que piden a Zacarías Ecay, hay con frecuencia un encanto a descubrir. ¿Cómo se va a ver esta foto sin que-

dar atrapado por la jovialidad de estas chicas?

La foto se ha hecho en la puerta de la vivienda del fotógrafo que dispone de una pequeña escalinata muy útil para



escalonar al grupo. Queremos decir que las chicas y la maestra que las acompaña han tenido que desplazarse hasta la colonia para la foto. Quizá hayan quedado un sábado o un domingo en que no hay clase. De cualquier manera, han ido a gusto porque eso se ve en las caras.

Podemos aventurar que es primavera. Quedan todavía algunos abrigos que hablan del invierno próximo. Pero muchas de las chicas ya lo han dejado en casa y van con una chaquetilla de punto que sugiere un tiempo suave. Eso sí, todas están guapas. Algunas incluso llevan su medallita de oro que tal vez les regaló su madrina el día de su primera comunión. Claro que la hermosura está en ellas mismas, no en el atuendo.

Por eso mismo, dejando correr un poco la vena poética, diremos que ellas son la primavera, no tanto el tiempo del calendario. Sus alegrías, sus sueños, sus fantasías, sus gozos infantiles y el hori-

zonte que tienen ante los ojos son los elementos de su verdadera primavera. Quizá no se dan cuenta de ello. Pero tampoco las flores del camino en primavera se dan cuenta de su belleza.

Todas sonrían claramente. Algunas como la del extremo izquierdo de la segunda fila ríen explícitamente. Son compañeras y se aprecian unas a otras. Se ve en la manera de poner las manos en los hombros de sus compañeras. No quiere decir que no haya peleas algunas veces. Pero hay en la foto un indudable reflejo de amistad.

En la cristalera de la puerta de la vivienda del fotógrafo se refleja el cielo, no sabemos si gris o azul. Sea como sea, el verdadero reflejo de la luz va en la mirada de esas chicas que apuntan a la cámara. Suerte para el fotógrafo y para nosotros por habernos dejado constancia de ella.

24. La ebriedad de la adolescencia

Esta foto encierra muchas incógnitas. Queda claro que este grupo de chicos ha buscado al fotógrafo Zacarías Ecay para que haga el retrato porque el fondo es su casa en la colonia. Los chicos muestran un pequeño trofeo deportivo

al que, según parece, dan mucha importancia. Por eso quieren que la foto lo consigne. Pero resulta que los campos de deporte están lejos de la colonia. O sea, que son ellos quienes han tomado la iniciativa.



No sabemos de qué especialidad deportiva es, si de pelota o de fútbol. En cualquier caso, aunque ellos le otorgan mucho valor, parece un tanto modesto. El niño arrodillado del centro lo muestra con orgullo como diciendo: míralo bien, es nuestro. Si fuese de fútbol se vería algún balón. No es el caso. Así que nos inclinamos por la pelota. Las camisas blancas apoyan esta opinión, pero el número del grupo nos despista. Pocos para ser equipo de fútbol, demasiados para ser pelotaris. Así que con la duda nos quedamos.

Son muchachos que despiertan a la vida. Si valoramos el largo de los pantalones como signo de pertenencia a la edad adulta, cinco de ellos todavía van en pantalón corto, mientras que cuatro lo tienen largo. Estamos en una época

de transición. Los brazos en jarras de los dos de la parte derecha de la fila de pie no indican desafío, sino una madurez que se abre paso.

El mayor del grupo tiene ya el peinado de un hombre. El resto mantiene todavía el flequillo de niño. Es lo que más cuesta cambiar. Pero todo llegará. Ese mismo chico luce un reloj de pulsera. Otro signo de adultez. En los demás aún no se percibe tal herramienta.

Como dijo el poeta, es “la ebriedad de la adolescencia”, ese terreno hermoso pero minado, lleno de luz y de despistes, único y extraño. Cuando vean la foto más tarde, sonreirán. Pero no podrán dejar de recordar el día que mostraron con orgullo su humilde trofeo. Tan importante para ellos.

25. Ciclista

Parece que en esta ocasión es el fotógrafo Zacarías Eca quien ha pedido hacer una foto. Le ha parecido tan simpática la escena en que la hermana monta al niño en su bici que ha querido hacer un retrato. Y le ha salido hermoso. Tenemos esta impresión porque el rostro de la chica expresa una cierta preocupación: ¿como se entere mi padre!

No nos engañemos. No está enseñando al niño a andar en bici, no. La bicicleta es demasiado grande para él. Vemos como sus piernas no alcanzan el pedal. Imposible andar así. Simplemente el niño le ha pedido que lo monte en la bici para ver cómo aparece el mundo desde ahí. Y a él, eso le llena de satisfacción. Basta ver su sonrisa de oreja a oreja.

Debe ser un día de otoño o de invierno a juzgar por el chaquetón de la chica y la cazadora del muchacho. Pero todo tiempo es bueno para experimentar cosas nuevas. De todos modos, el piso de la plazuela de la colonia donde se ha hecho la foto se ve seco.



La chica ha sido generosa al prestar su bici. Porque es una bici de chica, con barra baja, la suya. Está cuidada como lo muestra el brillo metálico de las llantas. Carece de farol, no es cuestión de andar con ella por la noche.

La mano izquierda de la muchacha sostiene con firmeza el manillar y con la mano que no se ve el sillín de la bici. Como si fuera el chico a aprender a montar. Pero ella lo mantiene quieto. Todo lo más, le da un paseíto breve. Por eso ha sido fácil hacer la foto.

No hay mucho tráfico en la plazuela. Un 4L, aparcado de cualquier manera, está vigilando. Pero como la plaza no tiene más carretera que su entrada se puede andar en ella en bici con toda tranquilidad.

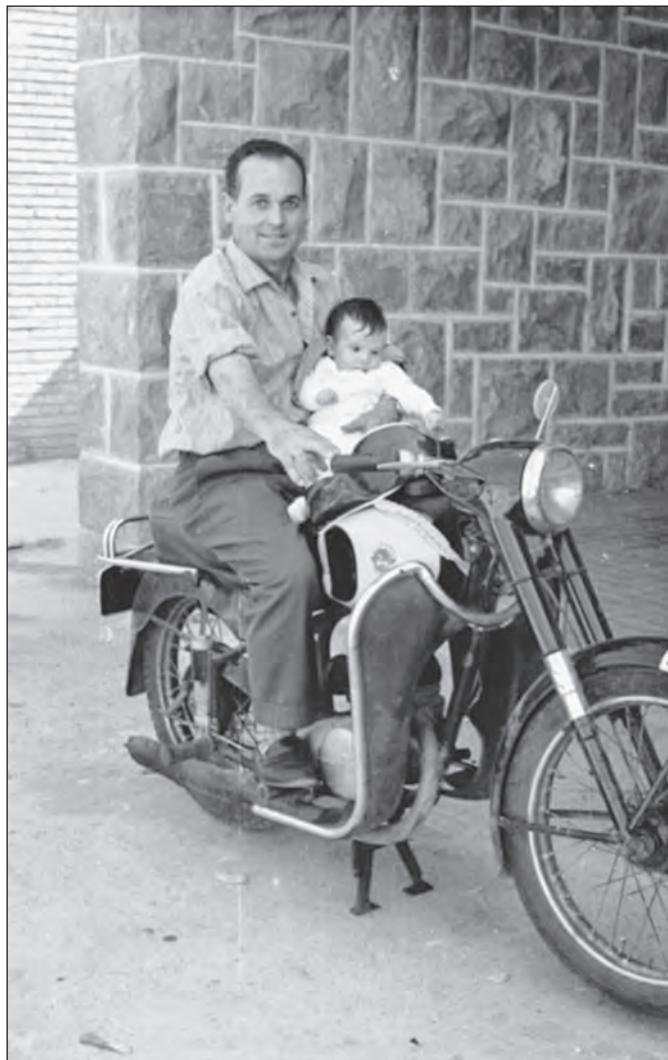
No extrañará esta escena si sabemos que en el pueblo hay mucha afición al ciclismo y que, con el tiempo, saldrán de aquí ciclistas importantes. Quizá algún día el nombre del chiquillo suba al palmarés de los grandes. Por algo se empieza.

26. Iniciación

He aquí la imagen de un hombre feliz. Posiblemente él ha pedido a Zacarías Eca y que le haga una foto con su hija y con su moto. Tener una moto como esta en un tiempo como aquel es un lujo. Nos vamos ya de la Vespa o la Lambretta, que son las motos “utilitarias”, al nivel de las Ossa, las Bultaco, las Montesas, etc. No sabemos adivinar la marca ni el modelo de la presente, pero cualquiera intuye que estamos ante un vehículo al alcance de pocos.

De ahí la satisfacción de su propietario. Quizá ha estado reparándola o poniéndola a punto. Sus brazos remanados hablan de esa clase de labores. La moto refulge. Está como recién salida de la fábrica. O así se lo parece a su propietario.

Pero lo más llamativo es que el muchacho ha querido fotografiarse con su hija pequeñita montada con él, porque nos parece que es niña aunque no estamos seguros; también podría ser niño. La niña tiene pocos meses y, lógicamen-



te, no sabe dónde está. Su mirada se desvía hacia algo brillante que le llama la atención. Pero el padre quiere que el orgullo por su moto lo conozca la pequeña desde los inicios. Por eso el subirla a la grupa, aunque ella ni se percate del asunto.

La mirada del padre, directa a la cámara, viene a decir: ¿qué os parece? ¿Habéis visto una moto mejor en todo pueblo y una niña más guapa? Son satisfacciones de padre, totalmente legítimas.

Tal vez se ha hecho esta foto sin que su mujer lo sepa porque nos tememos que ella no sería muy partidaria de esta iniciación al motorismo. Las madres vigilan a sus hijos y los quieren apartar de los peligros. Sería raro que aplaudiera esta escena.

No sabemos qué derroteros tomará la niña. Quizá le salga motera. O, más probablemente, cuando tenga un trabajo se comprará un coche que es menos peligroso que una moto y, además, si llueve, uno no se moja. ¿O no?

27. Tres gracias

Perdónese el título porque a muchos les habrán venido a las mientes el cuadro de Rubens. Nada que ver con estas muchachas. Han pedido a Zacarías Ecay que les haga un retrato sentadas en la hierba de la plazuela. Es verano y no disgusta tener que sentarse en el césped.

No se puede negar que lo más atractivo de esta foto es la mirada de las chicas. Tiene mucha luz, alegría e, incluso, una cierta seducción. Es la belleza de la juventud que seduce con mirarte. Lo hacen directamente a la cámara, sabedoras de su fuerza vital.

Parece que las dos de adelante son quienes han tomado la iniciativa. La que está detrás, como asomándose a una ventanita, ha llegado justo en el momento de hacer la foto. Pero de esa manera han sido tres, completando el número de las tres gracias.

Adornan su belleza con unos juveniles peinados que prestan brillo a sus rostros. Una de ellas se ha puesto su co-



llar de perlas, quizá en préstamo de alguna hermana mayor. Otra luce una pulserita en su mano derecha. Se adivinan discretos pendientes en las orejas de las dos primeras porque a la de atrás no se le ven las orejas. Tampoco sabemos si también lleva un collarcito o es, sin más, el cuello del vestido. De cualquier mane-

ra, estos adornos contribuyen a resaltar sus gracias.

Sí, nada que ver la hermosura de estas muchachas con el desborde de las gracias de Rubens. Simplemente ha sido una conexión por el número tres y por la palabra gracia. Estas sobrepasan a aquellas.

28. Llegó el pop

Tiene que ser una foto de algún día festivo. Y quizá suene como trasfondo un cassette, aunque el “duío dinámico” de las guitarras podría ser muy bien el acompañamiento musical de la instantánea. El caso es que Zacarías Ecay ha foto-

grafiado la modernidad, dicho de modo un tanto rotundo.

Es la época que se importan músicas de otras latitudes pero que tendrán mucho arraigo en la juventud de aquí: el rock, el twist, la yenka, etc. Pero el con-



cepto que engloba todo es ser ye-yé. Eso es lo que parece reflejar la foto: unas chicas ye-yé acompañadas por dos guitarras. Es la moda que llega avasalladora.

Los dos guitarristas, con su juvenil y pícara mirada, son los acólitos de las tres chicas que constituyen el centro de la foto. Tener una guitarra ya es un nivel, tocarla es llave que abre muchas puertas. De modo que los muchachos tienen el éxito asegurado.

Uno de los chicos, el de la derecha, aun con su pantalón ajustado, conserva el aire tradicional. Pero el de la izquierda va más moderno: camiseta negra, pantalón ajustado y zapatos que popularmente se denominan “chúpame la punta”. Se va dejando atrás toda una época.

Pero, como decimos, el fondo del asunto se juega en las chicas: ellas repre-

sentan la figura del ye-yeísmo: pantalón de pitillo y pose de baile de twist, manos adelante chasqueando los dedos, zapatos de cuña. El peinado, aún controlado, evoluciona hacia un cierto descontrol. El sombrero de una de ellas añade un toque exótico y popular. No sabemos si disfrutaban del baile o la pose es solo para la foto. Pero lo cierto es que han querido retratarse en plan pop.

Como muchas de las fotos de esta colección el escenario ha sido la colonia. Quizá han tenido alguna fiesta en la misma plazuela y en la alegría del encuentro ha querido hacerse esta simpática foto. Pero, tal vez sin saberlo, quedaba plasmado el deseo de abrir otra época en la historia de entonces. El pop no es solamente una música, es una cultura. Y ya ha llegado.

29. Diversidad

Otra foto muy lograda de Zacarías Ecay. Es un canto a la diversidad como se concluye de su lectura. Es un retrato de primavera porque en el huerto donde ha sido realizado florecen los frutales. El de la derecha debe de ser un manzano, por-

que los cerezos no se dan bien por aquí. Sus flores blancas reflejan lo mejor del corazón de estos chicos.

Sobra decir que es una reunión de scouts. Sus trajes lo desvelan. Pero más allá de la aparente uniformidad del gru-



po, la diversidad, la asimetría y el despareje son su sello. El tercero y cuarto por la izquierda de los que están de pie llevan el uniforme completo: pantalón, camisa, pañuelo y boina. Otros siete van con pantalón y camisa pero sin pañuelo y, por supuesto, sin boina. Un par de ellos, acucillados, van con corbata sobre la camisa scout. Y cuatro de ellos van sin uniforme, con jersey, corbata y sin signos de scouts. Quizá estaban allí y los han incorporado a la foto. ¿Hay quien dé más?

Las posiciones de la fila de atrás pueden pasar. Las de la fila de adelante son más anárquicas incluyendo la rodilla en tierra estilo futbolístico o también con

apostura casi militar. Casi todos miran a la cámara menos algún pensativo o alguien que se entretiene con algo ajeno a la foto, como el divertido chico del extremo izquierdo de los acucillados.

Es decir, tenemos aquí un canto a la diversidad. Cuando ha habido quienes han acusado al movimiento scout de militarismo uniforme tienen aquí una respuesta que puede relativizar esa aseveración. Esto más que un ejército es un grupo de pájaros volanderos donde cada uno vuela por donde le parece. Eso no impide que estén todos bajo el paraguas del “Siempre listo” porque es muy posible que la diversidad sea mejor camino para ello que la uniformidad.

30. Qué maravilla

El retrato es magnífico. Zacarías Ecay es un especialista como lo ha demostrado en muchas de sus instantáneas. Esta es una de ellas: el encuadre es perfecto, el difuminado de atrás pone de relieve las figuras, la cercanía de la imagen cautivadora para el “lector” de la foto. Quien dice que una imagen vale más que mil palabras tendría en esta una confirmación rotunda.

Llama la atención la serena felicidad de la señora, probablemente la mamá de la niña, que muestra a su chiquilla. Con su vestido de puntitos blancos, su meleña abundante, sus discretos pendientes y, sobre todo, con su sonrisa hermosa es el vivo reflejo de la felicidad.

Pero lo más cautivador es esa pequeña inclinación del cuerpo hacia la izquierda que viene a decir al espectador: mirad qué maravilla os enseño, mirad qué hermosura. El brazo derecho hace de delicada peana para los pies de la niña. No hay mayor orgullo que el de esta mujer que muestra su niña no solo



al fotógrafo, sino a todo el pueblo. ¿Es o no es una maravilla?

La chiquilla no parece estar totalmente de acuerdo porque no hay sonrisa en su carita sino, más bien, un gesto de cierta contrariedad. Las lágrimas no están lejos. Pero eso no importa porque la madre sabe que un niño es como un pájaro que vuela a cualquier viento.

El vestido de la niña es de día de fiesta, no cabe duda. Lo mismo que sus za-

patos y hasta el simpático quiqui que le han puesto en sus rizos. Tiene algo en la mano izquierda, quizá alguna flor que le han dado para entretenerla porque hay un rosal detrás de ella. Aunque las rosas tienen espinas y eso no casa con los dedos de una pequeña.

Los mofletes de la niña están pidiendo a gritos un beso. Eso es lo que, con toda seguridad, ha hecho la madre al acabar el posado de la foto para celebrar, una vez más, esta maravilla.

31. Incógnitas

Hay fotos que, como la vida misma, son una incógnita. En ese capítulo se podría colocar esta foto de Zacarías Eca. Comencemos diciendo que en el pueblo no hay estación de ferrocarril. Está a más de cuatro kilómetros. ¿Qué hace el fotógrafo en semejante lugar? ¿Le han llamado? ¿Con qué intención? Además, el tren que hace de telón de fondo es un tren de mercancías, no de viajeros. ¿Qué sentido tiene retratarse ante un tren así? ¿No había otro en el andén de pasajeros?

Estamos en otoño o primavera por el atuendo que llevan. El niño pequeño que va en brazos luce aún un abrigo de invierno. Amenaza lluvia, porque el caballero lleva la trinchera en el brazo. Quizá se la ha quitado para la foto. Es obvio que van bien trajeados para la ocasión.

Pero sigamos con las incógnitas. La principal es que no sabemos si es una despedida o una bienvenida. Por la alegría de los rostros podríamos concluir lo primero: la mujer ha salido con sus hijos



a recibir al marido que venía de viaje. Lo contrario se nos antoja más difícil. Pero en ese caso, ¿le ha estado esperando con un fotógrafo como a un artista del celuloide? Poco probable.

Podría ser una despedida y han querido dejar constancia de su cariño al padre saliendo a despedirle con toda la familia. Eso tampoco elimina la pregunta sobre la presencia del fotógrafo que en cualquier caso resulta rara. La niña que mira detrás del grupo parece querer ver quien hace la fotografía. Lo más probable es que ella también quiera salir en la

foto o hay algo extraño que le llama la atención.

Y aún nos entran más dudas cuando vemos que la foto no lleva la firma del fotógrafo como suele ser habitual en esta clase de retratos. ¿Es una intrusa que se ha colado en el archivo del fotógrafo?

De cualquier manera, más allá de todos estos interrogantes, la foto es hermosa. Sea bienvenida o despedida, lo importante es el cariño que trasluce. La sonrisa franca de la madre y la también esbozada del padre lo atestiguan. Venga o se vaya, se lleva el corazón y se queda en el corazón. Eso es lo que importa.

32. Al vuelo

Son fiestas y anda Zacarías Ecay con su máquina de fotos al cuello atrapando imágenes al vuelo. De todas ellas sacará alguna buena. Y en el alborozo de la juerga una peña de gente joven le pide una foto. Ha costado organizar el grupo.

Pero, al final, la foto se ha encuadrado estupendamente y el resultado es, sin duda, muy satisfactorio.

Han posado como a tres niveles. En primer plano se ve la amistad manifiesta: los brazos y la cercanía física indican



altos grados de amistad y más incluso. No le importa a la mocina despatarrarse en el suelo con tal de estar cerca. Unos miran a la cámara y otros a Dios sabe dónde.

Quienes permanecen de pie sí que están a lo que se está, excepto el muchacho de la derecha que se preocupa sobre todo de la niña. El retablo de muchachas es magnífico, todas arregladas y peinadas para la ocasión. Alguna, como la chica de la izquierda, muestra su poderío con sus brazos en jarras contrastando con las coletas infantiles con que se ha peinado. Un muchacho se suma al plano y, aprovechando la ocasión, cuela su cabeza entre las de las muchachas.

Y atrás del todo dos muchachos están a su bola o a otra bola que la fotografía

no muestra. Pretender que todo el mundo mire al fotógrafo es complicado y más una tarde de fiestas cuando ha mediado una buena comida y su correspondiente bebida.

Las niñas de la derecha están más o menos integradas en el grupo. Pero queda claro que estamos hablando de una peña de mujeres a la que se han sumado unos cuantos hombres, con permiso de aquellas.

Sí, es una foto captada al vuelo. Quizá han terminado invitando al fotógrafo a un trago y se han olvidado para siempre de la foto. Pero el reportero la ha conservado en su archivo porque nunca andamos sobrados de alegría y en esta instantánea la alegría asoma su rostro agradable.

33. Más que dos

Esta pareja, suponemos que matrimonio, ha pedido a Zacarías Ecay que le haga una foto en la ermita de la Trinidad que queda reflejada como telón de fondo. Puede que celebren algún acontecimiento familiar o que, simplemente,

al ser vecinos de la ermita, han querido fotografiarse en ese bello rincón.

No descartamos que sea con ocasión de la fiesta de la Trinidad pues el río, a la derecha, va cargado y los chopos del fondo verdean. Todo ello es signo de la



primavera, el tiempo en que se celebra la Trinidad.

La foto de la pareja se nos antoja seria. Ya hemos dicho muchas veces que el fotógrafo sitúa a las personas con el sol de frente porque eso ilumina la foto. Pero, por el contrario, hace arrugar el ceño de los fotografiados acentuando sus rasgos duros. De ahí que no se entienda la pose como si estuvieran distanciados. Tampoco son tiempos en los que manifestar el cariño esté muy bien visto.

Queremos pensar que, si son matrimonio, tal vez celebren sus bodas de plata. Mantienen la buena apariencia. Pero él ya tiene sus entradas en la frente y ella, aunque es una mujer guapa, también se le van acumulando años. Claro

que no hay maquillaje de por medio. Se estila poco.

Sobra decir que, como la ocasión o la foto lo merecen, van bien trajeados. Él encorbatado y ella con un collarcito de perlas. El porte de ambos es elegante y de una cierta juventud. Quien tuvo retuvo, como reza el dicho popular.

La ermita, seria, hace de testigo de la foto y de la vida que refleja. ¡Qué no habrán visto estas paredes en tantos siglos! De ahí que su presencia es también garantía de acompañamiento.

Decía el poeta Benedetti que cuando una pareja está codo a codo son mucho más que dos. Los de esta foto están codo a codo y lo más cierto es que sean mucho más que dos. Amparo en el camino.

34. De paseo

Esta es otra de las magníficas fotos de Zacarías Ecay. Si la chica hubiera tenido un poquito más de luz en el rostro, habría sido perfecta. Pero aun así, la instantánea es feliz, tanto como la felicidad que muestran los paseantes.

Quizá sean novios. Vamos a suponerlo. Han salido a dar un paseo en bici hasta el pueblo cercano y ahora vuelven sin prisas a casa. Es mediodía porque la sombra cae a plomo como se ve en la carretera. La alameda marca la



dirección y crea un fresco decorado a los ciclistas.

Debe ser verano o primavera adelante porque ella va de manga corta y él con chaleco y las mangas arremangadas. Ambos son guapos y forman una hermosa pareja. Ella con su abundante y negra melena; él, se nos antoja un tanto rubio. La sonrisa que ilumina sus rostros es signo de una época feliz.

El fotógrafo los ha cogido al vuelo poniéndose seguramente acucillado en mitad de la carreta. Tal vez sonríen por eso. Pero como decían los antiguos, a los audaces les ayuda la fortuna. Y así es: la foto ha salido estupenda.

Como el tráfico es escaso, la carretera se convierte en un paseo para caminantes. A la izquierda de la foto, un señor mira también al fotógrafo con cara no muy amistosa. Boina ladeada y chaqueta al hombro, chaleco y camisa blanca:

un lugareño vestido de fiesta. Quizá se ha llegado a la taberna vecina para echar un trago en esta mañana calurosa. Él no se fija en la pareja. El tiempo de rondar hace mucho que pasó para él. Otros paseantes caminan pacíficos a la sombra de los árboles. Lo dicho: es domingo y no hay prisa.

La torre de la iglesia del pueblo de al lado, robusta y chata, asoma en lontananza. Desde el montículo en que está construida vigila la aldea y echa la mirada a los campos que la rodean. Desde ahí se puede tocar a rebato caso de que algún incendio o tormenta de pedrisco amenace al pueblo.

Mientras tanto, ellos vuelven contentos de su paseo y más contentos de estar juntos. Son los años de la luz. Que se prolonguen a ser posible para siempre, aunque, con la edad, subirse a una bici sea cada vez más difícil.

35. Caballitos

El fotógrafo Zacarías Ecay ha logrado con ésta una foto de exposición. Todo contribuye a ello: el encuadre, la luz, la disposición escalonada de las figuras, el contraste entre luces y sombras. Todo un acierto.

Sobra decir que es una foto de fiestas. Lo dice el pañuelo rojo que llevan tanto la niña como el niño que va detrás. Este incluso lleva alpargatas blancas de fiestas; la niña sus sandalias de domingos de verano. Lo indica, sobre todo, el hecho mismo de que haya caballitos en la plaza. Es solo en fiestas cuando los feriantes montan su atracción, algo que se espera durante todo el año.

La carita de la pequeña lo dice todo: la emoción, el temor, el sobresalto, la alegría. Montarse en los caballitos es el sueño del año. Y ya está aquí. Ha querido hacer parte de esa emoción a su muñeca que ha montado con ella en el ti vivo y que sujeta con su mano derecha. Le basta la izquierda para sujetarse. Pero



no permitirá que su muñeca se pierda el viaje.

Un chico un poco mayor está detrás. Quizá sea un hermano al que su madre ha encargado el cuidado de la chica. Mira con una cierta desconfianza. Quizá es el momento en el que va a empezar el viaje. Y eso impresiona. Unas cadenas sujetan tanto a la niña como al muchacho. Es el sistema de seguridad. No fallará.

¿Qué tienen los caballitos para ejercer tal atracción en los niños? Los padres y

madres tienen que lidiar con el deseo de los pequeños: si por ellos fuere, estarían montados todo el día. Quizá les atraiga por el movimiento, por la fantasía, por el dar vueltas sin fin. O tal vez tiene que ver algo con las excitaciones mecánicas de las que habló Freud. Eso hay que contrastarlo con algo más prosaico: hay que pagar y es preciso dosificar la economía. Hay que mirar todo. De modo que al terminar, se vuelve a tierra, a la cruda realidad.

36. Tertulia

Deambula Zacarías Ecay con su máquina en la mañana del domingo y cree ver en esa pequeña tertulia de los dos amigos una foto costumbrista. Las tabernas siempre han sido atractivas para los artistas. Que se lo digan a Picasso que

pintó varios cuadros con el tema, él que era un enófilo confeso. Posiblemente el fotógrafo se ha plantado delante sin más y ellos han permitido el retrato.

Están los dos amigos sentados en un sencillo velador a la puerta de la ta-



Z. Ecay

berna. Es domingo, lo dicen sus trajes y corbatas. Hay tiempo para el vino y para la charla. Deben llevar un buen rato allá porque tanto la botella como los vasos están vacíos. Ni rastro de una banderilla o unas solitarias aceitunas. Vino a palo seco. Un muchacho mira desde la puerta sonriente. Quizá ayuda al camarero o simplemente ha visto al fotógrafo. Lleva un brazalete de luto.

Han debido tratar temas importantes de actualidad a juzgar por el rostro pensativo del contertulio de la derecha. No nos despiste su boina calada pensando que es un hombre iletrado. Percíbese que tiene en las rodillas un periódico. Y ya se sabe, no son muchos en el pueblo los que leen la prensa. Nótese que el señor tiene un cigarrillo en su mano. Con tabaco la tertulia es más placentera. No extrañe que no haya cenicero en la mesita. Se tira la colilla al suelo y en paz. Qui-

zá haya quien la recoja luego. Son tiempos de carestía.

Su contertulio que frunce el entrecejo por el sol cuando mira al fotógrafo también tiene una publicación en la mano. Tal vez han repasado las noticias en algún diario local. Sería pedir demasiado que tuvieran entre manos las noticias internacionales.

Tiene la escena un aire de tranquilidad y sosiego. Posiblemente no hay vehículos que circulen por la calle en cuestión y se puede hablar sin ruidos y sin humos. Cuando terminen, se pliegan las silletas, se mete el velador en la taberna y la acera queda despejada.

Quizá va siendo hora de volver a casa. Aguarda la comida dominical y es preciso, por la que pueda caer, estar en condiciones dignas de participación. De lo contrario, puede haber tormenta.

37. Hermandad

Estos tres hermanos han querido hacerse una foto sentados en la hierba de la plazuela de la colonia. Eso contribuye a dar a la foto de Zacarías Ecay un encanto particular. Que son hermanos nadie lo duda; basta mirarles a la cara. Están en

la edad de echarse a volar cada uno por su cuenta y han querido dejar constancia de su hermandad.

Los dos jóvenes flanquean a su hermana. Es la mayor y merece este obsequio. Además, no se puede negar que la



muchacha es muy guapa, con lo que la fotografía adquiere una prestancia superior. Su mirada tiene, sin duda, el poder de cautivar y atraer. Y su rostro afilado tiene toda la frescura de la juventud.

Debe ser verano por el vestido sin mangas y por la camisa blanca del chico mayor. El pequeño, más precavido, no ha abandonado todavía el jerseyillo primaveral. El estar sentados en la hierba indica que hace tiempo que se fue la humedad de la primavera.

El hermano mayor es el que más parece estar por la labor. De ahí su sonrisa franca. Es un adolescente, pero todavía no ha abandonado el pantalón corto. Pronto lo hará. Ni con lupa se capta si asoma el bigotillo debajo de la nariz. Pero es fácil imaginarlo. Son brazos re-

mangados son los brazos de un hombre. Está contento de ser fotografiado con sus hermanos. Por eso inclina su cuerpo hacia la chica.

El pequeño, sin embargo, parece estar un poco ausente. La hierbecilla que restriega en sus manos, la mirada algo displicente, su cuerpo derecho está indicando como una cierta lejanía. Quizá sean las maneras de la adolescencia y en el fondo también está contento de hacerse esta foto. Pero no es cuestión de decirlo.

Es el momento de dejar constancia de la hermandad vivida en los años infantiles. Luego habrá otras maneras ser hermanos, con sus más y sus menos. Pero, por ahora, queda un recuerdo hermoso. Y la foto lo deja ver.

38. Escalera de vida

Quizá haya costado un poco ordenar a estos niños por su altura, en una bonita escalera. En esta época los chicos son más obedientes y han aceptado las indicaciones de Zacarías Ecay o de su madre que tal vez estaba sentada en la silla de la derecha, ahora vacía.

Lo cierto es que han construido una hermosa metáfora: la escalera de la vida. Desde la más pequeña hasta el más grande, la vida va creciendo y abriéndose paso. Tiempo vendrá en que se decrezca. Pero no es ahora cuestión de eso.



La foto ha quedado un tanto desencuadrada porque el fotógrafo ha querido sentar a los cuatro en el mismo banco, a la misma altura, para que se vea la progresión. Pero como el banco está amarrado al suelo ha tenido que mover los niños allá.

La más graciosa es la niña pequeña, formal con sus manitas en las piernas, mirando a la cámara directamente y con una sonrisa discreta. Es el primer peldaño de la escalera, los pasos iniciales. Si están envueltos en alegría habrá futuro.

El chico del segundo peldaño es el más despistado. No sabemos si está a lo que hay que estar. Mira de reojo a algo que le llama la atención ajeno a la foto. Refleja los despistes de los que abunda el camino humano. Hay que contar también con ellos en la escalera de la vida.

La niña mayor en el tercer peldaño es la más atenta a la foto. Ya es mayor y

sabe estar. Sus manos en el regazo indican sosiego y armonía. Es fácil que luego salte y brinque como una gacela, pero le han dicho que ahora esté formal y ella lo hace sin problemas.

El más empoderado en su papel es el chico del último peldaño de la escalera. Mira con franqueza a la cámara y sonríe. Se adivina una cierta tensión en su cuerpo como quien se crece a la hora del momento importante. Su atuendo indica que estamos en un domingo por la mañana. Ha salido impecable de casa probablemente bajo la supervisión de su madre.

Piensa el fotógrafo que retratar la vida es no solo dar futuro a la foto, sino darlo a las personas. Si estos niños miran con los años esta foto esbozarán una sonrisa benigna porque quizá la apuesta de vida que hizo el retratista cuando los puso en el banco se ha verificado en vida. Promesa cumplida.





III Familias

1. Valentía

A lo largo de su vida, el fotógrafo Zacarías Eca ha tenido que hacer muchas fotos de familias numerosas para la obtención del título de Beneficiario de Familia Numerosa y sus consiguientes,

aunque siempre parcos, beneficios. Esta es una de tantas.

Es una foto de invierno no solamente por la ropa de abrigo que llevan todos, sino también por la desnudez de los ár-



boles y por la desolación de la calle, aunque un ciclista, a lo lejos, rompe el hielo de la soledad.

El padre es un hombre fuerte. Se necesita valentía y fortaleza para pilotar la nave de esta familia de tan amplia tripulación. Su rostro muestra el orgullo por su familia y sus manos grandes amparan a las dos pequeñas. Sus pies, firmemente asentados, pueden indicar la decisión por sacar adelante a estos hijos.

La madre, en el papel que le otorga la ideología de la época, cuida a los hijos, sobre todo a los más pequeños. Por eso es a ella a quien le compete tener en el regazo al pequeño del grupo, bien envuelto en su abrigo blanco. El chiquillo mira no se sabe dónde, quizá cansado de tanto posar.

A los chicos de la derecha se les ve sonrientes. A pesar del frío que hace frotarse las manos, como lo muestra el chaval, han sonreído con facilidad cuando, probablemente, se lo ha pedido el fotógrafo. Aunque sea para un documento oficial, nunca está de más una sonrisa.

Los mayores, los tres de atrás, son el futuro inmediato. El mayor de ellos, todo un hombre que mira como tal al fotógrafo, está flanqueado por sus dos hermanos adolescentes, casi tan altos como él, bien repeinados para la ocasión.

Toda la escena refleja la decisión valiente del sacar adelante este grupo, el firme deseo de afrontar las dificultades para lograr un futuro mejor para todos. Seguro que lo consiguen.

2. Lo más valioso

Es fácil que esta sea otra foto para el documento de Familia Numerosa de los muchos que, como decimos, ha hecho Zacarías Ecay. Cada grupo tiene su peculiaridad o así nos lo parece. En esta ocasión queremos pensar que tanto el padre

como la madre no solamente se fotografían con sus hijos, sino que los muestran como lo más valioso de su vida.

Así es. Padre y madre ocupan el sitio habitual en estas fotos: dos sillas, en la de la izquierda, la madre; en la de la



derecha, el padre. Tal vez el mismo fotógrafo se lo ha indicado así. Los hijos los rodean.

Pero se percibe la satisfacción del padre y de la madre que tienen delante a sus niñas pequeñas que parecen ser gemelas por su enorme parecido. Las muestran como quien dice que no solamente son sus hijas, sino que para ellos no hay tesoro en el mundo que lo iguale. Las niñas tampoco tienen capacidad para formularlo de esta manera tan rotunda, pero fijémonos en la ligera inclinación de ambas: tienden hacia sus progenitores porque saben que en ellos hay amparo y amor. De modo que, si razonaran, ellas también dirían que sus padres son para ellas lo más valioso. Misterios del cariño que se entrelaza sin darse cuenta de ello.

Los hermanos de atrás guardan las espaldas de sus padres. Comienzan su andadura propia pero no olvidarán el amor derrochado en ellos. Ojalá sea así. La niña, aun con el ceño fruncido, pone su mano sobre el hombro de su madre en actitud de cercanía. El chico mayor, elegante, lleva una insignia en la solapa del abrigo. Quizá sea la de su equipo favorito. Empieza a tener criterio. El pequeño también crece; de hecho, las mangas del abrigo le van un tanto cortas. Comienza la andadura.

El conjunto desvela no solamente la evidencia de una familia numerosa, sino la realidad más sutil de un amor entretejido. Les desearíamos que siempre pudieran hacerse esta foto, aunque los años corran y las apariencias cambien. Pero será una suerte si persiste el cariño.

3. Difícil gobierno

Delante de imágenes como esta, se intenta leer los valores de fondo de la relación familiar desde lados positivos. Raramente se las lee desde las inherentes dificultades que conllevan. Esa va a ser nuestra perspectiva de lectura de esta

foto de familia que ha hecho Zacarías Ecay.

La foto responde al esquema clásico: dos sillas solamente, la de la izquierda para la señora, la de la derecha para el marido. Los hijos se sitúan en torno: los



pequeños adelante, para que se les vea bien y para controlarlos mejor; los mayores detrás.

El marido es un hombre fuerte. Su rostro cetrino curtido por mil soles. Tal vez sea obrero al aire libre, en la construcción o similar. Sus manos que lucen la alianza no dejan ver si son callosas o más suaves. En cualquier caso sostienen al hijo pequeño con delicadeza.

El rostro algo adusto puede que esté diciendo lo que intuimos: no sabéis lo complicado que es gobernar a una familia tan grande. La diferencia de edades dificulta la relación y es difícil hacer confluir los caminos diversos.

En el rostro de la madre se puede leer algo de eso también. Es ella la que debe lidiar día a día la batalla de la difícil convivencia. Es ella quien gestiona disgustos y rebeldías. Es ella quien acude a los pequeños tropiezos y llantos de la jornada. Sostiene a la más pequeñita como la que, hoy por hoy, necesita más cuidados.

El grupo de hijos se divide en tres secciones: los pequeños que son los tres de adelante. Ya están cansados de este largo posado. Los cuatro medianos, tres a un lado y uno al otro; son pillos, no hay más que verles el rostro espabilado y el gesto de pillería del primero de la derecha es elocuente. Dan mucha guerra pero mantienen la nobleza. Y luego están las tres mayores, adolescentes que emprenden un vuelo cada vez más en solitario, todavía no son dueñas de sus vidas, pero sí de sus sentimientos. La del centro muestra su relojito de pulsera, signo de adultez en la época.

No es fácil saber llevar bien una nave de tan complicada tripulación. El documento de Familia Numerosa, para el que está hecha la foto, no contempla estos detalles. A él le basta con el número. Pero eso es lo menos importante. Lo que de verdad cuenta son las aguas subterráneas, las lides de cada día. Eso es lo difícil.

4. Futuro

Cuando el fotógrafo Zacarías Ecay ha hecho esta foto en la colonia deber ser otoño bien adelantado. Lo indica la ropa y la cenefa de hojas secas sobre la hierba a los pies del grupo. Se mantiene el esquema clásico que, sin duda, sugiere

el mismo fotógrafo: los padres sentados, los hijos pequeños adelante y los mayores atrás. Observamos una variante que solamente aparece en algunas fotos: el marido va a la izquierda y la señora a la derecha. Siempre es al revés. Pero, como



se suele decir, las estadísticas están para romperlas.

El marido tiene una mirada decidida, un puntito retadora. Es, quizá, el sentimiento de que el futuro es un reto para este colectivo. Todo está por decidir. Es preciso encarar, día a día, las situaciones. La señora, sin embargo, tiene la mirada en otra parte, en otras preocupaciones. Como es preceptivo en las reglas de estas fotos, sostiene al más pequeño en el regazo que mira también en otra dirección.

Los tres hijos pequeños ocupan el primer plano: uno, a la izquierda, en actitud de a ver qué pasa aquí; otro, en el centro, resignado a esta pequeña tortura del posado; y el tercero, a la derecha,

pícaro y cariñoso a la vez cogiendo la manita del pequeñín.

Atrás, los mayores. La chica de la izquierda con una mirada algo lánguida ladeando el cuello; el muchacho bien erguido como su padre, con sus pantalones largos, apuntando a terrenos de adultez; y su hermana mayor, guapa y pillita, todavía en época de calcetines blancos, pero a punto de abandonarlos.

Para el documento de Familia Numerosa esto es suficiente. Pero aquí, por extraño que parezca, se está fotografian-do el futuro, lo que se intuye pero no se ve. ¿Qué sería este grupo sin futuro? No tendría sentido. Por eso se puede decir que no miran solamente a la cámara del fotógrafo, sino también al futuro que les pertenece. Ojalá lo consigan todos.

5. Fuerza escondida

Esta foto responde a los cánones oficiales que, sin duda, el fotógrafo Zacarías Ecay recrea en cada una de las fotos de familia, porque él sabe que los del documento de Familia Numerosa es lo que demandan. Y

es mejor hacerlo como quieren ellos para no complicar el trámite. Por eso están los padres sentados, la mujer a la izquierda el hombre a la derecha, y la prole rodeándolos y bien visibles.



El padre tiene a un pequeño en las rodillas y lo sujeta con cariño. El niño agarra su mano confiado. La señora, como mandan las normas, tiene al más pequeño, niño o niña, en su regazo. Ambos, padre y madre, miran a la cámara con una sonrisa ella y con un rictus algo irónico él.

Los chicos se entremezclan: el primero de la izquierda contiene el aliento; el del centro, paciente, espera que esto acabe: el de la izquierda está en actitud marcial. Quizá pertenezca a los scouts o a algún grupo similar y un mando celoso le haya enseñado cómo posa un hombre. La niña mayor, atrás, de serio rostro enmarcado en sus coletas infantiles, no tie-

ne compañía similar para la foto. Todo vendrá.

Pero queremos hacer una observación: la foto está hecha en medio de una calle secundaria del pueblo en la que hay poco tráfico. A veces se la denomina como parte de “las traseras”. Es decir, se fotografía una realidad que quizá no está en el candelero social pero que es imprescindible.

La fuerza de este grupo está en lo oculto. No necesitan aplausos, solamente ayudas sociales que hagan más llevadera la economía familiar. Del resto se encargan ellos. Esa fuerza oculta es la que irá llevando a este grupo a su madurez. Como la semilla que crece.

6. Colectivo

Esta foto rompe los esquemas que el mismo fotógrafo Zacarías Ecay aplica a sus fotos de familias: los mayores están adelante, los pequeños atrás; varios de los niños se sientan en el suelo, cosa in-sólita en esta clase de fotos. Pero lo más

llamativo es la ausencia del padre, por la razón que sea. Una foto singular.

Los chicos del primer plano son los mayores. Sus brazos cruzados, su cabeza erguida y su mirada firme indican que el peso del grupo descansa, de alguna ma-



nera, en ellos. El chico de detrás que agarra a su hermanito completa la trilogía.

Es verdad que la madre está detrás amparándolo todo. Pero ellos son la columna de esta foto familiar. Los otros hermanos, los pequeños, se entrelazan a ellos como la hiedra a la pared. La simpática niña que se pega a su madre conforma el bloque femenino del grupo. El niño pequeño que muestra la madre en el regazo está a su bola.

Lo normal es que en estas fotos de familia sean los padres los gestores

del hecho familiar y que así lo perciba el lector de la foto. Pero aquí corre un aire de fraternidad colectiva, de empeño común. Es cierto que el amparo de esta mujer está en el centro. Aun así, como decimos, lo colectivo asoma en este grupo.

Una cosa no contradice la otra. El éxito de grupo familiar está en la fuerza de lo colectivo más que en el empuje de la autoridad. Basta de rollos, parece decir el niño sentado a la derecha. Pues le hacemos caso y punto.

7. Simetría

Más que una foto de familia es un entramado de generaciones. El fotógrafo Zacarías Ecay ha hecho una composición, deliberadamente o no, absolutamente simétrica. Podría ser estudiada en una

escuela de arte como ejemplo de construcción simétrica.

Podemos comenzar diciendo que la estructura está amparada por las fuerzas del orden. Dos militares custodian al



grupo. Ni con la lupa alcanzamos a ver las puntas que tienen las estrellas de los galones, lo que determinaría su graduación. Nos parece que ambos tienen tres estrellas de cinco puntas. Eso les daría el grado de capitán, que no está mal. No miran a la cámara. No sabemos el derrotero de sus pensamientos.

El centro de la estructura la ocupan los opuestos: los patriarcas y los niños. La pareja patriarcal cumple su cometido mirando a la cámara: el abuelo serio y bien plantado, tocando con sus manos a sus nietos en gesto familiar. La abuela, también en su papel, más hierática, toda de negro excepto su pañuelo blanco. El nieto se apoya en su rodilla. A su derecha e izquierda, las hijas de ambos. Obsérvese el parecido. Más

contemporizadoras, se observa bajo sus abrigos negros una ropa más colorida. Los militares son sus maridos.

Las tres mujeres del centro serán, suponemos, las solteras del grupo, bien por su juventud o por su situación. La de la izquierda, paciente; la del centro, mirando a algo fuera del grupo; la de la derecha, la más joven, una guapa mujer. Los dos hombres que las custodian probablemente estén solteros.

Podría hacerse un esquema visual de la simetría. Es una foto que podríamos llamar renacentista, como los cuadros de Leonardo da Vinci, pero en fotografía popular. La simetría es, desde tiempos antiguos, una manera de expresar la belleza.

8. Blancura

Una foto llena de blancura y de incógnitas. Hay que decir que Zacarías Ecay ha logrado una instantánea perfecta en lo que se refiere a luz, encuadre y naturalidad en el posado de los niños. Su tra-

bajo le habrá costado, pero el resultado es bueno.

Creemos que el grupo es de una clase social privilegiada si consideramos que el coche les pertenece (¿dónde ha ido a



parar el chófer?) y si pensamos que la señora de la foto es su cuidadora, aunque en realidad también podría ser su madre (¿dónde está el padre?).

Los seis niños van de blanco riguroso, desde los pies hasta la cabeza (incluso la niña que va en brazos lleva un gorrito blanco). El mayor de los chicos, a la derecha, pone la mano encima de su hermano pequeño con un simpático gesto de autoridad que el pequeño acepta más o menos. El otro hermano, a la izquierda, mira no se sabe a qué.

Las dos niñas son las mayores en edad. Muy formales miran a la cámara con sus brazos a la espalda. Tienen cara de ser responsables y colaboradoras. Quizá tengan que luchar por escapar de la férula varonil de sus hermanos.

La señora que, como hemos dicho, puede ser la madre de los niños o la cuidadora (su vestido tiene un cierto aire de uniforme) sonrío a la cámara y participa del regocijo de ver este hermoso puñado de criaturas. ¿Dónde está sentada? No se ve ninguna pata de silla. Pensamos que quizá se haya sentado en el depósito de gasógeno que ese modelo de coche solía llevar delante. Sentarse en el parachoques tan cómodamente como parece que lo está se nos antoja muy difícil.

Como hemos dicho al principio, si el coche pertenece a la familia indicaría un estatus alto. Podría ser también un coche de alquiler, por la baca que lleva en el techo. De cualquier manera, es un buen vehículo en el que viajar tiene que dar gusto. Blanco sobre fondo negro. Hermoso contraste.

9. Rosal

Hay fotos que, sin pretenderlo por parte de quien las ha hecho, pueden ser leídas desde una metáfora. Algo de eso ocurre con esta instantánea de ZacariasEcay. La foto se ha realizado en las escaleras de una de las casas de la colonia. El

grupo familiar que celebra la primera comunión de una niña se ha fotografiado sin percatarse de que lo hacía bajo el dosel de un hermoso rosal blanco. Es primavera y ha reventado con toda su belleza.



La foto familiar no es en este caso para el documento de Familia Numerosa, sino para el recuerdo de la celebración. Por eso mismo, leer el grupo desde la metáfora del rosal es una licencia que se puede tomar con más facilidad.

En primer lugar están los capullos que se abren a la vida, esa serie de niños de la fila de abajo que rodean a su hermana, o prima, en el día de su comunión. La niña de la comunión y su compañera del centro miran a la cámara cumpliendo sus deberes. Los chicos de la izquierda, con su cabeza ladeada, asienten como invitados pacientes. La escalera de niños de la derecha va a su bola: los tres pequeños miran al suelo (¿qué verán?) y el mayor, como todo un hombre, mira al objetivo. Son los capullos del rosal que nacen a la vida, dispares y hermosos.

Están en el centro del grupo lo que son las rosas ya hechas, en su esplendor

vital: los padres de la niña, que más allá de la madre protectora de detrás, no es fácil de saber quién es el padre, los tíos y tías y otros parentescos. Son las flores que ha sido fácil juntar en este día porque les une el perfume del amor familiar.

Y luego están las flores que comienzan a marchitarse pero que siguen adheridas al rosal, los mayores que van asistiendo, felices unas veces y desentendidos otras, al paso de la vida. Por eso participan en la foto, encantados y algo ausentes a la vez.

Ya lo decimos: leer la foto desde la metáfora del rosal blanco puede parecer una cursilería. Pero, sin pretenderlo, los símbolos arropan la vida y desvelan algo que los ojos no ven a simple vista, aunque el corazón lo siente. Tal vez algo de eso ocurra aquí.

10. Cofre

Esta sí es una de las fotos que Zacarías Ecay ha hecho para la obtención del documento de Familia Numerosa, la de un matrimonio joven con seis hijos. A primera vista, el grupo destila felicidad y

buena armonía. Una bonita foto. Nosotros la leemos como si fuera un cofre lleno de valores representado en cada uno de los miembros de la familia, el mejor tesoro que se pueda esperar.



Están los padres en su lugar correspondiente según el modelo de la época, la madre a la izquierda, el padre a la derecha. A ambos se les ve contentos. Estar rodeados de sus hijos es para ellos su mayor felicidad. El padre pone sus manos en los hombros de los pequeños, como diciendo: mi tesoro. La madre, en su papel social asignado de antemano, muestra feliz al pequeñín que se adormila porque se cansa. Es el valor de la dicha sencilla, la perla preciosa del tesoro.

Los niños que están con el padre muestran al de la izquierda cercano al llanto y al de la derecha, con sus ojos negros y su boca entreabierta, próximo a la sorpresa. También son estas joyas del tesoro que acompañarán sus vidas de adultos cuando lleguen a ella.

El chico en pie a la derecha refleja la alegría infantil. Su rostro vivo y su simpática pose desvelan el carácter alegre

del muchacho. No sería un tesoro apetecible si en el cofre no existiera la alegría. Él la pone con generosidad.

El muchacho de la izquierda podría ser la perla del cariño en este cofre virtual de valores. Inclina su cuerpo hacia su madre. Ella pasa su brazo por su espalda porque los dedos de su mano asoman cogidos en la mano del pequeño. Perla del cariño sin la que la vida sería algo sosa.

Y detrás está la niña mayor a la que se la adivina resuelta ante la vida. Los años le van diciendo que es preciso encarar los días con buen ánimo. Es la perla de la resistencia que se forja día a día, hora a hora.

No hay que ir a lejanas islas para encontrar el cofre del tesoro. Es en la vida sencilla de la familia donde tal vez pueda hallarse. Tesoro a veces humilde, pero imprescindible.

11. Miradas

Ya hemos dicho que a Zacarías Ecay le gusta la simetría como forma de belleza. Esta foto, como lo veremos, lo demuestra una vez más. Es un retrato para el documento de Familia Numerosa. Pero, como todas las cosas, puede ser leído

desde una perspectiva concreta. Nosotros lo haremos desde las miradas de los fotografiados.

En la parte izquierda de la foto están el padre, el niño entre sus piernas y la niña a su lado mirando todos a la cámara-



ra. Parece obvio que quien es fotografiado mire a la cámara. Pero no es algo que va de sí. El padre mira con una pizca de desconfianza, el niño con otra de interrogación y la chiquilla con un punto de dulzura. En los matices están las diferencias y los valores. Mirar igual sería cosa de robots.

En la parte derecha está la madre con su floreado vestido que mira de reojo a algo que está fuera del campo de la instantánea. La niña pequeña, feliz y repantigada, mira también en esa dirección. El chico apunta con sus ojos al objetivo. ¿Qué habrá fuera de la foto en la plaza? No lo podemos saber. Mirar todos en la

misma dirección es un anhelo de complicado logro.

Y en la parte del fondo están las tres hermanas mayores. La de izquierda mira con delicadeza; la del centro, de lucido peinado, lo hace con una cierta desconfianza; la de la derecha con un esbozo de sonrisa. Son mayores y no van a regalar fácilmente sus miradas. Ellas mirarán a quien bien les parezca.

No creemos que los sociólogos definan a la familia como una suma de miradas diversas. Pero esta foto dice que sí, que el mirar plural puede ser conjugado por el mismo amor. Lo que queríamos mostrar, más que demostrar.

12. Apoyo

Ya hemos dicho que el fotógrafo Zacarías Ecay ha tenido que hacer a lo largo de su vida docenas de fotos de familias para la obtención del carnet oficial de Familia Numerosa que proporcionaba algunas

ventajas económicas, no muchas. Para el funcionario de la oficina, esta foto es válida para el documento. De ahí, no pasa. Pero se puede leer la instantánea con mucha más profundidad.



Nos parece que hay en esta foto un sutil apoyarse de unos con otros que conforman la fortaleza del grupo: se apoyan, luego son fuertes. El padre se desplaza levísimamente hacia su mujer y más palpablemente hacia el hijo que lleva delante. Es el fuerte del grupo, socialmente hablando, el “cabeza de familia”, como se dice en ese tiempo. Pero necesita apoyos; sin ellos no sería nada.

La joven madre se apoya en su hija que está en pie. Ella ha de ser, con el tiempo, confidente y consejera en muchas cosas. Y viceversa: la pequeña que sonrío de modo tan simpático a la cámara se inclina hacia su madre como es lógico. ¿Qué sería de ella sin ese socorro?

Los niños pequeños se apoyan lógicamente en sus padres. Con ellos tienen las espaldas guardadas. El chiquitín hace del regazo de su madre su lugar de

vida; la niña que guiña el ojo encuentra en la mano fuerte de su padre la certeza del amparo del que su pequeña vida está tan necesitada. Y el chico entre las rodillas del padre se siente seguro y confiado; de ahí su tímida sonrisa.

En la parte de atrás, el mayor de los chicos se encarama a la foto subiéndose a la silla de sus padres. Si no fuera por su apoyo no podría salir a flote ni ahora ni en las muchas encrucijadas que la vida le deparará. Su gesto firme tiene la fuerza de quienes le sostienen, además de la suya.

Un tejido de apoyos, eso es lo que muestra sutilmente la foto. Ahí está el secreto de la fuerza de esta familia y de tantas otras. Certezas que están en el cimiento del grupo y que afloran en sus gestos.





IV Eventos

1. Inauguración

Esta foto es singular porque, aunque obra en el archivo de Zacarías Ecay, no la ha hecho él por la muy simple razón de que él mismo aparece en la foto, aunque, observando su postura, también puede ser que la haya hecho con el disparador

automático. Es, sin duda, una instantánea que recoge la inauguración de toda o parte de la colonia san Francisco Javier, una “chantrea”, como decimos en otras fotos, de los obreros de la Papelera del pueblo. No es de extrañar que



los rostros de los cooperativistas reflejen satisfacción: han logrado uno de sus principales sueños, tener su vivienda.

A juzgar por el atuendo, debe ser primavera u otoño más bien. Todos van bien trajeados y uno de ellos lleva una trinchera, gabardina de moda en la época. Varios de ellos son hombres jóvenes, lo que les permite hacer sin problemas una fila de acuclillados, a modo de equipo deportivo. Tal vez ha sido el espíritu colectivo el que les ha llevado a terminar la obra. Cosa no fácil.

Podríamos decir que, de entre ellos, el señor de pie a la izquierda es la imagen representativa de la felicidad: bien plantado con los pies en el suelo, una cierta despreocupación juvenil con la mano en el bolsillo, el cigarrillo entre sus dedos como símbolo de disfrute y una ancha

sonrisa en la cara. Lo dicho: la imagen de alguien feliz.

Se han hecho la foto teniendo como fondo una de las viviendas construidas. Siendo sencillas tienen un estilo encantador. El frontis de la casa, con tejadillo a dos aguas, tiene un aire de caserío vasco, aunque dudamos que esa fuera la intención del arquitecto. La entrada a la vivienda incluye un arco de piedra que, como soportal, crea un espacio vestibular. Todo el conjunto está presidido por una sencilla simetría. Sin ser nada del otro mundo, tiene su encanto.

No lo pretenden, pero son unos “revolucionarios”. Contribuyen a hacer realidad el lema “pan, techo y trabajo” que se esgrimirá a lo largo de los años. De ahí que, además de una inauguración, sea la foto de una revolución. Ni más ni menos.

2. Singular comitiva

Sabiendo que la comitiva que ha entrado al pueblo tenía en algún momento que salir, Zacarías Ecay se ha encaramado a un balcón de la calle mayor y ha esperado pacientemente el momento de la salida. Es una foto testimonial y causa un cierto escalofrío.

La columna de seis coches negros en fila hacia la capital. No sabemos quién va en ellos, pero tiene que ser un personaje de alto rango para que haya un despliegue tan grande. Es algo de carácter oficial, pues son los coches que usan los funcionarios políticos.

Los motoristas, de negro y embozados, acompañan a los vehículos. Y aquí empiezan las preguntas: ¿por qué van tan tapados si parece ser verano? Fijémonos en el señor que va por la acera con las mangas de su camisa remangadas. Por otra parte, ¿la moto que abre la comitiva con el conductor descubierto y otras dos similares que van detrás hacen también parte del mismo séquito? Da la



Z. Ecay

impresión de que llevan algo como un cartel delante. Además son estilo Vespa o Lambretta, marcas populares que nada tiene que ver con las motos negras oficiales.

Pero lo que nos deja descolocados es ese ciclista que va en medio del cortejo como driblando a motos y coches. Suponemos que no será ningún agente del orden en tan extraña guisa. ¿Quién es y qué hace ahí?

Casi no hay viandantes, algunos niños, el señor de la camisa remangada, otro que asoma a la puerta de su negocio en la misma acera y tres o cuatro más en la acera contraria. Aun sumándoles los que miran desde los balcones, a derecha e izquierda, no llegarían entre todos a una veintena. Poca expectación para tan gran despliegue. Quizá al día siguiente la foto apareció en la prensa subrayando la calurosa acogida popular al visitante. Cosas de los papeles.

3. Peregrinación

La foto recoge oficialmente una peregrinación de la parroquia al santuario de Lourdes. Por lo que se ve, Zacarías Eca y hacía parte de ella y le correspondió dejar constancia gráfica. Como decimos, la parroquia es la promotora. Se

ve al párroco en medio del grupo. Esperamos que no haya habido problemas en la frontera, siendo así que la mayor parte de la expedición la componen mujeres. Son tiempos de controles exhaustivos.



Es otoño. Lo dicen las trincheras de los hombres y las gabardinas de las mujeres. Las boinas menudean y cumplen su cometido natural de abrigo. Esa zona del sur de Francia es siempre lluviosa.

El grupo es grande, más de cien personas. Habrán llegado en tres o cuatro autobuses. Antes de volver al pueblo se han hecho esta foto de conjunto. Creemos que es el final. Parece que han recogido sus cosas que asoman en los bolsos y cestas. Algunos pañuelos en las cabezas de las mujeres hablan de disposición para el viaje.

Se ve a varias personas, incluidas las niñas del centro, con su cantimplora de agua de Lourdes muy apreciada como recuerdo de la gruta de las apariciones. Para unos es milagrosa, para otros, re-

frescante y se lleva como detalle a las personas piadosas que se han quedado en el pueblo. No tendrá problemas en la aduana siempre que tal agua no se la cambie por otra de la región de Cognac.

Es un grupo disciplinado pues, a la voz de ya, han ocupado las gradas del pórtico externo de la basílica y casi todos miran a la cámara. ¡Un milagro, que estamos en tierra de ellos! Siempre hay algún despistado que, pensando en las musarañas, mira no se sabe dónde.

Los motores de los autobuses ronronean y cuando se rompan las filas cada uno irá a ocupar su plaza. Posiblemente guarden un buen recuerdo de esta jornada cuando lleguen exhaustos, y quizá mareados, a la plaza del pueblo con la noche muy avanzada.

4. Osamenta

Como la osamenta de una gran ballena, el fotógrafo Zacarías Ecay ha querido dejar constancia en varias fotos del derrumbe de la vieja iglesia parroquial

antes de que se proceda a la construcción de un nuevo templo. Es el áspero lenguaje de la muerte el que se emplea en este episodio.



Aunque al exterior, propiamente hablando, de las viejas murallas que rodearon la villa, la gente del pueblo ha hecho su vida social en torno a la parroquia. Son tiempos de más religiosidad y de una estructura social más estratificada. Por eso mismo, lo digan o no, al ver el esqueleto de su templo, seguramente que mucha gente siente un escalofrío. Con estas ruinas, el olvido se cobrará su cuota de recuerdos devorados.

A la hora del derrumbe se ve que la osamenta es potente. Sus arcos de piedra, góticos y de transición, son la mano nervuda que ha regido las vidas y haciendas del vecindario, aunque ahora ya no funcionen las cosas así. Esos arcos representan los viejos poderes clericales que fueron y que no son. Al derribar-

los, han quedado al descubierto como miembros secos de un viejo cadáver.

Si no hubiera intención de construir otra nueva iglesia, nueva en cuanto edificio y en cuanto a mentalidad, sería la foto de un fracaso. Pero ahí está esa sencilla hormigonera y la enhiesta grúa pingona que son el símbolo de un renacer de las cenizas. Como así será. De estas ruinas surgirá en un templo luminoso que gustará más o menos, pero que será el templo de otra época presidida por el respeto y la libertad.

Cuando la nueva iglesia quede terminada, no habrá rastro de estas viejas piedras. Pero quien las haya conocido sabrá que en la oscuridad de sus cimientos se halla enterrada una parte de la historia del pueblo. Que no se vea, no quiere decir que no esté.

5. Desnudez

Como los árboles desnudos que, a uno y otro lado, adornan la foto, Zacarías Ecay ha querido dejar constancia con ella de la desnudez del nuevo edificio de la parroquia que se llevó a cabo en los años

sesenta. El feo ladrillo sin revocar, las ventanas y puertas como cuencas vacías, la torre como desmochada, semejan más un bombardeo que al elegante edificio que será cuando esté terminado.



Es, según consta en los archivos, la cuarta vez en la historia del pueblo que se levanta la iglesia en el mismo emplazamiento. Antiguamente estaba fuera del recinto amurallado. Ahora ocupa el centro del casco urbano junto a la plaza y a la casa consistorial.

Estos muros descarnados se revestirán posteriormente de sillares y placas de piedra con lo que su desnudez quedará oculta y adquirirá el brillo de la elegancia. La misma torre, que ahora parece fea, como decapitada, se transformará en un esbelto fuste cúbico perforado por arcos de medio punto para alojar las campanas. Las mismas puertas, ahora negras como la boca del lobo, se verán como entradas solemnes adinteladas que en nada recordarán a esto que vemos. Las ventanas, adornadas con un elegante arco de medio punto se inser-

tarán en un lienzo atractivo. Una increíble transformación.

El edificio a la derecha de la torre es la casa parroquial donde se alojarán los sacerdotes que sirven la parroquia. No tendrá la ornamentación del edificio de la iglesia, pero será una vivienda digna y totalmente cercana al templo.

Es bueno tener esta fotografía porque la magnificencia con la que se ha construido el templo final puede hacer olvidar esta base de sencillez y humildad. Cuando en las grandes fiestas se enciendan todas las lámparas que cuelgan del techo y brillen los mármoles refulgentes, harán bien los feligreses en recordar la humildad de estas entrañas. Porque humilde quiso su Iglesia aquel que desgranaba padrenuestros en los yermos de Galilea.

6. Visita episcopal

La visita del obispo al pueblo, muy poco habitual, siempre ha sido un acontecimiento relevante en esta época. Por eso Zacarías Eca, fotógrafo a pie de calle, quiere dejar constancia de ello. Se ha metido entre la multitud y ha logrado lo

esencial, aunque ha tenido que sortear un muro de cabezas, toca incluida, tal como aparecen en la instantánea.

La visita corresponde a la inauguración del nuevo templo construido sobre el emplazamiento del antiguo. Las vi-



drieras de las puertas interiores hablan de novedad. Es la salida de la ceremonia, sin duda, porque un grupo de dantzariak le está ofreciendo un auresku de homenaje y dos niñas sujetan los arcos con los que luego se brindará una arku-dantza. Se ven los pañuelos blancos en las cabezas de las chicas. Las autoridades parecen complacidas, sin exagerar.

El obispo luce su manteo de viaje, los curas de la parroquia sus abrigos negros, y la autoridad militar su recio gabán. Se ve que es invierno u otoño muy entrado ya. Además el obispo lleva su cruz pectoral y su bonete con una borla oscilante. Si la foto fuera en color, veríamos que la larga fila de botones de su sotana es de color rojo. Eso les distingue de los curas rasos. Uno de los clérigos se toca con un gorro de “teja”, típico de los sacerdotes.

Los niños se agolpan a la puerta con cuidado. Tenaces como son, no quieren

perderse detalle del acontecimiento. La niña de la derecha está casi aplastada por la turba.

El vecindario se agolpa detrás de las autoridades estirando el cuello para ver a las dantzaris, aunque alguno aprovecha haber sacado la cabeza para encender un cigarrillo.

Toda la escena está flanqueada por dos abuelas que quedan casi en la penumbra. La de la izquierda, con pañuelo, se lleva las manos a la boca como diciendo: ¿a qué vendrá todo este lío? Y la de la derecha, que mira fijamente a las autoridades, podría decir: ya ha tardado en venir.

Posiblemente la parroquia ofrezca una comida festiva al jerarca. Viene al pueblo en años contados y es cuestión de que se vaya con buena impresión. El chófer, abstemio, aguardará todo lo que haga falta.

7. Descarrilamiento

Un descarrilamiento no es algo que, por suerte, ocurra con frecuencia. Este ha tenido que ser notable y Zacarías Ecay, subiéndose a lo alto del terraplén para tener una vista de conjunto, ha dejado varias instantáneas del suceso. Esta es una de ellas.

El tren es el Irati, un ferrocarril electrificado de vía estrecha que une unas cuantas poblaciones con la capital. El impacto ha debido ser muy fuerte pues no solo ha sacado a tres unidades de los raíles, sino que las ha volcado. Una de ellas se inclina peligrosamente hacia el lado del río que discurre paralelo a la carretera.

Como se ve, el tren era de viajeros. La prensa dirá que ha fallecido una mujer y que veintiséis personas han quedado heridas, algunas de gravedad. O sea que ha sido un accidente de consideración. Esto nos llama la atención porque el tren circula siempre con velocidades muy moderadas. No en vano soporta el



mote popular de “escachamatas”, que lo dice todo.

No sabemos la causa del accidente, pero puede ser que la locomotora haya impactado con alguna piedra desprendida de la ripa de la izquierda. Con las lluvias, las piedras se desplazan y caen a la vía. El suceso fue de madrugada. Quizá el maquinista no vio el obstáculo. Pero, como decimos, el impacto ha tenido que ser muy fuerte para descalabrar de tal manera al convoy.

Como muestra la foto, muchos vecinos se han llegado hasta el lugar para ver la magnitud del destrozo. La autori-

dad no les deja acercarse, pero ellos comentan el incidente magnificándolo con detalles de difícil comprobación. Un camión ¿de bomberos? vigila. Hace tiempo que las ambulancias hicieron su trabajo. Un señor, quizá un policía, a la derecha, anda entre los vagones accidentados.

En unos días la vía quedará expedita y el tránsito restablecido. ¿Volverán a tomarlo los viajeros? Ciertamente sí, porque, dentro de sus límites, el tren es seguro. Y el accidente es el primero ocurrido en cuarenta años de servicio. Esperamos que no vuelva a suceder. Toquemos madera.

8. Transporte especial

Posiblemente, la pregunta que se hace la gente y el mismo Zacarías Ecay es la misma: ¿pero a dónde va ese camión con semejante tronco encima? El fotógrafo le ha hecho una foto de costado para

que se mida toda la envergadura de semejante tronco.

El camión ha abandonado la carretera general y enfila, quizá, al pesaje de camiones para saber qué toneladas lleva



encima. O puede que se dirija a alguna obra cercana, aunque no alcanzamos a imaginar para qué se quiere tal árbol. ¿Para una viga central en la techumbre? Sea para lo que sea, su finalidad es la de una pieza entera. Si no, la habrían troceado para un transporte más cómodo.

Por la actitud de los viandantes, da la impresión de que en el momento de la foto el convoy está parado, aunque los conductores del vehículo están en la cabina. Un señor pasa delante con un cigarrillo en la mano; otro contempla detrás la carga. Y el grupo general está delante del armatoste calibrando las dimensiones del monstruo.

Dos personas mayores, boina calada, mano a los ojos para hacer de visera frente al sol, se estarán preguntando,

además de lo dicho antes, de qué bosque ha salido semejante pieza de pino, cómo lo han podido alzar a lo alto del camión y cómo lo van a bajar. Son gente práctica, jubilados expertos en obras ajenas.

El caso es que el árbol asemeja a un cañón de gran calibre, como aquel del que Britten decía en su réquiem de la guerra: mata cuanto tengas que matar y que, luego, Dios te maldiga. De ahí que a la sorpresa acompañe un pequeño escalofrío.

De todos modos, como se ve, ya existen en la época los transportes especiales, la imaginación a la que se le ocurre como llevar este armatoste y la osadía de ponerse al volante. Lo del caballo de Troya, una bagatela.

9. En el ribazo

El accidente del autobús que une al pueblo con la capital ha debido de ser algo muy sonado en el momento. Zacarías Ecay ha dejado constancia de ello. Como buen fotógrafo, no ha hecho la foto desde arriba desde donde mira la gente,

sino bajando al campo e hincando la rodilla en tierra. Así se tiene una imagen real de lo ocurrido.

Se ha difundido la noticia por “radio macuto” diciendo que un autobús había



caído del puente al río. Pero no es así: por no se sabe qué causas, el bus se ha salido de la calzada antes de llegar al puente, ha derrapado por el terraplén y ha acabado en un campo cercano al río pero, por suerte, sin llegar al agua. La huella del derrape se ve a la izquierda.

De manera que no ha habido, propiamente hablando, un vuelco, sino un deslizarse hacia el barranco. Por eso el autobús no ha volcado, sino que ha quedado, como una sirena varada, mostrando sus ruedas al sol. La carrocería ha aguantado, mal que bien, el peso de la estructura. Si hubiera dado una vuelta de campana habría sido mucho peor. Como se ve, la peor parte se la ha llevado la delantera y de ahí es de donde ha salido el mayor número de heridos, que han sido unos cuantos.

Muchos vecinos, sobre todo chicos, se han llegado al lugar del suceso y, desde la carretera, tienen un lugar privilegiado para contemplar el espectáculo. Alguno incluso, como el de arriba a la izquierda, se ha sentado sobre la hierba para verlo descansado. Una pareja de la guardia civil, capa y tricornio, vigila el escenario para que nadie se entrometa en él.

Quienes están arriba no lo dirán así, pero todo esto es una meditación sobre la fragilidad de la vida y la asechanza de la muerte. No lo expresan de este modo, pero creen que cualquiera de ellos podría haber ido en ese viaje y terminado en el ribazo. Se consuelan pensando que es a otros a quienes les ha tocado la china. Parco consuelo.

10. Coronación

La foto es antigua y representa un evento muy importante en aquella época de mentalidad más religiosa. Se trata de la coronación pública de la imagen de la Virgen del Rosario, patrona del pueblo. Como era de esperar, el fotógrafo Zaca-

rías Ecay estaba allí para dar cuenta gráfica del suceso.

La escena tiene lugar en la plaza del pueblo. Testigo de excepción es el edificio del matadero, aunque no sea muy



cualificado para esta ocasión. A juzgar por la vestimenta de la gente estamos en pleno invierno. Pero el tiempo debe de ser apacible porque la ceremonia se hace al aire libre. Es evidente la razón: tal muchedumbre no habría cabido en el recinto de la iglesia.

Se percibe con claridad que los hombres están a la derecha, engabardinados, y las mujeres a la izquierda, enmantilladas. Un grupito de novicias religiosas pone una nota de luz blanca en la grisura de la instantánea.

Si la panorámica fuera más clara, veríamos que en ese momento dos chicas están leyendo sendos poemas dedicados a la Virgen. Es un honor que la prensa recogerá con sus nombres y apellidos.

No se percibe la categoría del clero que ocupa el escenario. Pero es muy posible que, además de los curas locales, esté presente el señor obispo. La fiesta religiosa y la importancia del pueblo lo merecen.

Dominando la escena, se ve bastante bien la imagen tardorrománica de la Virgen ya coronada. Esa corona la ceñirá en adelante en las grandes solemnidades y procesiones.

Con los tiempos cambiarán los gustos, pero aún es la época en que numerosas mujeres del pueblo llevan el nombre de Rosario. Es más que seguro que han vuelto a sus casas contentas de la celebración vivida.





V Fiestas

1. Géneros

Hay situaciones de vida y fotos que van más allá de lo que fue el punto de partida. Esta imagen de Zacarias Ecay es una escena que evoca mucho más que lo que pinta en su origen.

A primera vista la cosa es simple: un día de fiestas, una cuadrilla, quizá tras el almuerzo o una buena comida ha querido hacerse una foto a la sombra de los árboles de la plaza. Se guarda la com-



postura y la instantánea refleja la armonía y la amistad del grupo. Varios de los mozos echan el brazo a los hombros de su vecino, signo de amistad, e incluso lo hacen dos niños que, a la izquierda, parecen ser, ellos también, parte del grupo.

Hasta ahí, todo bien. Pero, según como se lea, la foto empieza a hablar otro lenguaje que quizá le ha querido prestar el mismo fotógrafo, percatándose o no de ello. Por de pronto, la peña de amigos son todos hombres. No hay ni una sola mujer en el grupo. Quizá sea una sociedad de hombres, o los quintos de alguno de esos años, o no sabemos por qué no hay mujeres. Pero no las hay.

Sin embargo, las mujeres están en la foto: una de ellas, a la derecha, de espaldas totalmente al grupo, sostiene una criatura en los brazos. Es como si hubiera una ruptura de géneros: los hombres accedéis fácilmente a la diversión,

las mujeres seguimos con el trabajo de mantener la vida. Ya sabemos que esto es una interpretación. Pero, sino ¿qué explicación tiene que esa figura esté ahí desplazando al grupo del centro de la foto hacia la izquierda?

Y a mayor abundamiento: hay otra pareja que está detrás de la mujer del niño. La señora mira al grupo y creemos adivinar en ella un cierto estupor viendo el cuadro que componen los hombres. Quizá haga algún tipo de reflexión del estilo de ¡con vosotros vamos listas!

Volvemos a decir que las situaciones y las fotos que las reflejan hablan, a veces, un lenguaje que va más allá de la simple apariencia. Quizá sea este un caso así. Pasa de ser una sencilla foto de fiestas a una profecía de futuro sobre la relación igualitaria de géneros. Habrá quien diga: ¡una exageración! Quizá sí, o tal vez no.

2. Bailables

El fotógrafo Zacarías Ecay ha tenido que encaramarse a algún edificio cercano para lograr esta hermosa panorámica. Son las fiestas, quizá un día por la tarde. Las sombras se dibujan tenuemente en

el suelo. Tal vez esté algo nublado. Pero siempre es buen tiempo para bailar.

Los músicos que están pegados a la pared de la izquierda van uniformados. Se adivinan sus gorros de plato y tam-



bién los instrumentos. Quizá sea una banda contratada para la ocasión. El baile, aunque popular, hace parte del programa oficial de festejos.

El grupo de bailadores está rodeado por un cerco de personas que los miran. Algunos, como los de la izquierda bastante rígidos. Otros, los del fondo a la derecha, más cercanos. También ellos participan del festejo porque ¿qué sería un baile sin espectadores?

Tal vez por eso, excepto uno, todos los balcones están vacíos. Han bajado a la calle porque quieren vivir la alegría de cerca, como danzante o como espectador, tanto da. ¿Para qué puede servir una alegría vista de lejos?

Pero el corazón de la foto es el grupo grande que baila. Hay muchos hombres, pero la mayoría parece ser mujeres. Se animan antes a saltar a la arena y bailar.

Deben bailar una jota, una porrusalda o algo parecido. Lo dicen los brazos levantados en alto signo de alegría que se eleva por encima de los pequeños límites de la vida. El bamboleo de las holgadas faldas anima aún más la melodía de la banda. Los vestidos de fiesta contribuyen a dar colorido al baile. Hay quien se ciñe el jersey a la cintura para estar más dispuesta a la danza. Las niñas abundan porque se contagian con facilidad de la alegría de sus compañeras mayores. Una fiesta en toda regla.

Viendo la escena no se puede evitar recordar el cuadro de Bruegel el Viejo llamado “el baile nupcial”. Son escenas similares que se repiten en la vida de los pueblos. Es la alegría de la calle que se mete en los poros del alma. Sin estos bailes sería más penoso el caminar humano. Que sigan, pues.

3. Campeonato

La imagen podría incluirse en un apartado de eventos deportivos. Pero resulta que los partidos de pelota son el plato fuerte de las fiestas patronales. Por eso es una foto de fiestas. Para muchos vecinos y vecinas las fiestas no serían tales

sin los partidos de pelota. Todavía no han llegado otros modos festivos más ribereños, como el de la suelta de vacas bravas.

Puede pensarse, incluso, que es una foto para enviarla a los periódicos. El



campeonato del pueblo goza de un merecido renombre en los ambientes pelotazales de la comarca. Por eso no sería de extrañar que la fotografía de Zacarías Ecay apareciera mañana en la prensa.

Los pelotaris posan, trofeo en mano, inmediatamente después de los partidos. Parece que todavía no han pasado por la ducha. Hay un cierto desaliño, aunque se mantiene la compostura. El esfuerzo ha sido notable. No se percibe en la foto la hinchazón y el enrojecimiento de las manos. Pero están ahí.

Son nueve los trofeos repartidos, unos de más categoría para los triunfadores, otros más sencillos para quienes han quedado en segundos puestos. Pero todos los muestran con orgullo. Quizá se adivine un poquito de decepción en

alguno de los deportistas que tenía más expectativas en su partido.

Los pelotaris están flanqueados por los organizadores del torneo. Ellos han puesto mucha ilusión en su organización y disfrutan con su éxito como si fuera propio. Muchos del pueblo les felicitarán porque el espectáculo ha merecido la pena.

Para tomar esta foto el fotógrafo ha debido arrodillarse delante del grupo. Así lo ha visto en toda su altura. Pues a ese arrodillamiento se suma toda la afición del pueblo que no digamos que venera a sus pelotaris, pero que no quisiera que faltaran ningún año este campeonato que indica el alto nivel de las fiestas.

4. Más que el sol

Como en tantos pueblos, la fiesta del Corpus tiene gran relevancia. Es normal que el fotógrafo Zacarías Ecay haya querido retratarla. La solemne procesión desfila en el momento de la instantánea

por la calle mayor. Antes fue hacia arriba, ahora baja.

Abre la comitiva el abanderado de la Adoración Nocturna. Lleva la enseña con aire marcial, como corresponde. Le



flanquean dos niños comulgantes vestidos de blanco; el de la izquierda, hasta los zapatos.

Parece que las autoridades van detrás de la bandera porque es día en que la Corporación, seguramente al unísono, se hace presente en el evento. Una fila de niños de primera comunión vestidos de azul desfila por la derecha.

No se observa con facilidad, pero delante del palio van las niñas de la comunión echando pétalos de rosa al santísimo que lleva en la custodia el señor párroco. Es preciso cumplir bien los rituales. Y este es de los asignados a las niñas, para gozo de sus madres.

El palio se saca en contadas ocasiones. Esta es una de ellas. Llevar sus varales es privilegio reservado a pocos. Cumple hoy su función primigenia que es librar de los rayos del sol a los cele-

brantes. El sol pega fuerte a esta hora de la mañana como queda claro por las sombras de los participantes.

Es lógico que las balconeras estén adornadas con tapices y la enseña nacional. Días antes hubo un bando municipal con ese tema. Muchas personas se encaraman a esos balcones para ver el desfile.

Si las fotos tuvieran banda sonora, ahora se escucharía nítido el volteo de las campanas, porque están cerca de la Iglesia. En su torre, unos fornidos mozos al mando del sacristán alegran y la vez aturden al pueblo con su lengua de acero.

Se cumple con el dicho que asegura que el Corpus es uno de los jueves que relucen más que el sol. El pueblo ha querido demostrarlo con su lucida proce-sión. Otros tiempos vendrán.

5. Disfrute sencillo

He aquí una foto cualquiera en una tarde de fiestas. El grupo de chicas ha pedido al fotógrafo Zacarías Ecay que va con su máquina colgada al cuello que les haga una foto. Él, probablemente, ha accedido

con gusto y ha conseguido una magnífica instantánea.

Como decimos, son las fiestas. Basta con ver el pañuelico rojo que llevan las cuatro muchachas, sus vestidos bonitos



y el entorno festivo. Y, por si eso no bastara, el rostro alegre de las chicas indica que están de un humor estupendo. Se han retirado un poco del escenario de las atracciones y sobre la hierba del suelo han posado contentas.

Son amigas. Su cercanía física y sus manos entrelazadas lo indican claramente. Es la base de sus fiestas porque, sin amistad, las fiestas se diluyen y se vuelven sosas. Es muy posible que su bolsa no esté llena de dinero. De hecho, ni siquiera se ve que lleven algún bolso. Su mejor capital es su amistad, sus ganas de fiesta y su conexión con el ambiente. Eso les basta para disfrutar.

Practican, sin saberlo, el viejo arte de disfrutar con poco del que hablaban los viejos filósofos, de disfrutar de la vida y

de la amistad relativizando el mucho tener. Ellas no lo dirán así, pero su sonrisa que aún conserva un algo de la infancia lo proclama. Tras ellas, un grupito de niños, aunque estén de espaldas, dicen que estamos hechos para el gozo. El fotógrafo ha sabido captarlo.

Nadie se percata de esto. O quizá sí. Un muchacho sentado, a la izquierda, mira al grupo en actitud pensativa. Quizá les envidia o, simplemente, le resultan irrelevantes. Si es lo primero, tal vez sea un filósofo de aquellos que, en lo oculto, está descubriendo que el disfrute es algo que va por dentro aunque se manifieste fuera. O tal vez, lejos de tanta filosofía, simplemente le encante ver a las muchachas. El disfrute de ver lo hermoso. Es suficiente.

6. Dantzariak

La fotografía es perfecta. El contraste del grupo lleno de vida con el descampado yermo no hace sino resaltar aún más la belleza de la instantánea. Quizá Zacarías Ecay no ha andado en tales vericuetos. Pero así son los artistas, sin saberlo

construyen referencias que las perciben otros ojos.

El caso es que el grupo de dantzariak ha querido hacerse la foto oficial. Son ocho muchachas jóvenes que se atreven



con todos los aires del folclore vasco, un txistulari espigado y el maestro y representante del grupo. Compañía breve, pero selecta.

Las chicas van, nunca mejor dicho, de punta en blanco. Hasta las alpargatas lo son. El rojo del pañuelo, la faja y las cuerdas del calzado resaltan sobre el blanco. Su juventud y su sonrisa son las mejores herramientas para la danza, además de su sentido del ritmo. Van peinadas al estilo del momento con vistosos cardados. Alguna de ellas con melena que apunta a la modernidad.

El txistulari está bien plantado sobre el suelo y lleva los instrumentos, txistu y tamboril, con la soltura propia de un maestro. Hasta la boina le cae bien. La mirada se adivina penetrante. Todo el conjunto viene a decir que el soporte musical viene de él. Aunque sabe que su música sin la danza es una viudedad.

El representante del grupo sonrío satisfecho. Quizá resuenan todavía en sus oídos los aplausos que ha cosechado la actuación del grupo en la plaza del pueblo hace poco. Que la gente aprecie las danzas es su mejor pago. Posiblemente no haya otro.

Más allá de toda elaboración, algo dice a este grupo que su música conecta con las viejas raíces de la identidad, con la vida de un pueblo que viene de lejos y que llega hasta hoy mismo. La música y el baile son lenguajes de vida. Por eso estas muchachas, quizá sin darse cuenta, más allá de su disfrute con el baile, son una cadena de vida que conecta al pueblo con el pasado y lo abre al futuro. Ellas no recorren estos entresijos mentales. Simplemente bailan, les gusta y lo viven. ¿Para qué más?

7. Río de vida

El fotógrafo Zacarías Ecay ha tenido el valor de meterse en la barahúnda del pasacalle y ha logrado una foto magní-

fica. Siempre se retrata un río desde la orilla; pero él lo ha hecho metiéndose en los remolinos de las aguas.



Son fiestas, lo dicen los pañuelicos que llevan algunos niños. Una charanga popular, que asoma en la parte izquierda enfrente del pórtico de la iglesia, derrama un pasacalles festivo y repetido. Vemos y casi oímos a la trompeta que asoma por encima de las cabezas.

Y un río de vida ocupa la calle mayor. Son cientos de chiquillos que saltan, bailan y se mueven con el jolgorio de la música. Los hay pequeños, como los que ocupan el primer plano de la foto. Otros un tanto mayorcitos como los tres de la izquierda que entrelazan sus brazos en los hombros con gesto inequívoco de amistad, al igual que los que van detrás. Y también las hay adolescentes como las chicas de la parte derecha que, aunque aún con trenzas, apuntan ya a maneras juveniles.

Un río de vida que inunda la calle mayor y sus aguas casi no se pueden contener en su estrecho cauce. Las cabezas que asoman a flote se ahogan de dicha. De ahí su sonrisa. No necesitan quien les salve de un naufragio, sino que se disfrute con su gozo.

Las personas mayores se apartan, como se ve a la derecha. O, tal vez, se suben a los balcones como lugar más seguro. Así lo vemos en el balcón de la izquierda que, además, es el del ayuntamiento. Quizá esté en el señor alcalde y parte del concejo. Miran con gozo el río de vida que inunda el pueblo. Es, sin duda, lo más valioso de la vecindad.

Y mientras este río fluya, el pueblo no ha de temer al futuro. Los niños que gritan su alegría lo dicen claramente: el futuro somos nosotros. Nadie lo discute.

8. Sombreros

He aquí una foto típica de fiestas: una peña de mozos con su charanga. Zacarías Eca y le ha seguido la trayectoria porque, en su archivo fotográfico, hay otra foto de la misma en el mismo día, aunque en distinto lugar y en distinta hora en que

el grupo se halla un poquito más “perjudicado”. En esta foto están bien. Tal vez acaban de dar la primera vuelta por las calles del pueblo después de almorzar (el muchacho del puro al morro sentado en el balcón es testigo de ello).



Casi todos lucen su blusa de peñistas y posan bajo su preceptiva pancarta en la que vemos la fecha: 1956. No llegamos a entender ni el título de la misma (Acatadeapa) ni el dibujo alegórico. Intuimos que tiene algún contenido social porque aparece en él una bolsa de 1.000 \$. Pero no desciframos la relación entre las tres figuras. Incógnitas que se pierden en la historia.

Los chicos van bien uniformados. Solo algunos, como el muchacho de la izquierda en la segunda fila, van con traje (es el clarinetista, lo sabemos por la otra foto). Llama la atención la riqueza de la charanga que suele ser más bien escasa de instrumentos. Aquí no: dos trompetas, un saxofón, dos clarinetes, un acordeón y la percusión (tambor, platillos y bombo en la otra foto). Ciertamente se

puede montar un buen pasacalle con tales herramientas.

Pero queremos interpretar, quizá erróneamente, un detalle secundario: solamente uno de los mozos lleva boina, pequeña y ladeada, en el centro de la fila de abajo. El resto va con la cabeza descubierta. Pero seis de los muchachos se tocan con un sombrero mayoritariamente de estilo gánster. Sabemos que eso suele ser una manera de celebrar la fiesta y que no los llevarán, y menos esos, a lo largo del año. Nos preguntamos si significa algo, sociológicamente hablando, el abandono de la boina y la apertura a lo que se va viendo en las películas del cine. Ya sabemos que el fotógrafo no se anda en esta clase de análisis. Pero estas minucias simbolizan los profundos cambios de una sociedad que se abre a otra época. Quizá no, pero ¿y si sí?.

9. Felicidad

Esta es una de las fotos emblemáticas de Zacarías Ecay. Se puede decir que, de alguna manera, ha rozado la perfección. Fotografiar la felicidad parece imposible. Esta escena se halla cerca.

La instantánea se sitúa a la entrada del pueblo. Se ve que el tráfico ha sido cortado dejando el espacio totalmente dedicado al baile. Hay gente de todas las edades y no faltan niños, tanto a derecha como a izquierda.



Suponemos que es un día festivo, pero no de las fiestas patronales porque ninguna de las mujeres lleva signo de ello, pañuelo rojo o alpargatas de cintas. Un día de fiesta sin más. Pero lo que nos descoloca es percibir la explosión de alegría del grupo en contraste con el estatismo del conjunto de la gente que les rodea.

Posiblemente haya habido música porque si no, no estaría tanta gente en el lugar. Pero tal música o se ha acabado o está en pausa ya que la gente está de pie, quieta, mirando en otra dirección.

Este grupo de mujeres entona su propio canto apuntando al fotógrafo que tienen delante. Es una explosión de jú-

bilo. Todas ellas se mueven al son de la música que ellas mismas cantan. Sus manos entrelazadas en la felicidad común recuerdan un poco al cuadro de la danza de Matisse.

La felicidad se vierte a chorros por sus ojos, por su boca y sus frentes despejadas. Pero donde cobra vuelo es en el movimiento de sus piernas que convierte sus faldas en alas de pájaro. Lo dicho: algo muy próximo a la felicidad.

Con ello se demuestra que no hay quien entierre a la alegría. A esta le basta una grieta para brotar. El corro de estas mujeres alegres es una invitación a quien mira la imagen para entrar en él. Encantados.

10. Juegos

He aquí una simpática instantánea que Zacarías Ecay ha logrado captar y dejar como testimonio de las fiestas populares. En ellas, hay distracciones organizadas para los niños. Cosas simples, pero muy entretenidas. Esta es una de ellas.

El asunto consiste en lo siguiente: se unta el fondo de una sartén con hollín o similar y se pega una golosina envuelta en su papel. El concursante ha de coger con la boca el dulce fuertemente pegado. Es fácil imaginarse el resultado: la cara



del niño se va embadurnando y el caramelo, ¡diantre!, sigue pegado a la sartén. Cuanto más se tarda en lograrlo, más aumenta el regocijo popular.

Todos disfrutan, sobre todo los mayores, como se ve en la sonrisa, un tanto sádica, del señor acuclillado: ¡no lo vas a conseguir, chaval!, parece decir. Pero quizá se equivoque. Los adultos son los que más se ríen. Tal vez ellos mismos pasaron por ese juego cuando fueron niños y lo recuerdan con un punto de nostalgia y otro de picardía.

Entre los niños parece que hay división de opiniones: unos se ríen y otros

miran asustados cómo el rostro de los chicos se embadurna. El hombre que está en primer plano parece que pone una cierta saña en restregar bien la cara del niño con la sartén. Al niño que está en segundo plano se le adivinan las manchas en la cara. Un señor subido a una silla parece sostener la sartén en la cara del chico desde atrás. Curiosa posición.

El corro, pues, se divierte con este pequeño suplicio de Tántalo en que solamente la escasez de chucherías anima a los chicos. Si no logran cogerlo con la boca, es de esperar que se los den en mano como premio a la batalla. En fiestas nadie se va sin premio.

11. Bajo el toldo

Esta foto es una incógnita. ¿Por qué Zacarías Ecay ha querido hacerla bajo un toldo? Que son fiestas es evidente por el pañuelo rojo de una de las chicas y porque el toldo es de una las atracciones de las fiestas. Lo dicen a las claras los dos muchachos de la derecha que se disponen a disparar sus escopetas de aire comprimido.

Tal vez sea, sencillamente, porque llueve. Las fiestas del pueblo son a principios de octubre. Y es normal que el otoño, si es lluvioso, pase por agua las celebraciones. Quizá el grupo ha buscado refugio bajo el toldo del feriante.

Y otra cuestión: ¿Quiénes son estas mujeres? ¿Amigas, familia? Lógicamente tienen que ver unas con otras para llegar a formar un conjunto tan compacto y ordenado. Parece que ha sido fácil formar el grupo y colocarlo ante la cámara. Un muchacho pillo ha logrado encaramarse por encima del grupo de mujeres.



Z. Ecay

En primera línea está la que se muestra como la jefa del grupo con una niña delante que muestra con orgullo su relojito de pulsera, quizá de juguete. La mujer coge de la mano a otra más joven, muy guapa, que quizá sea su hermana.

En la segunda fila dos muchachas se juntan seguramente indicando su amistad. Otra un poquito más despegada. No sonríen en exceso pero se les ve encantadas de ser retratadas.

Y en la última fila están las más serias, si exceptuamos la muchacha de la derecha que sonríe abiertamente. En las otras hay un rictus de algo parecido a la desconfianza. O es impresión nuestra.

De cualquier manera, el grupo es armónico y describe bajo el toldo algo parecido a una melodía de amistad y de fiesta. Cuando escampe, si es que está lloviendo, volverán al baile.

12. Gigantes

Allí estaba Zacarías Ecay, en el momento mismo de la acrobacia. Un buen fotógrafo es el que está en el lugar y en el momento oportuno. Por eso ha tenido la suerte de captar el instante en que el muchacho se ha encaramado, ágil como un gato, sobre los hombros de su amigo.

Es una mañana de fiestas. La enseña municipal ondea en el balcón del ayuntamiento, lo que indica que se trata de un día grande. La muchacha de la derecha lleva su traje blanco con pañuelo rojo. Los demás espectadores no muestran signos festivos específicos, aunque los trajes hablan por sí solos.

Quizá estos dos muchachos acaban de almorzar o tal vez se han pasado la noche de juerga. El disfraz del que va en lo alto habla de un nivel evidente de diversión. Sin pensarlo, se ha subido a los hombros de su amigo.

Este lo lleva, además de con equilibrio, con evidente ligereza. No parece sufrir en exceso a juzgar por su sonrisa.



Z. Ecay

Echa sus manos a las pantorrillas de su amigo y eso es suficiente para mantenerlo en pie.

El de arriba tampoco hace grandes esfuerzos por guardar el equilibrio. Se le ve relajado y gesticulando. El pelo despeinado habla de la juerga vivida. La cabeza enhiesta viene a decir: ¡esto es pan comido!

Lógicamente, la concurrencia queda atónita, como lo muestran las miradas

de todos confluyendo en esa estatua gigantesca. Están esperando ver cómo acaba la cosa. Pero la foto insinúa que bien, que está todo controlado.

Dicen que esta es tierra de gigantes. Ellos lo demuestran. Pero su acrobacia habla del apoyo de la amistad: mientras estemos en terreno de amigos, la soledad se alejará de las calles del pueblo. Más que la acrobacia, lo maravilloso es el apoyo con el que construyen la viva estatua de la amistad.

13. La locura

Esta es una de las primeras fotos de Zacarías Ecay. Conserva el aire de los años difíciles pero nunca abandonados por la alegría. Estamos, como reza la pancarta, en 1948. Es muy posible que, por la placidez que refleja el grupo, la foto se haya hecho por la tarde, después de comer. Eso es siempre garantía de que la instantánea va a salir bien.

La peña se autodenomina “La locura”. Hay que decir, de entrada, que es una locura moderada, familiar, muy asimilable. La viñeta de la pancarta parece hacer alusión a alguien que quiere volar enganchado a su paraguas. O algo así. El garrafón evidencia la mentalidad de la época que viene de antiguo: sin vino no hay fiesta.

Pero lo más interesante es el grupo que se ha fotografiado. La pancarta la sostienen un muchacho en un palo y una chica en el otro: igualdad de género. El grupo del primer plano es el de los matrimonios. Están sonrientes y uno de los



Z. Ecay

hombres descansa, un tanto grogui, sobre el hombro de su mujer. No se sabe si el cuerpo pide siesta o es algo más. Una niña pequeña levanta los brazos en actitud de baile animada, probablemente, por su madre.

A la derecha de la foto, arracimados, están los niños y adolescentes. Es su territorio particular. Las chicas, que se dan la mano porque son amigas, están rodeadas por los chicos. Todos miran a la cámara con interés.

Y atrás en la parte izquierda está el grupo de jóvenes con su pizca de esnobismo con esas gafas de sol en un momento donde, al no haber sombra, tampoco hay sol. Ellos miran al fotógrafo con circunspección.

Es decir, esta peña es una locura pero dentro de un orden. Las ganas de fiesta y la celebración son compatibles con el orden familiar y con las convenciones. Quizá ahí radique el éxito de la fiesta: un poco de desmadre dentro de un continuado respeto y cariño. Sabia y exitosa fórmula.

14. Neskak

Ésta bien podría ser una foto promocional del grupo de baile vasco del pueblo. Zacarías Ecay ha hecho una composición de total simetría en dos niveles: en el primero, el acordeonista flanqueado

por dos dantzariak. En el segundo, tres de ellas a cada lado de la abanderada. Lo dicho: perfecta simetría.

Nos llama la atención la figura de la abanderada que parece vestir de mane-



ra algo distinta del resto de chicas y que enarbola una bandera, así nos parece, de la Acción Católica o similar. Quizá el grupo esté vinculado a la parroquia del pueblo. No lo sabemos.

Todas las muchachas llevan el traje perfecto de las neskak: chaleco negro sobre camisa blanca, falda poxpolina roja con grecas negras, combinación bajo la falda como asoma en algunas, medias blancas, alpargatas con cintas rojas y, seguramente, unos pololos que no se ven, pero que serán muy útiles para cuando se baile el arin-arin o, si bailan en la plaza, y llega un pícaro golpe de aire.

El joven acordeonista, más sonriente que sus compañeras de grupo, muestra con orgullo su instrumento musical.

Sabe muy bien que sobre él descansa la seguridad del conjunto y que si se tambaleara, el conjunto se vendría abajo.

Es un grupo muy apreciado en el pueblo que siempre baila en los actos oficiales y hasta ha participado en alguna representación teatral en el Centro Parroquial. Incluso ha viajado a escenarios próximos y alguno un poquito más lejano.

La unión entre folclore y cultura es imprescindible. Un pueblo sin cultura sería árbol sin raíces. Por eso aprecian a las neskak en el pueblo: de algún modo saben que ellas hablan de raíces. Quizá no lo formulen así, pero la conexión con sus danzas expresa lo mismo. Por eso, que no falten.

15. Como quien toca

Sobra decir que esta es otra foto de fiestas: el pañuelo, las atracciones del fondo y el ambiente de cuadrilla lo demuestran. Quizá sea la hora de la siesta, como parece indicarlo el muchacho caído en

combate que está en primer plano. Zarcías Ecay, máquina en ristre, se ha avenido a hacerles la foto. Es una foto luminosa. La luz se refleja en la blancura de la ropa y, más aún, en las sonrisas.



Son un grupo de amigos equilibrado, cuatro chicos y cinco chicas. Se palpa el buen ambiente entre ellos y la amistad que se tienen. Las manos sobre los hombros en el grupo de chicas, tanto en la muchacha de la derecha como en la de la izquierda, son como un signo colectivo de amistad, unas comillas de aprecio.

De algún lugar han sacado esos instrumentos para adornar la foto. Hacen como que tocan, pero es una ficción. Los dedos de la laudista no se corresponden con ninguna posición en el traste del instrumento. Y la postura del guitarrista es más falsa que un duro de madera. La caricia a la pandereta por parte de las chicas está lejos del mamporreo que se

suele llevar ese instrumento. O sea: pura tramoya, aunque adorne.

Lo importante es la alegría que derrocha el grupo. Las chicas forman una batería de sonrisas que alegran con solo mirarlas. Los chicos son algo más circunspectos. Pero también se les ve a gusto. Hasta el postrado hace un guiño a la cámara levantando el brazo que le cubre la cara y esbozando una sonrisa.

¿Qué serían unas fiestas sin alegría? Ellos la tienen abundante porque son jóvenes. Al sembrarla por el pueblo contribuyen al gozo popular. Ellos lo viven sin darse cuenta, pero quien mira la foto si lo sabe: la vida sin alegría es la antesala de las lágrimas. Por eso están ausentes aquí.

16. ¿Vosotros con agua?

Esta peña de amigos ha querido fotografiarse en torno a una pequeña fuente que hay en la plaza junto al ayuntamiento. Las ventanas con alfeizar en rampa son las de la cárcel. Los niños siempre

las miran con temor. Ellos no. Han almorzado o comido bien y sobra valentía. Zacarías Ecay ha considerado que esta pintoresca foto tiene su aquel y le ha puesto el sello de su firma.



Si nos ponemos en plan filosófico, podríamos decir que la fuente es un símbolo antitético. O sea: posiblemente ni uno de ellos ha probado el agua durante la comida. De ahí que mejor les representaría un garrafón o una bota de vino. Puede dar la impresión de que la fuente está seca. Pero no, un chorrillo surge de la pila para regocijo de los mozos. El pueblo tiene un agua deliciosa, pero, como dice el refrán, “agua que no has de beber...”. Seguro que ellos la han dejado correr a leguas.

Arracimados en torno a la fuente, todos mantienen la compostura. De manera que no hay sospecha de haberse pasado con el vino o el coñac. Algunos llevan

la blusa de fiestas; otros mantienen el traje. Todos miran a la cámara como seguramente les pide el fotógrafo, menos el acucillado de la derecha que mira no se sabe dónde, cigarrillo en mano. El del centro, encima de la fuente, sería el representante para beber. Pero tampoco bebe nada porque mira a la cámara con facilidad. Es decir, el agua queda intacta.

Si a quien les preguntara sobre la comida y quisieran asegurarle que había sido con agua, más allá del trampantojo de la foto en la fuente, les dirían ¿vosotros con agua? Ésta se halla casi proscrita en los días de fiestas. Ya volverá al pueblo después de su breve exilio.

17. Efusión

Da la impresión de que esta foto de Zacarías Ecay haya sido hecha con dos fotos pegadas. Inicialmente se propuso retratar al grupo de chicas. Pero, en el último instante, ese par de mozos alumbrados

se tiraron al suelo y así salió una foto con dos planos componentes. Es que si no, no podemos explicarnos qué hacen ese par de elementos ahí cuando ni las mismas chicas les hacen caso. Un misterio.



La instantánea se toma en la plaza del pueblo; el ayuntamiento queda a la derecha. Hay niños cerca de la fuente. Es una mañana de fiestas soleada, la sombra del grupo se proyecta en el suelo y los rostros están muy bien iluminados.

Las muchachas van impecables, todas con su pañuelico de fiestas, sus blusas blancas y sus faldas floreadas. Lucen una sonrisa encantadora y se fotografían en su juventud, ajenas a cualquier otra distracción. Se abrazan como un grupo compacto.

Otra cosa es el tema de los dos muchachos. Se han despatarrado en el suelo y, con una efusión que no la hace el

agua, el de atrás besa en la oreja al otro. Bien está manifestarse el cariño, pero para los tiempos que corren esto es un tanto excesivo, de no ser que se permita dentro de las licencias festivas. Pero, como decimos, quizá ayude el trago. El muchacho de adelante se deja hacer con una sonrisa beatífica que proviene, sin duda, de idéntico manantial.

No anda por allá la autoridad municipal, que en los días de fiesta se relaja un poco. De lo contrario quizá recibirían una advertencia. Pero tal vez le respondieran con el taxativo dicho del borracho: ¿Qué importa el sexo si el amor es puro? Pues eso.

18. Desparrame

No es necesario decir que esta foto es típica de fiestas. No sabemos cómo ha logrado Zacarías Ecay que el grupo se formara y quedara tan bien encuadrado visto el desmadre que representa. Pero lo ha logrado. La foto se realiza en la ca-

lle mayor, casi desierta; se ven al fondo algunas personas que deambulan.

Es una reducida peña de amigos y su peculiar charanga. Dos txistularis enmarcan al grupo soplando el txistu o



haciendo como que soplan. El de la izquierda se inclina y apoya en sus compañeros no sabemos si como gesto de camaradería o como soporte necesario. El otro, más erguido, echa el brazo al hombro de su compañero en modo de exaltación de la amistad. Acompaña a los txistus un atabal ensimismado.

El resto es, como decimos, el desparame, sobre todo los cuatro que están en el suelo, no sabemos si solo para que se vean los de atrás o porque es el sitio más seguro para ellos. Alguno parece disfrutar del éxtasis y el del proscenio se fuma un puro posando en plan sirena.

A la izquierda, un muchacho y un niño miran la escena. El mayor parece querer decir: ¡qué representantes tenemos! El pequeño observa, entre admirado y extrañado, a la panda desmadrada.

A la derecha se ven tres niñas pequeñas. Dos de ellas están en una simpática postura con sus brazos en jarras. Quizá hayan bailado alguna melodía o tal vez vengan a decir: son buenos chicos y son fiestas; no se lo tengáis muy en cuenta.

Por supuesto que quedan excusados. Solo que habrá que ver si la fiesta no impide el camino de vuelta a casa. Pero por lo demás, que siga la música y el baile mientras se pueda.

19. Procesionando

Es la gran procesión de las fiestas. El cortejo avanza por la calle mayor y Zaca-rías Eca y ha debido subirse a alguno de los inmuebles porque su foto en picado alcanza casi el conjunto de la comitiva. Algunos de los hombres se han dado cuenta de ello y miran a la cámara.

El orden de la procesión refleja la estratificación social del momento. En primer lugar desfilan los hombres solos. Es la época en que, en el templo, los hombres y las mujeres ocupan bancas separadas. Eso mismo ocurre aquí. Los hombres van primero: todos trajeados, la cabeza descubierta, las manos a la espalda, en perfecto orden uno tras otro. Rompe la uniformidad la presencia de algún chico acompañando a su padre.

En medio de ellos va la imagen de la Virgen del Rosario, patrona del pueblo. Muchas mujeres llevan su nombre. La portean unos mozos vestidos de clérigos. El relevo va detrás. No es excesivamente pesada la imagen. Pero, si se suma a su peso el de las andas, llevarla



a pulso requiere, de vez en cuando, un cambio de hombros.

Casi en la penumbra va el clero oficiante: tres sacerdotes con sus vestiduras litúrgicas. Mirando con lupa se percibe que llevan en la cabeza un bonete, gorrito clerical que marca también la diferencia: borla negra, cura raso; borla verde, licenciado; borla roja, doctor en teología. En este caso no se percibe el color de la dichosa borla.

Y detrás, en un cierto desbarajuste, van las mujeres. Un poco como si no fueran parte de la procesión organizada, aunque lo son. Llevará un tiempo largo que los papeles se igualen. Hoy por hoy, la procesión es el rostro de la organización social de la época. No lo saben, pero muchas cosas van a ir cambiando pronto. La sociedad evoluciona rápidamente y a la Iglesia le “amenaza” un Concilio. Se huele la mudanza.

20. Lado femenino

Están estos mozos en pleno apogeo de las fiestas y han pedido al fotógrafo Zacarías Ecay que inmortalice el momento. Lo ha hecho con gusto y, como resultado, aquí esta simpática foto.

Son, sin duda, tres amigos. Sus hombros entrelazados, su sonrisa y su cercanía hablan a las claras. Son de quienes piensan que lo mejor de las fiestas, y de la vida misma, es la amistad.

Dos de ellos, camisa y zapatillas blancas, van de calle. Pero el tercero lleva sobrepuesto un floreado delantal de mujer a modo de disfraz. Él y su amigo de la izquierda llevan una especie de tocado a juego.

¿Por qué este afán de los hombres por disfrazarse de mujer cosa que casi nunca ocurre al revés? El asunto parece que arranca ya de hace más de 5.000 años allá por Egipto, que ya es ir lejos. Y las interpretaciones son muchísimas y contradictorias con frecuencia.



Nosotros nos apuntamos a esa que dice que el hombre necesita mostrar su lado femenino y que una manera de hacerlo es, cuando llega el ambiente más permisivo de las fiestas, disfrazarse de mujer.

En ese caso, este chico fuerte mira a la cámara como diciendo: machote como me veis, también tengo un lado

sensible. Si es así, la cosa le honra. Y sus compañeros sellan lo mismo con su abrazo.

Ellos, ciertamente, no se enredan en tantas teorías. Pero resulta simpático que se haga un hueco a las mujeres en los disfraces. Lo más interesante sería que se le hiciera también en la vida normal. Algo ayudará.

21. Ellas

Hay fotos que son como profecías. Esta puede ser una de ellas. Resulta que son fiestas y ellas también quieren tener una foto de recuerdo. Y así se lo han pedido a Zacarías Ecay que deambula por el ferrial. Y, a decir verdad, la foto ha quedado bien hermosa.

Son cuatro chicas de edad parecida, bien arregladas y peinadas. Bien hermosas. Las cuatro llevan su pañuelo de fiestas. Ellas también van en la corriente general del pueblo que disfruta de su semana festiva anual. Sus vestidos elegantes, blanco, negro o de finas líneas han sido elegidos con mimo para estar guapas. Lo han logrado.

Que son amigas es obvio: las manos que se apoyan en los hombros y el delicado gesto de la mujer de blanco arrojada sobre el brazo de la de negro hablan en lenguaje de la amistad.

Un chiquillo corre detrás en otra dirección ajeno al grupo. Pero está en la foto y ahí leemos la anunciada



profecía. Es como si dijera: tenéis que correr para otro lado, no tanto para la asimilación en el sistema, sino para el empoderamiento femenino. Ya sabemos que los tiempos del feminismo están aún lejos. Pero como lo hacen los vendavales, estos comienzan a formarse lejos.

Posiblemente les sorprendería de esta lectura y hasta, tal vez, la rechazarían. Pero algo indica su deseo de hacerse una foto ellas solas. Lo lógico para la época sería haberlas hecho bajo la tutela del hombre. Pero no. Corren en esta foto aires evidentes de amistad y probables de libertad. Al tiempo.

22. Elegancia

He aquí la foto perfecta de una pareja elegante. El ambiente es de fiestas, como lo muestra el muchacho de la derecha con su pañuelico, su sombrero y sus alpargatas de cintas. La gente mira en dirección a algo que se está haciendo en el centro de la plaza, pero ellos se han dado la vuelta para que Zacarías Ecay les hiciera este magnífico retrato.

La familiaridad con que él coge el brazo de ella nos indica que son novios o cosa similar. La sonrisa franca de ella y la más tímida de él indican eso mismo. Ella luce un peinado muy bonito que hace más hermoso aún su rostro. Su vestido resulta distinguido y novedoso. Quizá lo vio en alguna revista de moda y le ha pedido a su modista que le haga uno igual. El juego que hacen las rayas finas en las diferentes partes del mismo le dan una indudable personalidad. Completa su atuendo con los zapatos blancos. El



mismo gesto de meter las manos en los bolsillos acentúa su aire juvenil.

Él tampoco va mal. De traje, corbata y jersey blanco sobre la camisa. Desentonan algo las sandalias; con unos zapatos negros habría estado mucho mejor. Sus gafas de sol le dan un aire moderno y el cigarrillo en la mano nos hace recordar a Bogart en Casablanca.

Es una mañana soleada, como lo indican las sombras del suelo. Pero el verdadero sol está en la apostura de esta pareja elegante que se aprecian y quieren. Es que la elegancia no es solamente cuestión de prestancia externa. También va por dentro y se manifiesta con los lenguajes externos. Por eso nos cautiva esta instantánea. Tiene algo.

23. Chascarrillo

Está jugándose un partido de pelota en el frontón o quizá haya un espectáculo de danzas vascas. Pero estos cuatro amigos se han ido aparte y se están contando algún chascarrillo que ha pasado

en las fiestas. El fotógrafo Zacarías Ecay ha disparado su cámara sin que ellos se dieran cuenta.

Son cuatro jóvenes espigados, fibrosos, a los que no les sobra ni un kilo. Ya



llegará el tiempo de echar barriga. Pero, hoy por hoy, los kilos no pesan.

El chascarrillo lo cuenta el muchacho de la derecha que, con su narración, hace reír a sus amigos. Porque lo son, basta ver el abrazo torero del chico de camisa blanca.

Cuenta el narrador la extrañeza de una señora que teniendo una cazuela de ajoarriero en la fresquera de la ventana se encontró con que el guiso había desaparecido quedando solo la vasija. No se lo explicaba porque la ventana era la de un piso alto. No sabía que por la noche un mozo se subía a los hombros de otro

lo justo para alcanzar el sabroso contenido. Pillerías en tiempo de fiestas.

Los amigos ríen el cuento porque conocen a los asaltadores de fresqueras. Y ríen con ganas sabiendo que la señora perjudicada pertenece a la cofradía del puño cerrado, con lo que su desconsuelo es doble, y la risa de los birladores también. Los muchachos de la foto celebran el suceso.

Son hombres hechos y derechos, pero disfrutan con estos chascarrillos inocentes. Es otra manera de estar a gusto juntos durante las fiestas. Posiblemente luego se sienten en el patio del Centro Católico para tomar unos vinos. Fiestas pacíficas.

24. Patrona

Era de esperar que Zacarías Ecay hiciera una fotografía de la patrona del pueblo, la Virgen del Rosario. La gente le tiene devoción y, como hemos dicho, muchas mujeres llevan su nombre. Así que, sin dudarle, se ha acercado a la imagen el día grande las fiestas en el momento en que se procesiona a la Virgen por las calles del pueblo.

La imagen que llevan los mozos es tardorrománica del siglo XVII. Es airosa y tiene su gracia. Su indudable esbeltez queda ampliada por su corona de doce estrellas. El niño se asoma mirando al suelo, hacia el fiel que se acerca a la madre. Alguien le ha colocado un rosario ampuloso en torno a su cuello; como tal le invoca la devoción aunque da la impresión de ser algo añadido a posteriori. Pero, dejémoslo estar.

Unos muchachos fornidos vestidos de clérigos hacen de porteadores. Son los quintos del año. En el momento de la foto están en un descanso. La imagen y, sobre todo, las andas pesan lo suyo y



conviene descansar. Se meten los palos destinados al efecto y el cuerpo descansa. Ese es el momento en que el fotógrafo ha tomado la instantánea.

Están frente a la puerta de la Iglesia. La torre del templo, recia como torre de defensa, contempla la escena. Aunque quienes mejor la contemplan son los asomados en el vano de la derecha; han elegido el mejor mirador para ver la procesión.

Los monaguillos rodean la imagen encargados de llevar los palos de descansar cuando no sean utilizados. Uno de ellos, sabiendo que el fotógrafo va a

disparar asoma su cabeza por debajo de las andas; quiere aparecer en la foto. El clero va tras la imagen. Solamente se ve a uno de los curas, joven y recogido bajo su bonete clerical. Quizá sea algún seminarista mayor que ha venido a completar el número de la “misa de tres”, la de máxima solemnidad.

Si el reloj de la torre funciona, la una menos diez, quiere decir que la imagen ha hecho ya su recorrido y los mozos se disponen a meterla de nuevo en el templo. Se ha cumplido el rito anual. Es imposible vivir sin ritos. Estos u otros.

25. Primitivo

La foto tiene que ser antigua, de las primeras que hacía Zacarías Eca. La hechura rudimentaria habla de un tío vivo primitivo, un *antecesor* de los de hoy. Por eso conserva su valor.

Como decimos, la hechura del artilugio es artesanal: la barquilla, con su dibujo elemental, podría haber sido hecha y pintada en la bajera de casa. Los herrajes los haría iguales cualquier herrero un tanto diestro. El sistema de seguridad con la cadena de la izquierda, no puede ser más simple.

Los niños de la barquilla se disponen al viaje y ahí les ha pillado el fotógrafo. Son, sin duda, hermanos. Lo dice su carita y ese flequillo similar, obra de un barbero que sigue el dictado de la madre. Por cierto, en la parte derecha se adivina un vestido floreado y un pie con sandalias: la madre vigila la operación.

Los niños tienen cara de circunstancias. La emoción de montarse en el tío vivo aparece en sus caras. Y también un



Z.Eca

cierto temor a volar por los aires en semejante nave espacial. El niño pequeño se aproxima al llanto y su hermana le anima poniendo su mano en el hombro. La mayor ampara el grupo agarrando con sus brazos los hierros. No hay que temer.

El encargado del carrusel parece mirar a la madre oculta. Es él quien da la orden de arranque, pero el permiso lo da la madre. Es un muchacho cetrino

que ha abandonado las tareas del campo para, en el otoño, redondear el jornal con las ganancias del tiovivo.

Desde los tiempos de Ícaro, balancearse en el aire, volar, ha sido un anhelo de los humanos. Si no hubiera pájaros no anidaría en ellos ese deseo. Pero ahí están ellos también en la plaza del pueblo sobrevolando el tío vivo que se mueve. Vuela como el corazón de los niños.

26. Trampantojo

Es, ciertamente, una foto singular. El fotógrafo Zacarías Ecay se ha encontrado con este espectacular “contorsionista” y, como esto no se ve todos los días, ha querido hacerle una foto que ha resultado de exposición.

Haciendo parte de una larga tradición en que se mostraban en las ferias todas las rarezas habidas y por haber, este “contorsionista” ha querido mostrar una habilidad que pocos tienen. Son tiempos en los que obesidad no ha hecho todavía su aparición.



A la vista está que es un “contorsionista” ágil y fuerte. Sus manos son poderosas y, para estar tan ágil, seguramente que no tiene un gramo de grasa acumulada. El atrevido ángulo entre su pelvis y su torso no lo conseguiría ni el mejor maestro de yoga, cosa de la que nadie ha oído hablar, por supuesto.

La cabeza es la de un titán: peinada con raya en medio su abundante cabellera, se asemeja a la cabellera de Medusa de aterradoras serpientes. Sus ojos miran penetrantes a la cámara y esboza una sonrisa como diciendo: ¡pan comido!

Lleva una camisa negra con un escudo. Quizá sea de alguna peña del pueblo y las anteriores suposiciones están entonces equivocadas. Su pañuelo al cue-

llo, como el de los bandoleros del oeste, puede que también cumpla la función de ser adorno festivo.

A juzgar por las figuras que acompañan al “contorsionista”, podríamos decir que su número no interesa mucho al respetable. Nadie le hace caso. Tal vez la chica de la derecha parece mirar el extraño espectáculo. Él no se desanima. Lo suyo es arte popular, aunque no se sepa en qué catálogo hay que inscribirlo. Puede que no haya aplausos.

Se preguntarán quienes lean estas páginas por qué entrecomillamos la palabra “contorsionista”. ¡Es que son dos personas! Una boca abajo, la que muestra su cara. Y otra boca arriba, la que enseña sus pies. El engaño es perfecto. Trampantojo para un día de fiestas.





VI Deportes

1. Hay futuro

Aunque parezca lo contrario, más que de una foto de familia se trata de la celebración de un campeonato de pelota. El número 9 que está detrás del grupo habla del extremo de atrás del frontón: llegar al 9 es siempre difícil. Es el terreno de los fuertes. Y cualquier duda se disipa cuando se ve a los dos niños de delante que enarbolan sendos trofeos

deportivos que, con toda probabilidad, han ganado sus padres, allí presentes.

Es una foto de celebración. Por eso predomina el color blanco, en una época de cierta oscuridad textil. Debe ser primavera por los trajes sin abrigos. El blanco de los vestidos de los niños es dominante. Da un toque de esperanza con tanto pequeño por ahí.



Tras la batalla y el triunfo, la foto rebosa satisfacción, tanto en los hombres como en las mujeres, que se presume son las esposas de los deportistas. Un partido de pelota a 22 tantos es largo y tenso. Y aunque ignoramos el resultado, posiblemente la victoria no ha sido regalada.

Los dos trofeos son iguales. Lo que da a pensar que el partido ha sido por parejas y que al triunfo ha correspondido un trofeo similar para los pelotaris. Es evidente que los triunfadores son el señor de la corbata en el centro y el joven trajeado de la derecha. Lo decimos por su evidente pose de satisfacción. Las señoras van empermanentadas, como corresponde a la ocasión.

Pero lo más llamativo de la instantánea es el equilibrio demográfico que refleja con clara inclinación a favor de los pequeños: cuatro niños en brazos y otros cuatro a pie. Ocho en total. Los adultos son siete y uno más que se asoma escondido. El número es equilibrado, pero el futuro no: está de parte de los pequeños. Tienen la partida ganada, en la foto y en la vida.

Los pequeñines en brazos van a lo suyo. Solamente uno, quizá una niña, mira a la cámara. El resto se distrae y hasta se adivina en ellos un cierto hartazgo. Quieren corretear, no posar para la historia. Los portadores de los trofeos cumplen su encargo con seriedad y una cierta distracción. Son trofeos grandes para ellos, pero los sostienen fácilmente ambos con la mano derecha solamente. Como campeones filiales.

Pero el mejor trofeo es el que enarbolaba la niña del centro mirando al fotógrafo: un pequeño en sus brazos. Es como si dijera: digáis lo que digáis, vuestro mejor trofeo son vuestros hijos. Vuestro futuro no depende del trofeo deportivo, sino de este hermoso trofeo que muestro a la cámara. Está claro: hay futuro.

Parece que no ha sido fácil captar la imagen dada la natural inquietud de los niños. Lo decimos porque el fotógrafo Zacarías Ecay ha cortado los pies de cuatro de ellos, error de principiante, no de un avezado reportero como era él. Pero el valor de la foto no está en los pies, sino en el brillo de los ojos de los niños. Y eso se ve aunque la foto sea en blanco y negro.

2. A la remanguillé

La foto es artística, no se puede negar. El encuadre, excelente, la perspectiva bien lograda, el escenario elegido. Podría ser presentada a una exposición y tendría sus opciones.

Es una carrera en tiempo de fiestas, pues uno de los espectadores, a la dere-

cha de la foto, luce unas alpargatas festivas, blancas y con sus cintas rojas, lo mismo que los señores de la izquierda, alpargatas blancas y traje combinado.

Es una carrera popular en toda la extensión del término. La disciplina y el postín de una carrera oficial están au-



sentes. Aquí son nueve corredores jóvenes que se han dado cita para una carrera ciclista popular. Afición de base.

El uniforme brilla por su ausencia. Solamente uno de los corredores, el tercero por nuestra derecha, lleva equipamiento de ciclista. El resto está con la ropa de casa. Se han quitado la chaqueta y se montan en la bici con su camisa del domingo. Solo tres tienen calzón corto. El resto lleva su pantalón habitual.

Las nueve bicicletas, eso sí, son todas de carrera, con sus manillares hacia abajo y los frenos delante. No se aprecian más detalles. Pero seguramente que son bicicletas envidiadas por el público.

Detrás de los ciclistas hay una pequeña muralla de admiradores. Alargan el cuello para la foto, pero su alegría no es tanto salir en la foto cuanto estar en la carrera con sus vecinos ciclistas. Se ven algunos niños, presa fácil de las ilusiones deportivas.

No se ve a ninguna mujer. Quizá consideren que es un deporte de hombres,

aunque, si se mira con atención, se distingue en algún balcón la presencia femenina que también quiere participar del festejo.

Tal vez la carrera no sea tan a la remanguillé como pensamos. A nuestra derecha hay un señor con un reloj en su muñeca que parece ser de la organización. Mira al fotógrafo como para preguntarle si ha terminado su tarea. Si es así, podrá dar el pistoletazo de salida.

Es una foto un tanto estrábica. El público de nuestra derecha mira a los corredores; el público de la izquierda, mira al fotógrafo o a lo que hay tras él con un cierto rictus de ansiedad. Queda claro que no hay convergencia visual.

Es, como quien dice, una carrera a pelo, en su pureza natural, libre de las servidumbres publicitarias. Ganará quien mejor corra, sin más ayuda que sus propias piernas. Recibirá una felicitación y aquí paz y después gloria. Quizá se termine en el bar de la esquina para comentar los incidentes. Ciclismo al natural.

3. Profesionales

Esta sí que es una carrera en toda regla. Posiblemente han pasado los motoristas abriendo camino y también los coches de apoyo de cada equipo. Es decir, se ha cumplido con el ritual, como es preceptivo. Tal vez no haya habido caravana publicitaria porque esa se reserva para las grandes vueltas ciclistas. Y esta tiene

todas las pintas de ser de ámbito provincial, a todo tirar.

Es un día de fiesta. Lo dicen a las claras los trajes y las corbatas de los caballeros que menudean entre los asistentes. Concretamente es el Circuito de Pascua, carrera comarcal de prestigio.



Además, esta clase de eventos deportivos no se hacen entre semana porque no habría público y, sin espectadores, la carrera ciclista quedaría deslucida.

Acuden al evento sobre todo hombres. Pero también hay niños y algunas mujeres como la guapa señora de la izquierda y las que se adivinan en el balcón del segundo piso de la casa de enfrente, aunque el fotógrafo les ha cortado la cabeza, cosa incomprensible en la obra de Zacarías Ecay. Quizá fue un desliz menor al enmarcar la foto.

De los siete centauros que van en las bicis, cuatro son del mismo equipo a juzgar por su maillot. Tal vez sea la cabeza de la carrera, porque el fotógrafo, como el público, está esperando su llegada. Y en cuanto asoman, ¡zas!, se abre el objetivo. El hecho de que lleven dorsales cosidos a la espalda o al calzón habla de una carrera de muchos participantes y de un cierto nivel. Son profesionales.

El fotógrafo, con gran pericia, ha captado el dinamismo de la carrera no solamente mostrando a los corredores encajados a sus bicis sino, sobre todo, en

esa ligera inclinación para coger la curva a la izquierda. No se puede dejar de admirar la elegancia del grupo que vira a siniestra. Precisamente por ser un lugar decisivo, el público ha entendido que ese es buen lugar para contemplar el espectáculo. Y ahí se han apostado grandes y chicos. Es cierto que se intuye una cierta sequedad, porque no se ve que nadie aplauda. Pero su presencia está indicando que aprecian el espectáculo y que están con la carrera.

Se crea una elegante asimetría con las vías del Irati, ferrocarril de vía estrecha: ellas giran a la derecha, los ciclistas a la izquierda. Surge así un abanico direccional múltiple de indudable vistosidad. Si a eso añadimos el adoquinado de entre las vías, se conecta fácilmente con carreras de mayor rango, como la París-Roubaix, de endiablado pavés.

La posteridad agradecerá este testimonio gráfico para dejar constancia de la entrega profesional de estos corredores, aunque quizá el lunes vuelvan a sus ocupaciones habituales que nada tienen que ver con el deporte. No se puede vivir del arte.

4. A por el triunfo

Aunque se trata de una competición festiva, tiene la escena un indudable aire de seriedad. Se ve que la carrera es importante porque nadie sonrío excepto uno de los corredores, con go-

rra blanca, que extiende una mano al hombro de un compañero esbozando una sonrisa. En los demás, público incluido, se echa en falta una cierta distensión.



Debe ser una mañana de fiestas porque un muchacho, a nuestra izquierda, parece llevar un pañuelo de fiestas al cuello. O a eso se asemeja. Y, además, a la derecha, se ve a un espectador con las clásicas alpargatas, blancas con cintas rojas, reservadas a las fiestas. Pero, como decimos, se masca más la tensión. Los hombres de nuestra izquierda están serios apoyados en la pared. Pero los chicos de la derecha, al lado del ayuntamiento, están más entregados. A cualquiera de ellos le gustaría tener una bicicleta como aquellas. Si la tuvieran, el cielo habría bajado a la tierra con dos ruedas.

El fotógrafo Zacarías Ecay que se ha colocado lógicamente de frente al grupo, los ha captado en el instante mismo del despegue porque tocan el suelo con la punta del pie izquierdo estando ya el otro metido en el resguardo del pedal derecho. El ciclista de camiseta blanca ha despegado ya el pie del suelo. Está saliendo.

El público es, a la vez, testigo del demarre y juez de la carrera. De ahí su seriedad. Hasta el guardia civil, con su impecable uniforme y su tricornio acharolado, viene a decir que aquello es totalmente legal, que nadie lo dude. La autoridad lo confirma. Un muchacho del público, a nuestra izquierda, vestido de camisa blanca y con un periódico en la mano (quizá ha errado de encierro o viene de él si es el mes de julio) mira con una cierta displicencia al fotógrafo. No será por la presión que mete la prensa, ya que seguramente es el único fotógrafo presente en el evento. Tal vez sueñe en tener, él también, la Zeiss Ikon de Zacarías Ecay. Aunque la foto sea en blanco y negro, detrás, como un telón de fondo, están los árboles centenarios que han contemplado muchas carreras como la que ahora ven sus hojas verdes. Llega desde ellos un vientecillo, un susurro que escuchan los ciclistas: a por el triunfo. Ya salen.

5. Pelotazaleak

Es una foto de exposición. Lo demuestra la firma a imprenta que han puesto al pie de la instantánea de Zacarías Ecay. El marco negro que la rodea habla de que estamos más ante un retrato que ante una simple foto ocasional.

Sea como fuere, el centro lo ocupa la figura atlética de los dos pelotaris. Tal vez sean profesionales que han venido al pueblo a jugar un campeonato o puede también ocurrir que se trate de dos amateurs de la vecindad que participan en un torneo popular.

De cualquier manera, su apostura es evidente. Su atuendo blanco, impecable. Aún se observa en los pantalones la raya de la plancha, lo que indica el mimo que se ha puesto en la presentación. El cinturón fino quizá esté pidiendo el fajín rojo o azul que distingue a una pareja de pelotaris. Pero igual es que todavía no han entrado al frontón y han querido hacerse antes una foto oficial. No se percibe bien si calzan zapatillas o, más bien, alpargatas blancas, cosa más vero-



Z. Ecay

símil para el momento. Son detalles que hablan el lenguaje popular.

Como se ve, son pelotaris de pala corta, una modalidad menos común que la pelota a mano. El chasquido de la pequeña pelota de cuero es el de una bala, más agudo aún que la pelota de mano. Es modalidad más vistosa que esta.

El sol les da en el rostro. Así la foto sale más luminosa. Pero arruga el entrecejo del pelotari menos joven, mientras que el rostro del más joven adquiere una indudable serenidad. Son personajes que se identifican con su deporte y transmiten aplomo y seriedad. Y no solo eso: se constituyen en representantes populares de una ciudadanía que ama la

pelota. No son solamente ellos los pelotazaleak, todo el pueblo lo es en ellos.

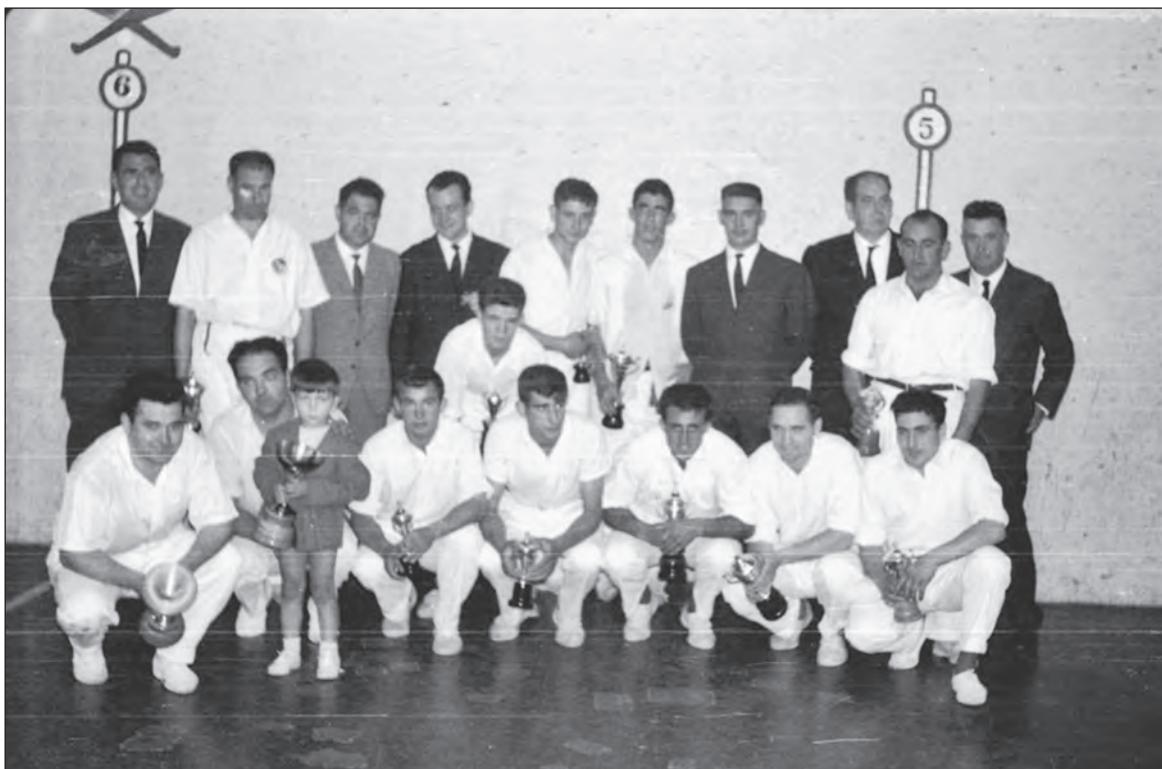
Debe ser invierno o primavera iniciada porque las ramas de los árboles de la plaza están todavía desnudas. Hubiera sido una foto más vistosa si tuvieran follaje. Pero como la instantánea es en blanco y negro, tampoco es para sentirlo mucho. Nos reafirmamos en que debe hacer frío porque no se ve a nadie por la plaza, excepto algunos vecinos, pocos, en la parte derecha. El ambiente está dentro del frontón, caldeado por la afición y, quizá, por alguna estufa.

A sus espaldas están las casas del pueblo. Lo que quiere decir que ellos se sitúan frente al frontón. Es hora de entrar. El partido va a comenzar.

6. Élite

Es evidente que la foto recoge el momento final del campeonato de pelota. La seriedad de los pelotaris y la presencia de los organizadores, bien trajeados, lo demuestra. Se palpa un aire de satisfacción evidente.

Además, los doce jugadores llevan en sus manos los trofeos que acreditan su palmarés. Solamente uno de los jugadores cede su trofeo a su niño que lo sostiene un tanto asustado. Si todos muestran su trofeo es que, posiblemente, to-



dos acaten los resultados obtenidos. La paz por encima de todo.

Quienes no hemos podido asistir al partido nos contentamos con admirar los fornidos brazos de los pelotaris y sus manos de gigantes. No es de extrañar que el chasquido de la pelota haya sido como el de una bala chocando con la piedra. Verdaderas catapultas.

Se han hecho la foto en el centro del frontón, entre los números 5 y 6. Eso quiere decir que tienen delante no solamente al fotógrafo Zacarías Ecay, sino a parte de la gente que ha asistido a los partidos. Es el público fiel que acompaña a sus héroes hasta el final, hasta la despedida. Así, la foto final se convierte en homenaje.

No cabe duda: son deportistas de la élite pelotazale, de los buenos del momento, de aquellos que tienen un nombre que todo el mundo conoce en los ambientes manomanistas. Se ve a la lengua que unen veteranía y juventud, crea-

tividad y experiencia. Así son los grandes.

No ha de extrañar la satisfacción de los organizadores que, con la competición, han dado brillo a las fiestas del pueblo. Efectivamente, los partidos de pelota son el buque insignia de las fiestas. Y es para celebrarlo que esto haya llegado a buen término. Muchos les dirán que este año ha sido el mejor, porque el último es el que deja la mejor miel en los labios.

Se toman todo el tiempo necesario para que la foto quede bien. Les espera una comida tranquila y una mesa bien servida, que para eso estamos en fiestas. Posiblemente hoy, con el calor de un coñac y las vaharadas de un buen puro, se recuerden los tiempos de los jugadores míticos que han quedado en el imaginario de todos y que parecen inalcanzables, aunque los partidos de este año no les han ido a la zaga. El año que viene volverá la fiesta.

7. Equipazo

Esto es un equipazo. Se ve a la legua. Posan como auténticos profesionales; mirada a la cámara, una incipiente sonrisa y un pequeño aire de desafío. Quizá el rival se ha hecho antes una foto en la misma plaza.

Es un equipo equipado, valga la redundancia. Llevan la misma camiseta: ¿rayas blancas y azules? ¿Rayas rojas y blancas? Por proximidad geográfica pensaríamos lo primero, como la Real Sociedad. Pero los anhelos futbolísticos



vuelan lejos y se podría pensar en el Atlético de Madrid, tan lejano y tan cercano en la colección de cromos. Debajo de la camiseta asoma, en algún caso, el tirante de otra camiseta blanca; camiseta sobre camiseta. Incluso en el chico acucillado a nuestra derecha, la camiseta va por encima de una camisa blanca. Tal vez se vistieron de futbolistas no tanto para jugar, sino para que Zacarías Ecay les hiciera una foto. El pantalón es oscuro pero admite una cierta gama. El calzado es dispar: sandalias, zapatos, etc. El portero lleva incluso rodilleras, un lujo. Encontramos que el balón, la pelota, es un tanto pequeño. No se distingue su hechura; parece de goma. Quizá no haya posibilidad todavía de tener un balón de badana, con su correa que cierra la apertura de la goma interna y que tantos dolores de cabeza daba a los rematadores, en sentido literal. Sí, un equipo equipado con ciertas carencias, son solamente diez jugadores, en lugar de once.

La foto no permite hacerse una idea exacta de las rodillas de los jugadores. Pero posiblemente lleven las marcas de

las caídas sobre el suelo pedregoso. Y, con ellas, el olvido al que lleva la pasión deportiva. ¿Quién dijo que jugar no era sufrir?

Podríamos aventurar que el capitán del equipo es el jugador que se sitúa en el centro de los de la primera fila. Su manera de mirar a la cámara, su incipiente sonrisa, su caída de hombros tan natural, están diciendo: es mi equipo. Los jugadores de los lados son su guardia pretoriana y los de la fila de atrás sus guardaespaldas. Por esos son los más crecidos. Es quien más está en su papel, mientras que el bueno del portero parece recién llegado de ayudarle a su padre a regar el huerto. Pudiera creerse que el equipillo es irrelevante para la ciudadanía. Pero se adivina en la foto a los vecinos de los pisos bajos del edificio del fondo, sobre todo el de nuestra derecha. Miran al equipo y, tal vez, al partidillo que siguió a la foto. La seriedad y, a la vez, el rostro de satisfacción del equipo hablan su mística: la importancia del partido a partido, como diría el Cholo Simeone.

8. Cantera

Este equipo va en serio. No son un grupo de amigos que se juntan para pasar el rato jugando un partidillo. No. Todo indica que estamos ante un grupo competidor. Es cierto que, hoy por hoy, su categoría es de las que se pierden en las

páginas deportivas por la parte de abajo. Pero así comenzaron los grandes.

El escenario donde posa el equipo parece ser el patio de algún colegio o similar. Así lo dan a entender la columna-



ta del fondo y la imagen que está en el centro, aunque no se percibe de quién se trata porque está decapitada.

No hay público lo que indica que no ha comenzado aún el torneo. Y confirma este supuesto el atuendo perfecto y la brillantez de los peinados que no han sufrido, todavía, ningún percance.

Están acostumbrados a posar: la fila de atrás, en pie, con los brazos a la espalda (excepto el jugador de nuestra esquina izquierda), mientras que la primera fila, arrodillados, van más anárquicos, quizá por la incomodidad de la postura.

El atuendo deportivo es perfecto: camisetas con escudo incorporado, pantalón negro, un tanto corto para nuestros gustos de hoy, calzado algo dispar. El portero, segundo de pie por la izquierda, lleva un chándal más cómodo para su cometido. Y el jugador de pie todo a la derecha lleva un llamativo jersey con una V en cuyo centro está el escudo del equipo. Quizá sea el utillero u ocupe cargo en la directiva.

Con matices, los rostros reflejan una cierta satisfacción. Se ve que les va bien en el campeonato y en la clasificación. Eso se nota. De lo contrario su mirada sería más huidiza y su pose menos deportiva.

Si el fotógrafo Zacarías Ecay ha querido realizar esta foto de tanta calidad es porque él, como muchos vecinos, considera que estos muchachos, algunos de ellos recién salidos de la adolescencia, son la cantera de los equipos superiores. Es posible que alguno de estos chicos, con el correr de pocos años, esté batallando en el primer equipo de la provincia, o sea, en primera división. El tiempo lo dirá.

Los hemos descrito sin nombres. Pero los aficionados los conocen uno a uno, con su nombre propio o su apodo deportivo. Cuando rueda el balón, se convierten en los dioses mensajeros de la gloria, sobre todo si les acompaña el triunfo. Ya se avecinan los vítores.

9. A cara de perro

No nos despiste el hecho de que este partido de balonmano se realice en la cancha del frontón del pueblo. Es un partido de la división de honor. El polideportivo no estaba ni siquiera en el pensamiento de los gestores públicos. Ni en el pensa-

miento, ni en el bolsillo. Pero mientras llega, el lance tiene por escenario el humilde frontón.

La foto está tomada de alguna ventana de un edificio contiguo, que es el ayunta-



miento. Por eso, es difícil que recoja la tensión con la que se vive este partido. A cara de perro, como se dice vulgarmente. El cuadrilátero de personas que rodea el evento indica que todo el pueblo está con sus jugadores de modo compacto. No hay huecos en el cerco de aficionados. Todos a muerte con su equipo. Pocos con los que se descuelgan; un par o tres a cada lado. La mayoría está en lo que hay que estar.

Si la toma fuera más cercana, la foto mostraría que en la portería del fondo, con el portero adelantado, a la izquierda, hay un grupito de niños. Son el futuro y ellos colaboran a su manera en el triunfo del equipo del pueblo. La foto no puede percibir el taimado gesto de los chiquillos cuando tiran piedrecillas a las piernas de los jugadores contrarios, al acercarse estos a la portería local. ¡Con tal de que no se dé cuenta el árbitro! Por cierto, no se percibe bien quién es el árbitro. Pero haberlo, haylo, porque son quince sobre la cancha y la suma de los

dos equipos, de siete cada uno, da catorce. Por eso, el orden y la disciplina están garantizados, no es cosa que el partido lo tenga que vigilar el alguacil, del que hemos hablado expresamente en otra instantánea de esta colección.

Una mirada de águila se dará cuenta de que casi todos los espectadores son hombres. Es domingo y son tiempos pasados en los que, el domingo de la mañana, las mujeres se quedaban preparando la comida en casa. Sí, eran otros tiempos. Pero, si se mira con lupa el cerco de aficionados, se verá que entre las cabezas de los hombres, algunas con boina, se intuyen permanentes de mujer. No muchas, pero algunas las hay. Comienzan a soplar otros aires.

Si sonrío la victoria, el rectángulo del frontón se llena de luz, como lo está ahora en que el sol cae a plomo. Si se pierde, habrá que esperar al próximo partido en que de nuevo la cancha del frontón estará cercada por un cinturón de admiradores. Afición y pueblo.



En blanco y negro

Lectura de algunas fotografías de Zacarías Ecay

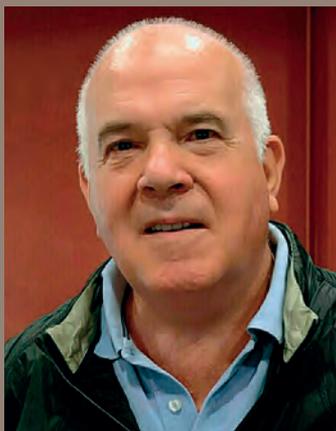
Zuri-beltzean

Zacarias Ecayren argazki batzuk irakurtzen

FIDEL AIZPURÚA DONAZAR

Capuchino de Villava (1947)

Formado en Teología y en Literatura Hebrea en la Universidad de Lovaina (Bélgica) ha publicado obras de espiritualidad bíblica, franciscanismo y también algunas obras literarias (*David, el rey; El otro cantar; etc.*). Su arraigo con Villava se ha mantenido a lo largo de su vida y ha llevado su nombre por doquier. La calle mayor en la que nació sigue siendo un referente para él.



FIDEL AIZPURÚA DONAZAR

Atarrabiako Kaputxinoa da (1947)

Teologian eta Literatura Hebrearrean hezia Lovainako Unibertsitatean (Belgika), Bibliako espiritualtasuna, frantziskotartasuna eta zenbait literatur lan argitaratu ditu (*David, el rey; El otro cantar; etab.*). Atarrabiarekin duen errotzea bere bizitzan zehar mantendu da eta bere izena eraman du nonahi. Jaio zen kale nagusiak erreferente izaten jarraitzen du berarentzat. Hizlari gisa, Nafarroatik haragoko geografian ibili zen.



AYUNTAMIENTO DE VILLAVA
ATARRABIako UDALA

SERVICIO DE CULTURA
KULTURA ZERBITZUA